

EL ARTE PERDIDO DE PREGUNTAR

Nicolás Bertoa

jesusyyo.com

ÍNDICE

1. Introducción. 3
2. ¿Qué hace una pregunta que una respuesta no hace? 11
3. ¿Qué preguntaba Dios antes de que Jesús preguntara? 23
4. ¿Qué preguntaba Jesús cuando no respondía? 37
5. ¿Qué le pregunta la humanidad a Dios? 57
6. ¿Qué preguntaba el corazón que ya había decidido? 80
7. ¿Qué le pregunta el que estudia al texto? 98
8. El arte perdido de preguntar. 122
9. ¿Qué pregunta el que se mira a sí mismo? 145
10. El silencio de Dios. 164
11. La caja de herramientas. 176

INTRODUCCIÓN

Estaba leyendo *El Deseado de Todas las Gentes*, el capítulo 76, el que se llama "Judas". Corría 2020 o 2021. No estaba buscando nada en particular — era una lectura más, un capítulo más de un libro que ya conocía. Y en algún momento de ese capítulo, un párrafo me flechó:

"Judas se había unido a los discípulos cuando las multitudes seguían a Cristo. La enseñanza del Salvador conmovía sus corazones mientras pendían arrobados de las palabras que pronunciaba en la sinagoga, a orillas del mar o en el monte. Judas vio a los enfermos, los cojos y los ciegos acudir a Jesús desde los pueblos y las ciudades. Vio a los moribundos puestos a sus pies. Presenció las poderosas obras del Salvador al sanar a los enfermos, echar a los demonios y resucitar a los muertos. Sintió en su propia persona la evidencia del poder de Cristo. Reconoció la enseñanza de Cristo como superior a todo lo que hubiese oído. Amaba al gran Maestro, y deseaba estar con él. Sintió un deseo de ser transformado en su carácter y su vida, y esperó obtenerlo relacionándose con Jesús."

Desde que empecé a creer en Jesús, yo pensaba que Judas siempre había sido un traidor — que lo llevaba adentro desde el principio, que su historia con Jesús no había sido nunca otra cosa que la antesala de una traición ya escrita. Y ese párrafo no encajaba con esa imagen. Un hombre que ama al Maestro, que quiere ser transformado, que espera que estar cerca de Jesús lo cambie por dentro — no suena al guión de un traidor esperando su momento. Suena a alguien real, con una esperanza real, que en algún punto del camino se torció.

Ahí apareció la pregunta, sin que yo la buscara: **¿qué pasó con Judas?**

No la resolví ese día. No busqué la respuesta en un comentario ni en un sermón. La pregunta se quedó dando vueltas, y en vez de cerrarla rápido, empecé a llevársela a Jesús en oración — sin saber muy bien qué esperaba recibir, solo sosteniendo la pregunta, sentado con ella. Y en paralelo, por mi cuenta, empecé a caminar la historia de Judas por los cuatro evangelios: dónde aparece, qué dice, qué no dice, en qué momento el texto empieza a marcar la distancia entre él y los otros once. Fui armando, despacio, sin apuro, mi propia respuesta.

Cuando finalmente leí el desarrollo completo que Ellen White le da al tema en el resto de esa bibliografía, me encontré con algo que no esperaba: era la misma meditación a la que yo había llegado, el mismo

hallazgo de fondo. No había ido a buscar la respuesta y después la había verificado — había buscado la respuesta primero, con lo que tenía, y la había encontrado por mi cuenta antes de leerla en otro lado.

Ahí entendí algo que después este libro entero terminó desarrollando con evidencia, texto y método: la pregunta no había sido el obstáculo entre yo y la respuesta. Había sido el mapa. Y encontrar la respuesta buscándola —incluso cuando después resultó coincidir con lo que otro ya había escrito— dejó algo en mí que una respuesta leída de entrada nunca me hubiera dejado. Desde ese día empecé a perseguir las respuestas a mis propias preguntas del mismo modo: como quien recibe un mapa, no una respuesta, y sale a buscar el tesoro.

Algún tiempo después me topé con un dato que no dejó de darme vueltas: que Jesús, en los evangelios, pregunta muchísimo más de lo que responde. Ahí nació el deseo de investigarlo en serio algún día. Este libro es el resultado de esa investigación.



De una pregunta a este libro

Lo que me pasó con Judas no fue un hecho aislado ni una técnica de estudio que descubrí por casualidad. Fue, sin que yo lo supiera en ese

momento, un ejemplo pequeño y personal de algo que atraviesa toda la Escritura de punta a punta: Dios —Padre e Hijo— prefiere, con una consistencia que sorprende cuando se la mira de cerca, la pregunta antes que la respuesta servida.

El dato más citado sobre esto viene de un solo libro, y conviene decirlo así de entrada, con toda la honestidad que este libro se propuso desde el principio: Martin B. Copenhaver, en *Jesus Is the Question* (2014), contó que Jesús hace 307 preguntas en los evangelios, recibe 183, y responde de forma directa solamente 3. Es una cifra que se repite en todas las ediciones y reseñas del libro, y es, hasta donde pude verificar, la más citada y con más respaldo editorial de todas las que circulan sobre el tema. Pero no es la única: alguna fuente que retoma el mismo libro habla de 8 respuestas directas en vez de 3, y otros autores —contando con criterios propios, sin metodología compartida— llegan a cifras que van de 150 a 339 preguntas totales. No hay, y hay que decirlo sin vueltas, un conteo académico con consenso independiente. Contar "todas las preguntas de Jesús" depende de decisiones que cada quien toma distinto: si un paralelo entre evangelios cuenta una vez o varias, si una cadena de preguntas retóricas en el mismo pasaje es una pregunta o son diez, qué traducción se usa como base.

Lo que no varía, en ninguna de las cifras, es la proporción. Sea 307 a 3, sea 307 a 8, sea cualquiera de las otras combinaciones que un conteo distinto arroje: Jesús pregunta un orden de magnitud más de lo que responde directamente. Ese patrón no depende de qué número exacto se elija. Y es, en el fondo, la misma estructura que yo viví sin saberlo con la pregunta sobre Judas: alguien que prefiere que la persona busque, a que reciba la respuesta ya armada.

Este libro nace de las dos cosas juntas: la experiencia personal de haber encontrado, buscando, algo que después reconocí en otro lado; y la curiosidad, ya deliberada y sostenida durante un buen tiempo de investigación, de entender por qué eso funciona así — bíblica, histórica y también científicamente.



La tesis

Jesús se revela más como un Dios de las preguntas que de las respuestas fáciles. No porque le falte autoridad para responder, ni porque esquive el compromiso de tener una postura clara — los capítulos de este libro muestran, con el texto en la mano, que cuando Jesús responde de forma directa lo hace con una claridad total. La

pregunta no es su forma de evitar comprometerse. Es su forma más frecuente de enseñar, sostener, exponer, invitar y sanar.

Y ese patrón, muestra este libro, no empieza con Jesús. Empieza mucho antes, en el Dios que ya preguntaba en el Génesis, con Elías, con Moisés, con Job. Jesús no inventa un método pedagógico nuevo. Revela, en carne y hueso, caminando entre la gente, el mismo carácter que su Padre ya tenía siglos antes de la encarnación.

Método

Este libro no es un ensayo de opinión ni una colección de reflexiones devocionales sueltas. Cada afirmación teológica que aparece en sus páginas se midió contra el texto bíblico mismo —el idioma original, el género literario, el contexto— y no contra la tradición ni contra lo que "siempre se dijo". Cada afirmación de neurociencia, psicología o ciencia cognitiva se verificó contra el paper o el meta-análisis original antes de incluirse; donde la evidencia tiene matices, réplicas fallidas o resultados contradictorios, ese matiz queda dicho con la misma claridad que el hallazgo central — nunca escondido para que la afirmación suene más contundente. Donde una pregunta de Jesús admite más de una lectura razonable, este libro considera esas lecturas alternativas antes de asentar una interpretación.

Cómo está armado este libro

El libro se abre mirando por qué preguntar, en general, hace algo que una respuesta no hace — con la evidencia de la psicología cognitiva y la neurociencia de la curiosidad como punto de partida, antes de tocar un solo texto bíblico. De ahí en más, el recorrido sigue el mismo patrón que yo viví sin saberlo aquella noche con Judas, mirado desde ángulos distintos: cómo preguntaba Dios antes de que Jesús naciera; cómo preguntaba Jesús mismo, y qué hacía cuando no respondía; qué le pregunta la humanidad a Dios, con toda la crudeza que el propio canon conserva; y, en el reverso de todo esto, cómo suena la pregunta que ya decidió de antemano y solo usa la forma de pregunta para disfrazarse.

Después el libro se detiene en dos aplicaciones concretas de todo lo anterior: qué cambia cuando alguien le pregunta al texto bíblico en vez de solo extraerle respuestas, y qué pasa cuando la pregunta se dirige hacia adentro, a uno mismo, con todo el cuidado que esa clase de pregunta exige. Un capítulo mira, con evidencia real y sin nostalgia barata, por qué este arte se fue perdiendo — y por qué, si se perdió por práctica, se puede volver a practicar. Y otro, tal vez el más difícil de todo el libro, mira de frente los casos donde la pregunta no recibe ninguna respuesta narrada — porque cualquier libro honesto sobre

este tema tiene que poder mirar también eso, sin forzar un cierre que el propio texto bíblico no ofrece.

Cierra con una caja de herramientas: nada de teoría nueva, solo la pregunta ya vista, convertida en algo que se puede llevar a la propia oración y al propio estudio y meditación de la Escritura.

No es un libro para leer buscando la respuesta rápida a por qué preguntar importa. Es, si el método que lo escribió tiene algo de razón, un libro para leer haciéndose, en cada capítulo, la pregunta antes de aceptar la respuesta que el capítulo ofrece. Esa fue, después de todo, la forma en que este libro mismo empezó a existir.

¿QUÉ HACE UNA PREGUNTA QUE UNA RESPUESTA NO HACE?

1. La memoria no se llena, se ejercita: el efecto de generación y el efecto de testeo

Hay una intuición muy extendida de que aprender es como llenar un balde: cuanta más información entra, más se sabe. La investigación en psicología cognitiva de las últimas cinco décadas muestra que esa imagen está equivocada, y que lo que de verdad mueve la aguja no es cuánta información *entra*, sino cuánto esfuerzo hace la mente para *sacarla de adentro*.

En 1978, Slamecka y Graf documentaron lo que hoy se conoce como **efecto de generación**: cuando una persona genera una respuesta por sí misma —aunque sea completando una palabra a partir de una pista— la retiene mucho mejor que cuando simplemente la lee ya

completa. No hace falta que la respuesta sea "creativa" ni original. Alcanza con que la mente tenga que buscarla.

Ese hallazgo se profundizó con lo que Henry Roediger y Jeffrey Karpicke llamaron **efecto de testeo** (2006): tomar un examen sobre algo que se acaba de estudiar —es decir, intentar recuperarlo de la memoria— produce mejor retención a largo plazo que releer el mismo material varias veces. No es un efecto chico ni aislado: un meta-análisis de 2014 publicado en *Psychological Bulletin* (Rowland) revisó cientos de estudios y confirmó el patrón de forma consistente. Cuanto más esfuerzo cuesta recuperar algo, más fuerte es el efecto. Releer se siente productivo porque es fácil; por eso mismo, según muestra esta investigación, engaña: genera una sensación de dominio que no se corresponde con lo que realmente queda grabado.

¿Por qué pasa esto? Hay varias explicaciones, y conviene decir con precisión cuál tiene más respaldo: el propio meta-análisis de Rowland encontró que el esfuerzo de recuperación en sí —el trabajo mental de ir a buscar la respuesta, no simplemente tenerla activada como una asociación más— es lo que mejor explica el efecto; la hipótesis de que el mérito está en tejer nuevas redes de asociaciones (la llamada "elaboración") tiene, según ese mismo análisis, bastante menos apoyo del que se le suele dar. Dicho simple: no es tanto que buscar una

respuesta te conecte con más ideas alrededor, sino que el esfuerzo mismo de ir a buscarla —el hecho de que cueste— es lo que deja la marca.

Un matiz honesto, que no debilita esto sino que lo afina: el efecto no funciona igual en cualquier condición. La misma línea de investigación de Roediger y Karpicke muestra que si el primer intento de recuperación es un fracaso total —la persona no logra ni acercarse a la respuesta— el beneficio se reduce. La pregunta que enseña no es la imposible ni la trivial: es la que exige un esfuerzo real pero alcanzable. Esto importa porque vamos a volver a este punto exacto más adelante en el libro, cuando miremos cómo Jesús calibra sus preguntas — casi nunca son ni obvias ni imposibles.

Ejemplo práctico — estudio universitario: dos estudiantes se preparan para el mismo final. Uno relee los apuntes tres veces. El otro los lee una vez, cierra todo, y en una hoja en blanco escribe de memoria todo lo que puede recordar, marcando lo que no le sale. Una semana después —que es, justamente, cuando rinde el examen— el segundo recuerda más, aunque haya "estudiado menos tiempo" en apariencia. No estudió menos: estudió distinto. Convertir cada tema en una pregunta que uno se hace a sí mismo antes de mirar la respuesta (la técnica de las tarjetas de repaso, o simplemente taparse

los apuntes y preguntarse "¿qué decía esto?") no es un truco de productividad: es aplicar directamente el efecto de testeo.

Ejemplo práctico — trabajo: en una reunión de equipo, alguien presenta un problema y da la solución de una. Comparalo con alguien que primero pregunta al grupo "¿qué creen que está pasando acá?" antes de decir su diagnóstico. La segunda forma tarda más, cansa más — y por eso mismo, según lo que muestra esta investigación, es más probable que el equipo se acuerde de la conclusión dentro de un mes, porque cada persona tuvo que buscarla, no solo escucharla.



2. La curiosidad no es un lujo: es hambre real, medible en el cerebro

Hay otra pieza que conecta directo con las preguntas, pero desde un ángulo distinto: no la memoria, sino el *deseo* de saber.

En 1994, el psicólogo George Loewenstein publicó en *Psychological Bulletin* lo que se conoce como la **teoría de la brecha de información**: la curiosidad no es simple entretenimiento intelectual, sino que surge de una brecha percibida entre lo que uno sabe y lo que quiere saber — y esa brecha genera una incomodidad real, casi como

una forma leve de hambre. La mente no tolera bien saber que hay algo que no sabe; ese vacío empuja a buscar la respuesta.

Esto no se quedó en teoría. En 2014, Matthias Gruber, Bernard Gelman y Charan Ranganath publicaron en la revista *Neuron* un estudio que mostró algo muy concreto: usando resonancia magnética funcional, encontraron que cuando una persona está en un estado de alta curiosidad se activa el **mesencéfalo y el núcleo accumbens** — las mismas rutas asociadas al circuito de recompensa por dopamina. Y hay algo más llamativo todavía: la mejora en la memoria no fue solo inmediata, sino que se mantuvo en un test de retención **un día después**. Y no se limitó a lo que la persona había preguntado: durante los estados de alta curiosidad, también retuvo mejor información completamente incidental que aparecía al mismo tiempo, sin relación directa con la pregunta. El hipocampo —la estructura clave para formar memorias— queda en un estado de mayor receptividad general. Preguntar no solo mejora el recuerdo de eso puntual que se preguntó: abre la puerta para que todo lo que entra alrededor se grabe mejor.

Ejemplo práctico — vida social cotidiana: en una charla de café, hay una diferencia enorme entre contarle a alguien un dato interesante de una ("¿sabías que...?") y primero generarle la pregunta

("¿por qué pensás que pasa esto?") antes de responder. La segunda forma no es más lenta por capricho — genera la brecha antes de cerrarla, y esa persona no solo va a recordar mejor ese dato puntual, sino que probablemente también va a recordar mejor el resto de la charla que tuvieron alrededor.

Ejemplo práctico — estudio universitario: abrir un tema nuevo con una pregunta genuina ("¿por qué el cielo es azul y no, por ejemplo, violeta, si el violeta tiene más energía?") antes de leer el capítulo que lo explica, cambia el estado con el que se entra a esa lectura. No es lo mismo leer para "cubrir contenido" que leer para cerrar una brecha que uno mismo siente. La diferencia no es de actitud solamente — es un estado cerebral distinto, medible.



3. La pregunta bien puesta cambia la conducta, no solo el conocimiento

Hasta acá, todo lo dicho es sobre información: recordarla, desearla. Pero hay una tercera línea de evidencia, más cercana a la psicología clínica y del coaching, que muestra que preguntar tiene efectos sobre algo más profundo que el dato: la propia conducta y el autoconocimiento.

Anthony Grant, John Franklin y Peter Langford (2002, *Social Behavior and Personality*) desarrollaron una escala validada —la *Self-Reflection and Insight Scale*— que distingue dos cosas que a menudo se confunden: **reflexionar** (prestarle atención a los propios pensamientos y conductas) e **insight** (entender con claridad esos pensamientos y conductas). El hallazgo importante de esta línea de investigación es que no son lo mismo, y no producen lo mismo: la reflexión sola, sin llegar a una comprensión clara, puede incluso asociarse a más ansiedad. Lo que sí se asocia de forma consistente con mayor bienestar es el insight — la claridad real, no la simple rumiación.

¿Por qué importa esto para el tema de las preguntas? Porque una pregunta bien hecha —orientada a generar claridad y no solo a darle vueltas al mismo lugar— es precisamente lo que distingue reflexión estéril de insight genuino. "¿Por qué me siento así otra vez?" tiende a generar rumiación. "¿Qué es distinto hoy respecto de la última vez que me sentí así?" tiende a generar insight. La diferencia no está en pensar más, sino en la forma exacta de la pregunta.

Ejemplo práctico — relación de pareja o familia: ante un conflicto, hay una diferencia enorme entre decirle al otro "lo que te pasa es que..." y preguntarle "¿qué necesitás ahora mismo?". La

primera cierra; por más acertada que sea, la persona la recibe desde afuera, y muchas veces la defensa aparece antes que la reflexión. La segunda obliga a la otra persona a buscar la respuesta adentro suyo — y esa respuesta, la que encuentra ella misma, tiene un peso distinto en lo que después hace con eso. No es solo una cuestión de tacto o respeto: es, otra vez, el mismo mecanismo del punto 1 aplicado a la conducta en vez de a un dato — la respuesta auto-generada pesa más que la entregada.

Ejemplo práctico — trabajo: un jefe que en vez de decir "tenés que organizar mejor tus tiempos" pregunta "¿en qué momento del día sentís que perdés más el foco?" no está siendo simplemente más suave. Está aplicando algo con base real: la persona que llega sola a "che, en realidad pierdo el foco después de almorzar" tiene mucha más probabilidad de cambiar algo concreto que la que solo recibió una instrucción genérica desde afuera.



4. Y en la relación con Jesús: oración y estudio bíblico

Todo lo anterior no es exclusivo de un aula o una oficina — se aplica exactamente igual, y quizás con más peso, a la vida de oración y al estudio de la Escritura.

En la oración. Hay una diferencia real, no solo espiritual sino también cognitiva según lo que vimos arriba, entre orar pidiéndole a Dios una respuesta cerrada ("dame la solución a esto") y orar haciéndole a Dios una pregunta genuina y quedándose ahí, sosteniendo la pregunta sin apurar la resolución ("¿qué es lo que no estoy viendo acá?"). Esto no es una técnica de manifestación ni un truco — es, literalmente, sostener la brecha de información de la que habla Loewenstein en lugar de cerrarla con la primera idea que aparece. La incomodidad de no tener la respuesta todavía no es un fallo de la oración: puede ser, según lo que muestra esta investigación sobre curiosidad y aprendizaje, precisamente la condición que después hace que la respuesta —cuando llega, propia o sentida como revelada— se quede grabada de un modo mucho más profundo que si hubiera llegado servida de entrada.

En el estudio bíblico. Acá hay un dato lingüístico real y verificable, independiente de cualquier debate sobre métodos pedagógicos formales: la palabra hebrea *midrash* —el nombre que la tradición judía le da al ejercicio de interpretar la Escritura— viene de la raíz *darash*, que significa literalmente "inquirir", "buscar con cuidado". El nombre mismo de la actividad de estudiar el texto sagrado en esa tradición es, en su raíz, la palabra para preguntar. Eso no depende de

reconstruir un sistema escolar del siglo I para sostenerse — es un dato del idioma. Leer un pasaje y preguntarle al texto ("¿qué está haciendo este personaje acá y por qué?", "¿qué me incomoda de esto?", "¿qué no estoy entendiendo?") en vez de buscar directamente el comentario que ya lo explica, es aplicar exactamente el efecto de generación del punto 1: la interpretación a la que uno llega buscándola en el texto mismo se graba y transforma distinto que la que se recibe ya masticada de un comentario o una prédica.

Entonces, ¿qué hacía la pregunta de Jesús que una respuesta directa no hubiera hecho? Lo mismo que muestran los tres bloques anteriores, pero puesto al servicio de otra cosa: no solo información, sino transformación de la persona completa. Una respuesta directa deja al que escucha exactamente donde estaba, solo que con un dato más. Una pregunta bien puesta —como muestra el efecto de generación— obliga a moverse desde adentro para buscar la respuesta, y esa respuesta, auto-generada, no solo se retiene mejor: cambia a quien la encuentra, del mismo modo que el insight cambia más que la simple reflexión. Si Jesús preguntaba tanto y respondía tan poco de forma directa, no era porque esquivara el compromiso — era, según todo lo que la evidencia de este capítulo permite sostener, la forma

más eficaz posible de que la verdad no se quedara afuera de la persona, sino que naciera adentro de ella.



Síntesis

Cuatro líneas de evidencia —psicología cognitiva, neurociencia de la motivación, psicología clínica, y un dato lingüístico e histórico de la tradición cristiana y judía— convergen en el mismo lugar desde ángulos independientes: la mente humana está diseñada de tal forma que busca, y no que recibe, es la que aprende, recuerda y cambia de verdad. Y esa misma estructura, aplicada a la oración y al estudio de la Escritura, sugiere por qué un Dios que responde tantas veces con otra pregunta podría no estar esquivando la respuesta — podría estar, literalmente, enseñando del único modo que, según todo lo que sabemos, realmente funciona.



Fuentes citadas en este capítulo

- Slamecka, N. J., & Graf, P. (1978). *The generation effect: Delineation of a phenomenon*. Journal of Experimental Psychology: Human Learning & Memory, 4(6), 592–604.

- Roediger, H. L., & Karpicke, J. D. (2006). *Test-enhanced learning: Taking memory tests improves long-term retention*. *Psychological Science*, 17(3), 249–255.
- Rowland, C. A. (2014). *The effect of testing versus restudy on retention: A meta-analytic review of the testing effect*. *Psychological Bulletin*, 140(6), 1432–1463.
- Loewenstein, G. (1994). *The psychology of curiosity: A review and reinterpretation*. *Psychological Bulletin*, 116(1), 75–98.
- Gruber, M. J., Gelman, B. D., & Ranganath, C. (2014). *States of curiosity modulate hippocampus-dependent learning via the dopaminergic circuit*. *Neuron*, 84(2), 486–496.
- Grant, A. M., Franklin, J., & Langford, P. (2002). *The self-reflection and insight scale: A new measure of private self-consciousness*. *Social Behavior and Personality: An International Journal*, 30(8), 821–836.
- Raíz hebrea *darash* (דַּרַּשׁ) — base etimológica del término *midrash*; consenso estándar en fuentes de estudios judíos (My Jewish Learning, Encyclopedia.com, Chabad.org).

¿QUÉ PREGUNTABA DIOS ANTES DE QUE JESÚS PREGUNTARA?

Antes de arrancar, una aclaración necesaria: este capítulo da por sentado lo que el capítulo anterior mostró con evidencia científica — que la mente humana aprende más y cambia más profundo cuando busca una respuesta que cuando la recibe servida—. Acá no vamos a repetir esa evidencia. Vamos a mirar algo distinto: que mucho antes de que Jesús caminara por Galilea preguntando, el mismo Dios ya preguntaba así en el Antiguo Testamento. Si sostenés, como sostiene la doctrina cristiana histórica, que Padre e Hijo son personas distintas pero el mismo Dios, entonces esto no es un antecedente cualquiera: es el mismo carácter divino, mostrándose siglos antes de la encarnación.

Vamos a organizar el recorrido no libro por libro, sino por lo que cada pregunta *hace*. Porque no todas hacen lo mismo.



1. La pregunta que expone: cuando Dios no acusa, pregunta

La primera vez que Dios le habla a un ser humano después de la caída, no es con una acusación. Es con una pregunta.

Génesis 3:9 — Adán y Eva acaban de comer del fruto prohibido. Se esconden. Y entonces "llamó Jehová Dios al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?".

Acá hay un dato del idioma hebreo que vale la pena mirar de cerca, porque cambia el sentido de la pregunta. El hebreo bíblico tiene dos palabras distintas para "dónde": *eifoh*, la más común y neutra (la que usa José cuando busca a sus hermanos en Génesis 37:16, o Noemí cuando le pregunta a Rut dónde recogió grano), y *ayeh*, una forma menos frecuente y con un peso distinto. Dios no usa *eifoh*. Usa *ayeh*, en la forma con sufijo *ayekah*. Y acá aparece algo llamativo: en hebreo, *ayekah* (אֵיכָה) comparte exactamente las mismas cuatro letras raíz que *eichah* (אֵיכָה), la palabra con la que se abre el libro de Lamentaciones — el grito de dolor de Jeremías frente a Jerusalén destruida ("¡Cómo ha quedado sola la ciudad...!"). No es la misma palabra, pero es la misma raíz consonántica, y varios comentaristas judíos clásicos señalan esa cercanía como intencional. Dios no le

pregunta a Adán su ubicación en el mapa. Es un dato objetivo de vocabulario, no una interpretación forzada: la elección misma de palabra ya no busca información geográfica. La pregunta no es "¿en qué arbusto estás?". Es más cercana a "¿cómo llegaste hasta acá?" — con el mismo peso de lamento que tendría un padre viendo a su hijo lejos de donde debería estar.

Génesis 3:13 — a Eva: "¿Qué es esto que has hecho?". Y **4:9** — a Caín, después del primer asesinato de la historia: "¿Dónde está Abel tu hermano?". Caín responde con otra pregunta, cínica esta vez: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" — en hebreo, *shomer*, la misma palabra que se usa para el que cuida un rebaño o vigila una propiedad ajena. Es irónico que Caín use precisamente esa palabra, porque Abel era pastor de ovejas: el verdadero *shomer* del relato. Caín, sin saberlo, se está negando exactamente al rol que ya tenía.

Génesis 18:9,13-14 — un caso más liviano en tono, pero con la misma arquitectura. Tres visitantes le anuncian a Abraham que Sara, ya anciana, va a tener un hijo. Ella escucha desde la carpa y se ríe para sus adentros, sin decir nada en voz alta. Y entonces Dios le pregunta a Abraham: "¿Por qué se ha reído Sara?" — una pregunta sobre algo que nadie externo podía haber visto ni oído. Sara, asustada, lo niega: "No me reí". Y la respuesta es corta y directa: "No es así, sino que te

has reído". No hay acusación ni castigo — solo la misma estructura de Génesis 3 y 4: Dios ya sabe exactamente lo que pasó, y aun así pregunta, dejando que sea la propia Sara quien tenga que decidir qué hacer con una verdad que ya está expuesta antes de que ella hable.

En los cuatro casos, Dios ya sabe la respuesta. No pregunta para informarse. Pregunta para que el otro se mire. Y hay algo importante en esto que conviene decir con toda claridad: Dios pudo haber entrado al jardín con una sentencia ya lista. En cambio, entra con una pregunta. Eso, antes de cualquier otra cosa, ya es un gesto de gracia — le da a la persona el espacio de contar su propia versión antes de que llegue el juicio.

Aplicación — pareja y familia: cuando alguien en casa hizo algo que lastimó, hay una diferencia real entre abrir con "sé lo que hiciste y esto está mal" y abrir con una pregunta genuina, tipo "¿qué pasó?" o "¿cómo llegamos hasta acá?". La segunda no es debilidad ni evasión de la autoridad — es, literalmente, el mismo patrón de Génesis 3: dejar que el otro se sitúe él mismo antes de que llegue cualquier consecuencia. Muchas veces la persona ya sabe lo que hizo mal; lo que necesita no es que se lo digan, sino el espacio para decirlo ella misma.

Aplicación — trabajo y liderazgo: un error grave en un proyecto se puede abrir con "esto salió mal por tu culpa" o con "¿qué pasó acá?". No es solo una cuestión de tacto. La segunda pregunta, exactamente como en el jardín, obliga a la otra persona a poner en palabras su propia responsabilidad — y eso pesa distinto en lo que después hace con ese error que una acusación que solo recibe desde afuera.



2. La pregunta que sostiene: cuando Dios encuentra a alguien roto

No toda pregunta de Dios busca exponer una falta. Hay otro tipo, dirigido a gente que no hizo nada malo — está, simplemente, destruida.

1 Reyes 19:9 y 19:13 — Elías acaba de vivir la victoria más grande de su carrera como profeta, derrotando en público a los profetas de Baal. Y un capítulo después, está huyendo al desierto, pidiéndole a Dios que lo mate. En ese estado, Dios le hace la misma pregunta dos veces: "¿Qué haces aquí, Elías?". No es un reclamo. Elías tiene toda la libertad de responder con su queja completa — "sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida" — y Dios lo deja decirlo entero, dos veces, antes de mostrarle nada nuevo.

Génesis 16:8 — Agar, esclava de Sara, embarazada, humillada, huye al desierto sola. Ahí "la halló el ángel de Jehová junto a una fuente de agua" y le pregunta: "Agar, sierva de Sara, ¿de dónde vienes, y a dónde vas?". Esto merece una aclaración de método: hay buenas razones textuales para leer esta figura como una teofanía real y no como un ángel mensajero cualquiera — el mismo versículo dice que "llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tú eres Dios que ve" (16:13), y ella misma, después del encuentro, entiende con total claridad que fue Dios quien le habló, no un intermediario. El patrón se repite en 21:17, cuando Agar vuelve a estar en el desierto —esta vez expulsada, con su hijo a punto de morir de sed— y "oyó Dios la voz del muchacho" y le pregunta de nuevo: "¿Qué tienes, Agar?".

En ambos casos, la pregunta no juzga nada. Es diagnóstica y compasiva: encuentra a alguien en el peor momento de su vida y, antes de resolver la situación, le da espacio para decir dónde está parada.

Aplicación — vida social cotidiana: cuando un amigo aparece visiblemente mal, hay una tentación fuerte de saltar directo a la solución ("tenés que hacer esto", "yo en tu lugar haría tal cosa"). El patrón de Elías y Agar sugiere otra cosa primero: preguntar de verdad qué está pasando, y dejar que la persona lo cuente entero, incluso si

su respuesta es puro desahogo, antes de intentar arreglar nada. Elías no recibe una respuesta a su queja — recibe la oportunidad de decírsela dos veces.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: en un momento de crisis propia, hay una diferencia entre orar pidiendo que la situación cambie ya, y sostener una oración más simple, tipo "¿qué haces aquí, [tu nombre]?" — dejarse hacer esa pregunta a uno mismo con honestidad, sin apurar la resolución. No es resignación. Es el mismo espacio que Dios le dio a Elías: decir la verdad completa de dónde uno está antes de esperar que algo cambie.



3. La pregunta que invita a decidir: cuando Dios abre una puerta en vez de dar una orden

Hay un tercer tipo de pregunta, distinta a las dos anteriores: no mira hacia atrás (lo que ya se hizo) ni hacia el estado presente (cómo está la persona), sino hacia adelante — abre una posibilidad y espera que alguien la tome.

Éxodo 4:2 — Dios está por enviar a Moisés a enfrentar al faraón de Egipto, la misión más grande de su vida, y Moisés está lleno de excusas. En medio de esa negociación, Dios no le da un discurso

motivacional. Le pregunta: "¿Qué es eso que tienes en tu mano?". Moisés responde lo obvio — "una vara" — y esa vara común, la misma que usaba todos los días para su rebaño, se convierte en la señal que Dios va a usar. La pregunta no agrega información nueva: revela un recurso que Moisés ya tenía en la mano y no estaba viendo como tal.

Génesis 32:27-29 — Jacob acaba de pasar toda una noche forcejeando junto al río Jaboc con una figura que el propio relato después identifica como un encuentro con Dios mismo. Antes de bendecirlo, esa figura le pregunta algo que ya sabe: "¿Cuál es tu nombre?". Jacob responde: "Jacob" — el nombre que significa, literalmente, "el que suplanta" o "el que engaña", el mismo con el que había estafado la bendición de su hermano Esaú años antes. No es un trámite de identificación. Es Jacob teniendo que decir en voz alta, delante de Dios, exactamente quién había sido hasta esa noche — y recién después de decirlo recibe un nombre nuevo, Israel. La pregunta no le informa nada a Dios. Obliga a Jacob a nombrar su propio pasado antes de que se le entregue un futuro distinto.

Isaías 6:8 — el caso más directo de todo el Antiguo Testamento para este tipo de pregunta. Isaías tiene una visión imponente del trono de Dios, y en medio de ella escucha: "¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?". No es una orden ("andá vos"). Es una pregunta abierta,

dirigida a nadie en particular, que Isaías puede tomar o dejar pasar. Él responde: "Heme aquí, envíame a mí".

Zacarías 4:2 — un caso más breve pero con la misma lógica: el ángel le pregunta a Zacarías, en medio de una visión compleja, simplemente "¿Qué ves?" — antes de explicarle nada, lo hace poner en palabras lo que ya tiene delante.

En los cuatro casos, el mecanismo es el mismo: Dios no entrega la vocación ya armada. Pregunta primero, y dejar espacio para que la respuesta la construya la persona misma es, otra vez, parte de lo que hace que esa vocación después se sostenga.

Aplicación — estudio y vida intelectual: frente a una decisión de carrera o de qué estudiar, hay una diferencia entre que alguien te diga "deberías estudiar esto" y que te pregunten "¿qué tenés ya en la mano?" — qué sabés hacer, qué te resulta natural, qué usás sin darte cuenta de que es un recurso. La pregunta de Éxodo 4:2 no inventa nada nuevo: hace visible lo que ya estaba ahí.

Aplicación — vida social cotidiana: en un grupo de amigos o de iglesia que necesita organizar algo, hay una diferencia entre asignar directamente ("vos te encargás de esto") y preguntar "¿quién se anima a llevar esto adelante?". La segunda forma dura más y es menos prolija

— nadie garantiza quién va a levantar la mano. Pero, igual que con Isaías, la persona que se ofrece después de haber sido genuinamente libre de no hacerlo, se compromete con eso de un modo que no se logra con una asignación de arriba hacia abajo.

Aplicación — trabajo y liderazgo: un jefe que en vez de asignar una tarea de una pregunta "¿quién quiere encargarse de esto?" o "¿qué te gustaría intentar acá?" no está siendo simplemente democrático. Está aplicando el mismo mecanismo de Isaías 6:8 — la persona que se ofrece después de haber sido genuinamente libre de no hacerlo, se compromete distinto que la que solo recibió una orden.



4. La pregunta que reordena la mirada entera

Los tres bloques anteriores tienen algo en común: en todos, la persona puede —al menos en principio— responder la pregunta. El último tipo es distinto, y es el más extenso de todo el Antiguo Testamento. No busca que alguien reconozca una falta, ni lo sostiene en una crisis, ni lo invita a decidir algo puntual. Busca cambiarle a la persona el tamaño con el que mira todo lo demás.

Job, capítulos 38 a 41 — después de que Job pasó capítulos enteros exigiendo una explicación de por qué le tocó sufrir lo que le tocó, Dios le responde. Pero no con una explicación. Con una serie larguísima de preguntas: "¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra?" (38:4), "¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar?" (38:16), "¿Puedes atar los lazos de las Pléyades?" (38:31), y decenas más, sobre el clima, los animales salvajes, el amanecer, el mar. La primera de todas marca el tono: "¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?" (38:2) — en hebreo, la pregunta usa literalmente la palabra *da'at*, "conocimiento": Job habló sin el conocimiento necesario para hablar de esto.

Ninguna de estas preguntas tiene una respuesta que Job pueda dar. Y ese es exactamente el punto: no son preguntas para ser respondidas, son preguntas para reubicar. Job termina el libro diciendo "de oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven" (42:5) — no porque haya recibido la explicación que pedía (nunca la recibe: Dios no le informa por qué sufrió), sino porque el tamaño de las preguntas le cambió el tamaño con el que veía su propio problema. Comentaristas contemporáneos de Job coinciden en este punto específico: el libro entero está armado de tal manera que Job no sale de la prueba con

una respuesta al "por qué", sino con una experiencia distinta de quién es Dios — y esa, no la explicación, es la que finalmente lo sostiene.

Isaías 45:9-11 hace algo parecido con una sola imagen: "¿Dirá el barro al que lo labra: ¿Qué haces?". No es un regaño por preguntar — es mostrar, con una comparación simple, el desajuste de tamaño entre quien pregunta y a quién le pregunta.

Aplicación — trabajo: un proyecto se cae por motivos que no tienen ni una explicación clara ni un culpable justo — perdiste meses de trabajo por una decisión que no tomaste vos. La tentación es exigir el porqué exacto, como Job. El patrón de Job 38-41 sugiere otra salida, no como resignación sino como cambio real de tamaño: en vez de rumiar la pregunta sin respuesta, buscar activamente algo más grande que el problema puntual — hablar con alguien con más experiencia y trayectoria que ayude a ver el proyecto (y el propio lugar en él) en un contexto más amplio que el de esa pérdida concreta.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: frente a un dolor que no tiene explicación clara, la tentación es pedirle a Dios el motivo exacto. El libro de Job sugiere que a veces lo que cambia a una persona no es recibir la razón, sino algo del tamaño de las preguntas

de Job 38-41 — quedarse, aunque sea un rato, mirando algo mucho más grande que el propio problema. No resuelve el dolor. Lo reubica.

Aplicación — estudio bíblico: leer Job 38-41 buscando "la explicación del sufrimiento" es leerlo mal — ese no es el género del texto. Leerlo preguntándose "¿qué me hace sentir a mí, hoy, esta acumulación de preguntas sobre cosas que no controlo?" es una lectura mucho más fiel a lo que el texto mismo está haciendo con Job.



Síntesis

Cuatro funciones distintas, un mismo patrón de fondo: Dios, mucho antes de la encarnación, ya prefería preguntar antes que decretar. Expone sin acusar (Génesis, Sara), sostiene sin resolver de una (Elías, Agar), invita sin ordenar (Jacob, Moisés, Isaías, Zacarías), y reordena sin explicar (Job). En ningún caso la pregunta es un signo de que a Dios le falte información. Es, en los cuatro casos, un signo de que le importa más lo que pasa *adentro* de la persona que preguntarle que la respuesta que podría simplemente entregarle.



Fuentes citadas en este capítulo

- Texto bíblico: Génesis 3:9,11,13; 4:6,9; 16:8,13; 18:9,13-14; 21:17; 32:27-29; Éxodo 4:2,11; Números 11:23; 1 Reyes 19:9,13; Job 38:2,4,16,31; 42:5; Isaías 6:8; 45:9-11; Zacarías 4:2 — cotejado contra el texto hebreo (Westminster Leningrad Codex vía Mechon-Mamre y Blue Letter Bible).
- Dato lingüístico *ayeh* vs. *eifoh* y la raíz compartida con *eichah*: análisis de concordancia hebrea (Aish.com, "History's First Question"); tratamiento devocional adicional en Chaim Bentorah, *Hebrew Word Study — Where Are You*.
- Dato lingüístico *shomer*: Chaim Bentorah, *Hebrew Word Study — Brother's Keeper*.
- Significado de "Jacob" (suplantador/el que agarra el talón) y su relectura teológica en el cambio de nombre a "Israel": lectura estándar en comentarios exegéticos de Génesis 32 (Working Preacher / Luther Seminary; Bible Study Tools).
- Lectura de Job 42:5 como transformación de la relación con Dios más que resolución del "por qué" del sufrimiento: Christopher Ash, citado en Justin Taylor / The Gospel Coalition, *Five Truths for Sufferers from the Book of Job*.

¿QUÉ PREGUNTABA JESÚS CUANDO NO RESPONDÍA?

Antes de arrancar, dos aclaraciones necesarias.

La primera es de continuidad: los dos capítulos anteriores mostraron, primero, por qué la mente humana aprende y cambia más cuando busca una respuesta que cuando la recibe servida, y después, que ese mismo patrón ya estaba en el carácter de Dios mucho antes de que Jesús naciera — Dios que expone sin acusar, sostiene sin resolver de una, invita sin ordenar, reordena sin explicar. Este capítulo no repite esa evidencia. La da por sentada y mira algo distinto: qué hace específicamente Jesús con la pregunta, en carne, caminando, mirando a los ojos a la gente con la que habla.

La segunda es de método, y conviene decirla con toda claridad antes de dar un solo número: **no existe un conteo objetivo de "todas las preguntas de Jesús"**. Lo verifiqué contra varias fuentes — el número que circula va de 150 a 339 según quién cuenta, y varía según si se

cuentan los paralelos entre evangelios como una pregunta o como varias, si se incluyen las preguntas retóricas encadenadas de un mismo pasaje como una sola o como muchas, y qué traducción se usa. El libro más citado en este tema, el de Martin Copenhaver (*Jesus Is the Question*, 2014), habla de 307 preguntas hechas por Jesús — pero incluso las reseñas de su propio libro no coinciden entre sí sobre cuántas recibió o cuántas respondió directamente. No hay consenso académico cerrado, y cualquiera que ofrezca un número como si fuera un dato duro está simplificando. Lo que sí hay, y es sólido, es un patrón: los cuatro evangelios coinciden en mostrar a un Jesús que pregunta con una frecuencia y una intención que no encajan con lo que se espera de un maestro que "tiene las respuestas". Eso es lo que vamos a mirar, caso por caso, con el texto griego en la mano donde aporte algo real.

Un dato de apertura, este sí verificable con precisión: el biblista Douglas Estes (PhD Nottingham, en su estudio académico *The Questions of Jesus in John*, Brill, 2013) señala algo que no puede ser casualidad narrativa. En el evangelio de Juan, las primeras palabras de Jesús registradas (1:38, "¿qué buscáis?"), sus primeras palabras después de resucitar (20:15, "¿por qué lloras? ¿a quién buscas?") y sus últimas palabras registradas en todo el evangelio (21:22, "¿qué a ti?

Sígueme tú") son, las tres, preguntas. Juan pudo haber elegido cualquier otra cosa para abrir, reabrir y cerrar el retrato de Jesús que estaba escribiendo. Eligió la pregunta las tres veces.

Vamos a organizar el recorrido, igual que con las preguntas de Dios en el Antiguo Testamento, no libro por libro sino por lo que cada pregunta *hace*.



1. La pregunta que expone: cuando Jesús no acusa, pregunta

Este es el mismo patrón que ya vimos en Génesis 3, ahora en carne y hueso, caminando entre la gente que va a acusar o va a ser acusada.

Marcos 2:8 (par. Mateo 9:4) — a Jesús le traen un paralítico. Antes de sanarlo, le dice: "Tus pecados te son perdonados". Los escribas que están ahí lo piensan blasfemia, pero no dicen nada en voz alta — lo piensan, nomás, en su corazón. Y Jesús, dice el texto, "conociendo en su espíritu que pensaban esto dentro de sí, les dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?". No los acusa de blasfemia por dudar. Les pregunta por qué piensan lo que piensan — y esa pregunta, antes de curar el cuerpo del paralítico, ya empieza a exponer algo del corazón de los que miran.

Juan 8:10 — este es, quizás, el caso más nítido de todo el evangelio. Traen ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio, con la ley de Moisés ya citada y las piedras prácticamente en la mano. Jesús no dice nada por un largo rato — escribe en el suelo — y cuando finalmente habla, no es una sentencia sobre ella. Es: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra". Uno por uno, empezando por los más viejos, se van todos. Y entonces, con la mujer ya sola frente a él, Jesús le hace dos preguntas seguidas: "Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?". Fijate lo que hace esa pregunta: Jesús sabe perfectamente dónde están — se fueron, él los vio irse. No pregunta para informarse. Le hace mirar a *ella misma* que el tribunal que la tenía rodeada ya no existe, antes de decirle una sola palabra sobre su propio pecado. La pregunta reordena la escena entera antes de que llegue cualquier palabra sobre lo que ella hizo.

En los dos casos —los escribas, la mujer— Jesús tenía a mano la sentencia directa. En ningún caso la usa primero.

Aplicación — pareja y familia: cuando alguien en la pareja hace un comentario cargado de sospecha o de juicio hacia el otro sin decirlo abiertamente, hay una diferencia real entre responder "no pienses eso de mí" (defensa que cierra) y preguntar "¿qué te hace pensar eso?" (pregunta que, como la de Marcos 2:8, expone el pensamiento sin

acusar a quien lo tiene). La segunda no evita el tema — lo abre, pero desde el lugar de quien lo piensa, no desde la reacción de quien lo escucha.

Aplicación — trabajo y liderazgo: frente a un chisme o una crítica que corre por lo bajo en un equipo, hay una diferencia entre cortarlo con autoridad ("esto no se dice") y preguntar directamente a quien lo dijo "¿qué es lo que te preocupa realmente?" — exactamente lo que hace Jesús con los escribas: no calla el pensamiento con una orden, lo pone en la mesa con una pregunta que obliga a la persona a hacerse cargo de lo que piensa.



2. La pregunta que sostiene: cuando Jesús encuentra a alguien roto

Igual que Elías en el desierto y Agar junto a la fuente, hay gente que Jesús encuentra no en falta, sino deshecha — y ahí la pregunta no expone nada. Sostiene.

Juan 5:6 — en el estanque de Betesda hay una multitud de enfermos esperando que se agite el agua. Jesús se acerca a uno que lleva ahí treinta y ocho años y le pregunta: "¿Quieres ser sano?". A primera vista parece la pregunta más obvia del mundo — claro que quiere,

está tirado ahí hace décadas. Pero el griego dice algo más preciso: *Theleis hygiēs genesthai?* — y ese *theleis*, de la raíz *thelō*, no es un "¿te gustaría?" liviano. Es voluntad, deseo activo, una inclinación sostenida de la voluntad, no un capricho pasajero. Jesús no le está preguntando si le gustaría estar sano como quien pregunta si quiere más café. Le está preguntando si, después de treinta y ocho años acostumbrado a ese lugar, a esa rutina, a esa identidad de enfermo esperando el agua, todavía *quiere* — con la voluntad entera— otra vida. La respuesta del hombre, de hecho, no es un sí: es una queja sobre no tener a nadie que lo meta al agua a tiempo. Jesús le pregunta lo que él mismo no se había preguntado en treinta y ocho años.

Lucas 24:13-32 — dos discípulos caminan a Emaús el mismo día de la resurrección, destrozados, sin saber todavía que el que camina con ellos es Jesús. Él les pregunta: "¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?". Los deja contar entera su versión de los hechos —incluso la parte donde, sin saberlo, le explican a Jesús mismo por qué ya no tienen esperanza en Jesús— antes de decir una palabra. Y más tarde, en la casa, cuando ya lo reconocieron y todo cambió, la pregunta que hace no es teológica ni solemne: "¿Tenéis aquí algo de comer?" (Lucas 24:41). Después de la resurrección, después de abrirles las Escrituras, la pregunta de Jesús es

sobre si hay pescado. Esa ternura tan doméstica, tan poco espectacular, es parte del mismo patrón: sostener a alguien no siempre necesita solemnidad. A veces es simplemente compartir la mesa.

Lucas 2:49 — este caso es distinto de todos los demás en un sentido: es la primera pregunta de Jesús que registra la Escritura, cronológicamente, en toda su vida. Tiene doce años, se quedó en el templo sin avisar, y cuando María y José —angustiados, tres días buscándolo— lo encuentran, él les pregunta: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?". No es una pregunta que sostiene a otro en crisis como las anteriores — es casi lo opuesto: es Jesús, todavía niño, ya habitando una identidad que sus propios padres todavía no terminan de entender. Vale la pena marcarla acá, al principio del bloque 2, porque establece algo importante para todo el capítulo: el patrón de preguntar en vez de simplemente informar no empieza en el ministerio público de Jesús a los treinta años. Empieza, según el propio relato, a los doce.

Aplicación — vida social cotidiana: cuando un amigo está atravesando algo difícil y todavía no lo dijo del todo, la tentación es preguntar "¿estás bien?" —pregunta que casi siempre se responde con un "sí" automático que cierra la conversación—. El patrón de Emaús

sugiere otra cosa: preguntar de un modo que deja espacio para que la persona cuente la historia entera, aunque tarde, aunque sea su propia versión incompleta de los hechos, antes de ofrecer ningún consuelo armado de antemano.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: frente a un hábito, una relación o una forma de vivir en la que uno lleva mucho tiempo instalado —aunque duela, aunque no funcione— la pregunta de Betesda es incómoda de un modo muy específico: no es "¿por qué no cambio?", que tiende a la culpa, sino "¿de verdad quiero, con la voluntad entera y no solo con las ganas de un momento, otra vida distinta de esta?". Sostenerse en esa pregunta un rato, sin apurar la respuesta con un sí automático, es más honesto que cualquier propósito armado rápido.



3. La pregunta que invita a decidir: cuando Jesús abre una puerta en vez de dar una orden

Este bloque tiene el mismo mecanismo que vimos con Moisés, Isaías y Zacarías en el Antiguo Testamento: Jesús no entrega la respuesta armada. Pregunta primero, y deja que la persona construya lo que responde.

Marcos 8:27-29 (par. Mateo 16:13-16, Lucas 9:18-20) — el caso más citado de todos, con razón. Jesús y los discípulos están cerca de Cesarea de Filipo, y él les pregunta: "¿Quién dicen los hombres que soy yo?". Le contestan lo que se dice por ahí — Juan el Bautista, Elías, uno de los profetas. Es información de segunda mano, fácil de dar porque no compromete a nadie. Y entonces Jesús repregunta, y acá el griego marca algo que la traducción castellana no siempre deja ver: *Hymeis de tina me legete einai?* — "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". El pronombre *hymeis* ("vosotros") está puesto al frente de la frase, con un énfasis que el griego no necesita gramaticalmente —el verbo ya indica de por sí que la pregunta es en plural—. Jesús lo pone igual, y ese énfasis deliberado hace exactamente lo que un antiguo estudio académico sobre este pasaje señala: separa con precisión la opinión ajena, cómoda y sin costo, de la respuesta propia, la única que en realidad importa. No hay forma de responder esta segunda pregunta escondido detrás de lo que "se dice". Pedro responde: "Tú eres el Cristo" — y esa respuesta, la que él mismo tiene que construir sin poder citar a nadie más, es la piedra sobre la que Jesús dice que va a edificar.

Juan 21:15-17 — después de la resurrección, junto al lago, Jesús le hace a Pedro la misma pregunta tres veces seguidas: "¿me amas?". No

es que Jesús necesite escucharlo tres veces para creerle. El espejo es exacto y doloroso: Pedro lo negó tres veces la noche del arresto, alrededor de un fuego. Ahora, otra vez junto a un fuego de brasas, Jesús no le dice "te perdono" de una — le hace la misma pregunta que deshace, una por una, cada una de las negaciones. Y acá hay un dato verificable con precisión: la palabra griega para ese fuego, *anthrakia* (fuego de carbón), aparece exactamente dos veces en todo el Nuevo Testamento — Juan 18:18, cuando Pedro se calienta junto a ese fuego mientras niega tres veces, y Juan 21:9, cuando Jesús mismo prepara ese mismo tipo de fuego en la playa antes de restaurarlo. Pedro tiene que responder tres veces, en voz alta, junto al mismo calor donde negó tres veces, lo contrario de lo que dijo esa noche. La restauración no llega como sentencia. Llega como pregunta repetida, en el mismo escenario sensorial de la caída, y la respuesta que la deshace tiene que salir de la boca del propio Pedro.

Aplicación — estudio y vida intelectual: frente a una creencia o una opinión que alguien sostiene porque "así se dice" o "así lo aprendí", hay una diferencia entre corregirla de una y preguntar, al estilo de Cesarea de Filipo, "pero vos, ¿qué pensás?". La pregunta obliga a distinguir lo que se repite de lo que realmente se sostiene con

convicción propia — y muchas veces esa distinción no se ve hasta que alguien pregunta.

Aplicación — pareja y familia: después de un error que dañó la confianza, hay una tentación de resolver todo con una sola conversación grande y una disculpa que cierre el tema. El patrón de Juan 21 sugiere algo más lento y más real: la confianza que se rompió en varios momentos concretos a veces necesita reconstruirse también en varios momentos concretos, no en uno solo — dar espacio, más de una vez, para que la persona vuelva a decir con sus propias palabras lo que antes negó o rompió.

Aplicación — estudio y meditación bíblica: la pregunta de Cesarea de Filipo no es solo un dato para saber sobre la identidad de Jesús — es, literalmente, la pregunta que le vuelve a hacer a cualquiera que lee el evangelio hoy. Es fácil leer los cuatro evangelios acumulando lo que "dicen los comentaristas" o "dice la tradición" sobre quién es Jesús, exactamente como los discípulos repitieron primero lo que "dicen los hombres". Leer buscando activamente la propia respuesta a "¿y vos, qué decís?" —no la de un comentario ni la de un predicador— antes de cerrar el pasaje, es aplicar el mismo mecanismo del énfasis en *hymeis*: la lectura que vale es la que uno mismo puede sostener, no la que se cita de memoria.



4. La pregunta que reordena la mirada entera

Igual que Job 38-41, hay preguntas de Jesús que no buscan que nadie reconozca una falta ni lo sostienen en una crisis puntual ni lo invitan a decidir algo concreto. Buscan cambiarle a la persona el tamaño con el que mira todo lo demás.

Mateo 6:26-30 — en medio del Sermón del Monte, hablando de la ansiedad por la comida, la ropa, el mañana, Jesús no da un argumento cerrado. Encadena preguntas, una atrás de otra, casi con el mismo ritmo acumulativo que Dios usa con Job: "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan... ¿no valéis vosotros mucho más que ellas?"; "¿Y por qué os afanáis por el vestido? Considerad los lirios del campo, cómo crecen..."; "Pues si la hierba del campo que hoy es y mañana es echada al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?". Es exactamente el mismo mecanismo retórico que Dios usa en Job 38-41 —una acumulación de preguntas sobre la creación, no una explicación—, pero con una diferencia de escala que vale la pena notar: Dios le pregunta a Job por el mar, las estrellas, el amanecer — cosas cósmicas, inalcanzables. Jesús le pregunta a la gente común por pájaros y flores que cualquiera tiene

delante todos los días. El mismo reordenamiento del tamaño del problema, pero puesto a la altura de lo doméstico, de lo que cualquiera puede mirar sin moverse de donde está.

Aplicación — trabajo: frente a la ansiedad concreta por un resultado que no se puede controlar del todo —un proyecto, una entrevista, un número que no cierra— la pregunta de Mateo 6 no niega el problema real. Lo reubica: mirar, aunque sea un minuto, algo tan simple y ajeno al propio control como una planta creciendo, y dejar que esa mirada haga la pregunta que uno mismo no se hace ("¿de verdad todo depende solamente de mí resolverlo hoy?").

Aplicación — oración y vida espiritual personal: ante la ansiedad repetida por el futuro, en vez de pedirle a Dios la solución concreta de una, sostener la misma pregunta que Jesús deja abierta en el aire —"¿no valés vos mucho más que esto que te preocupa?"— sin apurar la respuesta con un argumento armado, es aplicar el mismo mecanismo de Job: no resuelve el problema puntual, pero cambia el tamaño con el que se lo mira.



5. La pregunta que Jesús se hace a sí mismo

Este bloque es distinto de todos los anteriores en algo esencial: en los cuatro bloques previos, Jesús pregunta *a otra persona*, desde una posición donde ya sabe o ya intuye la respuesta. Acá no. Acá la pregunta nace de una angustia genuina, la única vez en toda la Escritura donde quien pregunta con el mismo carácter divino de Génesis o de Job es, al mismo tiempo, quien no tiene todavía resuelta la respuesta.

Getsemaní y Juan 12:27 — antes de la cruz, en el huerto, Jesús le dice a sus discípulos que su alma está "muy triste, hasta la muerte" (Mateo 26:38), y se aparta a orar solo. En una escena que Juan ubica un poco antes en la cronología pero con el mismo tono, Jesús verbaliza en voz alta la lucha que está atravesando: "Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?" (Juan 12:27). Es una pregunta que se hace a sí mismo, delante de la gente, sin resolverla todavía — y termina respondiéndosela él mismo, ahí nomás: "mas para esto he llegado a esta hora". Y en Getsemaní, la oración es literalmente una pregunta sostenida frente al Padre, repetida tres veces con las mismas palabras: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú"

(Mateo 26:39). No es una afirmación resuelta de entrada. Es una petición abierta, dicha tres veces, antes de la entrega final.

Mateo 27:46 (par. Marcos 15:34) — ya en la cruz, Jesús grita: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Esto no es un grito improvisado de dolor puro, aunque también lo sea. Es la cita literal, palabra por palabra, del primer versículo del Salmo 22 — un salmo de lamento que, como todo salmo de este tipo en la tradición hebrea, no termina en la queja: empieza en el abandono más crudo y, dieciocho versículos después, termina en confianza y alabanza. Jesús no está improvisando una pregunta al azar en su peor momento. Está orando —con la boca, en la cruz— la misma estructura de lamento que cualquier judío piadoso reconocería de memoria, la que empieza preguntando "por qué" y termina, más adelante, confiando igual. La pregunta de la cruz no es el fin de la fe de Jesús. Es la forma más antigua que su propia tradición tenía para sostener el dolor sin negarlo y sin resolverlo de una.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: cuando la propia oración se convierte en una pregunta repetida sin respuesta clara todavía —un "por qué" que no se resuelve rápido, un pedido que se repite más de una vez sin cambiar de forma— ese lugar no es una falla en la fe ni un lugar ajeno a Jesús. Es, literalmente, la misma

estructura que él mismo usó dos veces en sus últimas horas: la pregunta sostenida en Getsemaní y el "por qué" de la cruz, ambas dichas sin vergüenza y sin apuro por cerrarlas con una respuesta armada. Orar una pregunta que todavía no tiene la respuesta — incluso repetirla tres veces, como en el huerto— no es orar mal.



6. La pregunta que devuelve la trampa

Un último tipo, distinto de todos: no expone el corazón de quien pregunta, no sostiene a nadie roto, no invita a decidir nada nuevo. Neutraliza una encerrona sin ceder terreno.

Marcos 11:27-33 (par. Mateo 21:23-27, Lucas 20:1-8) — los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos le preguntan a Jesús, en el templo: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién te dio esta autoridad?". No es una pregunta genuina — es una encerrona: si Jesús dice que su autoridad viene de Dios, lo pueden acusar de blasfemia; si dice que viene de sí mismo, pierde toda credibilidad ante la gente. Jesús responde con otra pregunta: "El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres?". Los deja atrapados en su propia trampa — si dicen "del cielo", Jesús les puede preguntar por qué no le creyeron a Juan; si dicen "de los hombres", temen a la multitud, que

tenía a Juan por profeta. No pueden responder. "No sabemos", dicen. Y Jesús: "Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas". Esto no es evasión — comentaristas de este pasaje señalan que responder pregunta con pregunta era un método rabínico reconocido y respetado en la época, no un truco improvisado. Jesús no esquiva el enfrentamiento: lo gana, en sus propios términos, sin darles el material que buscaban para condenarlo.

Aplicación — trabajo y liderazgo: frente a una pregunta hecha con mala intención en una reunión —una que busca menos información real y más ponerte en una posición incómoda frente a otros— no siempre hace falta responder en los términos exactos en que fue planteada. A veces devolver la pregunta con honestidad ("¿qué es lo que en el fondo te preocupa acá?") desarma la trampa sin necesidad de pelear ni de ceder.

Aplicación — vida social cotidiana: en una charla de grupo, cuando alguien tira una pregunta con segunda intención —del tipo "¿vos en serio creés eso?" dicho para exponer a la persona delante de los demás, no para escuchar la respuesta— hay una salida distinta de defenderse o de callar. Devolver la pregunta con calma ("¿por qué te interesa tanto lo que pienso yo de esto?") hace exactamente lo que

Jesús hizo en el templo: no cede el terreno de la trampa, pero tampoco entra a pelear en los términos que el otro eligió.



Síntesis

Seis funciones distintas, un mismo patrón de fondo, el mismo que ya vimos en Dios antes de la encarnación: Jesús expone sin acusar, sostiene sin resolver de una, invita sin ordenar, reordena sin explicar — y a eso suma dos cosas que el Antiguo Testamento no mostraba de este modo tan directo: una angustia genuina, propia, sostenida en pregunta antes de la entrega final; y la capacidad de devolver una trampa sin caer en ella y sin necesitar ceder. No es un maestro que tenía las respuestas y eligió, por estrategia pedagógica, hacer preguntas en su lugar. Es, según todo lo que el texto mismo permite sostener, el mismo carácter que ya preguntaba en el Génesis, ahora caminando, comiendo, llorando, y finalmente muriendo con una pregunta en la boca — la misma que su propia tradición usaba desde siglos antes para sostener, sin negarlo, el dolor que todavía no tiene respuesta.



Fuentes citadas en este capítulo

- Texto bíblico: Marcos 2:8; Mateo 9:4; Juan 8:1-11; Juan 5:6; Lucas 2:41-52; Lucas 24:13-32,41; Marcos 8:27-29; Mateo 16:13-16; Lucas 9:18-20; Juan 18:18; Juan 21:9,15-19; Mateo 6:25-34; Mateo 26:36-46; Juan 12:27; Mateo 27:46; Marcos 15:34; Salmo 22; Marcos 11:27-33; Mateo 21:23-27; Lucas 20:1-8 — cotejado contra el texto griego (Westcott-Hort / Textus Receptus vía Blue Letter Bible y BibleHub).
- Copenhaver, M. B. (2014). *Jesus Is the Question: The 307 Questions Jesus Asked and the 3 He Answered*. Abingdon Press. (Citado con atribución explícita, dado que el conteo no tiene consenso metodológico independiente.)
- Estes, D. (2013). *The Questions of Jesus in John: Logic, Rhetoric, and Persuasive Discourse*. Biblical Interpretation Series 115. Leiden: Brill. (Dato de la primera/primer post-resurrección/última pregunta en Juan; taxonomía académica de tipos de pregunta: abiertas, reflexivas, decisivas, responsivas, coercitivas.)
- Análisis léxico griego: *theleis* (θέλεις, de θέλω) en Juan 5:6; *Hymeis* (ὁμεῖς) enfático en Marcos 8:29; *anthrakia* (ἄνθρακιὰ) en

Juan 18:18 y 21:9 — Strong's Concordance vía Blue Letter Bible / BibleHub.

- Lectura de Marcos 11:27-33 como método rabínico de contrapregunta reconocido en la época: Bible.org, comentario sobre Marcos 11:27–12:17; respaldado por fuentes rabínicas primarias que documentan la misma técnica (Talmud de Babilonia, Sanhedrin 65b; Génesis Rabbah 27.4).

¿QUÉ LE PREGUNTA LA HUMANIDAD A DIOS?

Antes de arrancar, una aclaración de continuidad. Los dos capítulos anteriores mostraron un mismo patrón mirado desde dos direcciones: primero, que Dios en el Antiguo Testamento prefería preguntar antes que decretar; después, que Jesús hacía exactamente lo mismo, en carne, caminando entre la gente. En los dos casos, quien pregunta es Dios. Este capítulo da vuelta la cámara. Acá quien pregunta es el ser humano — y lo que se descubre, con el texto en la mano, es algo que a muchos lectores de la Biblia les sorprende la primera vez que lo ven de cerca: la Escritura no solo tolera que la persona le pregunte a Dios con enojo, con acusación, con la voz quebrada o directamente sin ningún filtro. Lo conserva. Lo canoniza. Lo pone en la boca de sus profetas, sus salmistas, sus discípulos, y hasta en la del propio Jesús cuando ora en Getsemaní.

No hay un catálogo académico cerrado de "todas las preguntas de la humanidad a Dios" — es un corpus todavía más disperso y variado que el de las preguntas de Jesús, que ya de por sí no tenía consenso de conteo. Lo que sigue es una selección deliberada: quince casos, verificados uno por uno contra el texto original, organizados no por libro sino por lo que cada pregunta *hace* y cómo Dios responde — o no responde — a cada una.

Un hilo conecta a casi todos: la hipersinceridad. Gente que le habla a Dios sin la cortesía que le hablaría a un jefe, sin la distancia que le hablaría a un desconocido. Eso, en sí mismo, ya es un dato — y vamos a volver sobre él al final.



1. La acusación directa: "tú me hiciste esto"

El primer bloque es el más incómodo de los cinco, y por eso conviene empezar por ahí: gente que no le pregunta a Dios *por qué permite* algo, como quien pregunta desde afuera. Le dice a Dios, en la cara, que Él es la causa.

Job 10:2-3 — Job lleva varios capítulos discutiendo con sus amigos, pero acá el destinatario cambia: "Diré a Dios: no me condenes; hazme

saber por qué contiendes conmigo. ¿Te parece bien oprimir, desechar la obra de tus manos...?". Vale la pena marcar una distinción de precisión textual que se suele pasar por alto: el "maldito el día en que nací" del capítulo 3 —la parte más citada del libro— no está dirigido a Dios en segunda persona. Es un lamento sobre la propia existencia, sin destinatario directo, más parecido a lo que Jeremías va a hacer después en 20:14-18 que a una oración. El capítulo 10, en cambio, sí lo es: "diré a Dios" marca el giro explícito hacia el diálogo. Es la diferencia entre gritar al vacío y gritarle a Alguien en particular, sabiendo que puede escuchar.

Salmo 88 — este es, según coinciden distintos estudios sobre el libro de los Salmos, el lamento más oscuro de todo el salterio, y por una razón estructural precisa: casi todos los salmos de lamento siguen el mismo movimiento —queja, petición, y un giro hacia la confianza o la alabanza— pero el 88 es el único que nunca da ese giro. Empieza mal y termina peor. Y hay algo más específico todavía: mientras la mayoría de los lamentos le piden a Dios que actúe contra "el enemigo", el Salmo 88 nombra directamente a Dios como el agente del daño: "me has puesto en el hoyo profundo... tu ira reposa sobre mí... has alejado de mí al amigo y al compañero". Tú, tú, tú. La última palabra del salmo en hebreo —literalmente la última palabra, la que

cierra todo el poema— es *majshaj*: oscuridad. No hay resolución. No hay respuesta narrada de Dios. El salmo simplemente termina ahí, en la oscuridad, con el salmista todavía hablándole a Dios a pesar de todo.

Jeremías 20:7 — acá el dato lingüístico es fuerte, aunque con un matiz que vale la pena decir con precisión. Jeremías le dice a Dios: "Me sedujiste, Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste". El verbo hebreo es *patah* (פָּתָה), y no es un verbo suave: en otros pasajes del Antiguo Testamento —incluido Éxodo 22:16, sobre un hombre que seduce a una virgen— esa misma raíz carga con fuerza sexual explícita. Hay eruditos serios, como Abraham Heschel, que leen esa carga también acá, en la forma más fuerte de la acusación de Jeremías. Pero hay que decirlo con honestidad: no es lectura unánime. Otros comentaristas (como Kathleen O'Connor, en su trabajo sobre este pasaje) señalan que la forma gramatical exacta que usa Jeremías en este verso es distinta de la que carga sentido sexual en los otros casos, y que el significado más simple —"engañar", "persuadir por la fuerza"— alcanza sin necesidad de leer ahí una acusación sexual. Lo que no está en discusión, en ninguna de las dos lecturas: el segundo verbo, "me venciste" (הִנֵּחַ, *hazaq*), es el mismo que en otros pasajes describe dominación por la fuerza. Sea cual sea la

lectura exacta, Jeremías no está diciendo "me convenciste" en un sentido neutro — está describiendo su propia vocación profética con el vocabulario de haber sido dominado contra su voluntad. Es una acusación casi al límite de la blasfemia, y el texto la conserva sin suavizarla, en el mismo libro que después va a incluir algunas de las promesas de restauración más hermosas de todo el Antiguo Testamento (Jeremías 29:11, 31:31-34).

Lo que tienen en común estos tres casos no es la teología, sino la ausencia total de filtro. Ninguno de los tres modula el reclamo para hacerlo más aceptable. Y el dato más importante no está en lo que dicen, sino en lo que hizo la tradición que los transmitió: alguien, en algún momento, decidió que estos textos quedaran en el canon tal como están, sin nota aclaratoria, sin suavizar la acusación. Eso no es un accidente de transmisión — es, en sí mismo, una enseñanza sobre qué tipo de sinceridad tolera la relación con Dios.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: hay una tentación extendida de creer que la oración "correcta" es la que llega ya resignada, ya en paz, ya agradecida. El patrón de Job 10 y el Salmo 88 sugiere algo distinto: que decirle a Dios, con las palabras más crudas que a uno le salgan, "esto me lo hiciste vos" — sin editar el reclamo para hacerlo más piadoso — no es una falla de fe. Es, según

lo que el propio canon conserva, una forma legítima de seguir hablándole a Alguien de quien todavía no se soltó la mano.

Aplicación — pareja y familia: cuando alguien lastimado por una decisión de su pareja dice "vos me hiciste esto" en caliente, sin filtro, hay una diferencia entre tratar esa frase como el fin de la conversación y tratarla como el Salmo 88 trata su propio reclamo — una verdad parcial, dicha con toda la crudeza del momento, que no cierra la relación sino que, paradójicamente, solo es posible decirla dentro de una relación que sigue en pie. El salmista sigue hablándole a Dios. Eso ya dice algo.



2. El "hasta cuándo": la protesta que espera respuesta

Hay una fórmula hebrea concreta, *'ad-'anah* (עַד-אַנָּה), "hasta cuándo", que aparece una y otra vez a lo largo del canon del Antiguo Testamento. No es una pregunta retórica vacía: marca, según comentaristas del género de lamento, un tipo de discurso reconocible que la audiencia original sabía identificar de inmediato, con una estructura esperada — queja, súplica, y la expectativa real de que en algún momento la espera termine.

Habacuc 1:2-4 y 1:12-17 — este es, de todo el corpus, el caso de diálogo más completo y verificable. El libro entero está armado en dos rondas: Habacuc se queja ("¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás?"), y Dios responde (1:5-11). Habacuc no queda conforme con la respuesta —de hecho, la respuesta le parece peor que el problema original: Dios le dice que va a usar a los caldeos, un pueblo todavía más violento, para hacer justicia— y se queja por segunda vez (1:12-17). Dios responde de nuevo, esta vez con la instrucción de escribir la visión y esperarla (capítulo 2). El libro termina con un salmo de confianza (capítulo 3) que Habacuc mismo compone después de todo ese forcejeo. La estructura entera demuestra algo que ningún resumen doctrinal podría mostrar tan bien: reclamar no cierra la conversación con Dios. A veces la abre.

Salmo 13 — un lamento corto, de apenas seis versículos, con una estructura de tres estrofas que distintos comentaristas señalan como modelo del género: queja (vv. 1-2, con "hasta cuándo" repetido cuatro veces en dos versículos), petición (vv. 3-4), y un giro final hacia la confianza (vv. 5-6, que empieza con un "pero" que no borra lo anterior, sino que convive con eso). A diferencia del Salmo 88, acá sí hay giro — pero el giro no llega porque Dios responda dentro del salmo. Llega porque el propio salmista elige, en el verso 5, seguir

confiando a pesar de que nada cambió todavía. La resolución, cuando aparece, no es una respuesta divina narrada: es una decisión humana de seguir esperando.

Salmo 22 — un caso que conecta de forma directa con el capítulo anterior de este mismo libro: es el salmo que Jesús cita en la cruz, palabra por palabra, en su primer versículo — "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". No usa la fórmula '*ad-'anah*', pero cumple exactamente la misma función de protesta formal, con estructura de lamento clásica: descripción cruda del abandono y la humillación (vv. 1-21 — "soy gusano y no hombre", "todos los que me ven me escarnecen"), y después, en el verso 24, un giro tan marcado como el del Salmo 13 pero con algo que el 13 no tiene: una razón explícita para el giro. El salmista no dice solo "confío" — dice por qué: "no menospreció ni abominó el clamor del afligido, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a él, le oyó". El giro no es un acto de voluntad en el vacío, como en el Salmo 13; es la memoria de que, en algún momento anterior, el clamor sí fue escuchado. Y el dato que hace que este salmo importe tanto para el libro entero: cuando Jesús lo reza desde la cruz, no está improvisando un grito de dolor puro, aunque también lo sea. Está orando, con la boca, la estructura completa de lamento que su propia tradición usaba desde

siglos antes — la misma que empieza en el abandono más crudo y, dieciocho versículos después, todavía dentro del mismo poema, llega a la confianza.

Aplicación — trabajo: frente a una injusticia sostenida en el tiempo —un ascenso que no llega, un reconocimiento que se posterga sin razón clara— la tentación es o tragarse el reclamo en silencio, o explotar de una sola vez sin dar lugar a que la otra parte responda. El patrón de Habacuc sugiere una tercera vía: reclamar con toda claridad, escuchar la respuesta aunque no sea la esperada, y si hace falta, volver a reclamar. El libro entero es prueba de que insistir dos veces no es falta de fe en el proceso — es, a veces, lo que el proceso mismo requiere.

Aplicación — estudio y meditación bíblica: leer el Salmo 13 buscando solo el verso final ("yo confío en tu misericordia") y saltarse los cuatro "hasta cuándo" del comienzo es leerlo mal — es quedarse con la resolución sin haber atravesado la protesta que la hace real. Leer el salmo completo, deteniéndose de verdad en la repetición de la queja antes de llegar al giro, es una forma de meditación bíblica mucho más fiel a lo que el texto mismo hace con quien lo reza.

Aplicación — vida social cotidiana: cuando alguien cercano atraviesa una espera larga y sin fecha —un diagnóstico que tarda, un proceso legal, una situación familiar que no se resuelve— la tentación de quien acompaña es ofrecer un cierre prematuro ("ya vas a ver que todo se soluciona") solo para aliviar la propia incomodidad de no saber qué decir. El patrón del "hasta cuándo" sugiere algo más honesto: acompañar la pregunta sin apurar una respuesta que nadie tiene, y no confundir la falta de resolución con falta de fe de la persona que espera.



3. La queja del que ya no da más

Distinto de la acusación teológica y distinto del "hasta cuándo" formal, hay un tercer tipo de pregunta: la de alguien que no está discutiendo con Dios en abstracto sobre el sentido del sufrimiento. Está, simplemente, agotado por el peso concreto de una tarea que Dios mismo le puso encima.

Números 11:11-15 — Moisés, en medio de las quejas constantes del pueblo por la comida, se quiebra: "¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia en tus ojos, para que pongas la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo?

¿Engendrélo yo, para que me digas: Llévalo en tu seno...?". Y termina pidiendo directamente la muerte: "si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte". No es una discusión teológica sobre el mal en el mundo. Es el cansancio literal de alguien que se siente solo cargando algo que le queda demasiado grande — y Dios, en este caso, sí responde de forma directa: reparte la carga entre setenta ancianos (v. 16 en adelante). La queja consigue algo concreto.

Jueces 6:13 — Gedeón, escondido trillando trigo por miedo a los madianitas, le responde al ángel que lo saluda como "varón esforzado y valiente" con una pregunta que es casi un sarcasmo de dolor: "Si Jehová es con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas, que nuestros padres nos han contado?". Acá el contraste con Moisés es instructivo: Dios no responde esa pregunta. No le explica a Gedeón dónde están los milagros ni por qué el pueblo está sufriendo. En cambio, le da una misión: "ve con esta tu fuerza". La pregunta queda, literalmente, sin contestar — pero no sin efecto.

Jonás 4:4 y 4:9 — un caso que no encaja del todo en este bloque ni en ninguno de los anteriores, porque acá quien pregunta dos veces es Dios, no Jonás — el mismo patrón que ya vimos con Elías en el capítulo 2, pero con un final mucho más incómodo. Jonás está

enfurecido porque Dios perdonó a Nínive después de que él mismo predicara su destrucción, y se sienta afuera de la ciudad a ver qué pasa. Dios le pregunta: "¿Haces bien en enojarte?" (4:4). Jonás no responde, se hace una enramada. Dios hace crecer una planta que le da sombra, después manda un gusano que la seca, y le vuelve a preguntar, con las mismas palabras: "¿Haces bien en enojarte por la calabacera?" (4:9). Jonás contesta, desafiante: "Mucho me enoja, hasta la muerte". Y ahí termina el libro. Sin narrar si Jonás cambió de parecer, sin resolución. A diferencia de Gedeón, que recibe una misión en lugar de una respuesta, y de Moisés, que recibe ayuda concreta, Jonás no recibe nada de eso — recibe una pregunta abierta, dirigida a él, con la que el libro entero se cierra sin que sepamos si la respondió alguna vez de verdad.

Aplicación — trabajo y liderazgo: cuando alguien en un equipo está desbordado por una responsabilidad que le queda grande —no porque discuta la tarea en sí, sino porque el peso concreto lo está aplastando— hay una diferencia entre pedirle que aguante en silencio y escuchar el reclamo entero, incluso si llega con la exageración del agotamiento ("no doy más"), antes de decidir cómo repartir la carga. El patrón de Números 11 sugiere que la queja cansada, tomada en

serio, a veces es exactamente la información que hace falta para reorganizar algo que estaba mal distribuido desde el principio.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: frente a una temporada donde uno se siente desbordado por algo que el propio Dios parece haber puesto en el camino —una vocación, una responsabilidad familiar, un llamado que en su momento se aceptó con entusiasmo y hoy pesa distinto— la oración de Moisés en Números 11 da permiso para decir, sin vueltas, "esto me queda grande, no doy más" en vez de fingir una fortaleza que ya no está. No es la única oración legítima frente al agotamiento, pero es una que el texto conserva sin corregirla.



4. La pregunta que Jesús rechaza como marco

Hay un tipo de pregunta humana, ya en los evangelios, que Jesús no responde en sus propios términos — porque el problema no es la pregunta puntual, sino el supuesto que la sostiene.

Juan 9:2 — los discípulos, frente a un hombre ciego de nacimiento, le preguntan a Jesús: "Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?". Es una pregunta hecha desde un marco muy

extendido en la época —el sufrimiento como consecuencia directa de un pecado identificable, propio o heredado— y Jesús no elige entre las dos opciones que le ofrecen. Rechaza el marco entero: "No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él". No hay una tercera opción escondida en la pregunta original. Hay una pregunta distinta, que los discípulos ni siquiera habían considerado hacer.

Lucas 13:1-3 — un caso paralelo, con la misma lógica. Le cuentan a Jesús sobre unos galileos que Pilato mandó matar, mezclando su sangre con la de sus propios sacrificios — un suceso que, atado a la teología popular de la época, invitaba a preguntarse qué habían hecho esos galileos para merecer semejante muerte. Jesús se adelanta a la pregunta implícita y la desarma de entrada: "¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tal cosa, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente". Otra vez, no elige entre las opciones del marco causa-efecto. Lo cuestiona directamente.

En ambos casos, lo llamativo no es que Jesús tenga una respuesta mejor escondida en el mismo terreno de la pregunta. Es que el terreno mismo —sufrimiento como castigo proporcional y rastreable— es el problema, y Jesús se lo dice a la cara a quien pregunta.

Aplicación — vida social cotidiana: frente al sufrimiento de alguien —una enfermedad, una pérdida, una desgracia repentina— es común, aunque casi nunca en voz alta, que la mente busque de forma automática una causa proporcional: "¿qué habrá hecho para merecer esto?". El patrón de Juan 9 y Lucas 13 es una corrección directa a ese reflejo. No hace falta encontrar la causa del dolor ajeno para acompañarlo — y muchas veces buscarla es, sin querer, una forma sutil de distancia con quien sufre, no de cercanía real.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: frente al propio sufrimiento, la pregunta automática suele ser "¿qué hice mal para merecer esto?". El patrón de estos dos pasajes no niega que a veces el sufrimiento sea consecuencia directa de una decisión propia — pero sí desarma la idea de que *todo* sufrimiento tiene que tener ese tipo de explicación proporcional. A veces la pregunta correcta no es "¿de quién es la culpa?", sino, como responde Jesús en Juan 9, algo mucho más abierto: qué puede manifestarse en medio de esto, más allá de encontrar un responsable.

Aplicación — estudio y vida intelectual: frente a un problema difícil de resolver —personal, laboral, teológico— la tentación intelectual más común no es no tener respuesta, sino aceptar sin examen las únicas dos o tres opciones que el problema parece ofrecer

de entrada, como si agotaran todas las posibilidades. Lo que hace Jesús en Juan 9 y Lucas 13 es un movimiento de pensamiento crítico antes que de consuelo: antes de elegir una opción del menú que le ofrecen, revisa si el menú mismo está bien planteado. Aplicado al estudio —de la Biblia o de cualquier otra cosa— es la diferencia entre resolver la pregunta que a uno le hicieron y preguntarse primero si esa es, de verdad, la pregunta correcta.



5. El reclamo cara a cara con Jesús

El último bloque, el más extenso, reúne casos donde el reclamo no se dirige a Dios en abstracto ni se hace en oración privada, sino directamente a Jesús, en carne, presente en la escena.

Marcos 4:38 (par. Mateo 8:23-27, Lucas 8:22-25) — en medio de una tormenta que llena el bote de agua, los discípulos despiertan a Jesús, que dormía en la popa, con una pregunta cargada de reproche: "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?". Vale la pena notar el detalle exacto: lo llaman *Maestro*, no *Señor* — un matiz que algunos comentaristas del pasaje leen como indicio de que en ese momento de pánico su confianza en quién es Jesús todavía no estaba a la altura de lo que después van a entender. Jesús no responde primero a la

acusación. Se levanta, calma la tormenta, y recién después les devuelve una pregunta: "¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?". La acción llega antes que la explicación.

Juan 11:21 y 11:32 — Marta y María, cada una por separado, le dicen a Jesús exactamente la misma frase cuando llega tras la muerte de Lázaro: "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto". No es una pregunta gramatical, pero funciona como una: lleva implícita el mismo "¿por qué no llegaste a tiempo?" que resuena en tantos duelos reales. Lo llamativo es que ambas, a pesar del reproche, siguen llamándolo "Señor" — el reclamo y el reconocimiento de autoridad conviven en la misma frase, sin que uno anule al otro. Jesús no corrige la acusación implícita. A Marta le habla de la resurrección; con María, antes de decir una palabra, llora.

Mateo 26:22 y 26:25 — en la última cena, cuando Jesús anuncia que uno de los doce lo va a traicionar, cada uno de los discípulos — dice el texto, "cada uno de ellos" — le pregunta, apesadumbrado: "Kyrie, ¿soy yo?" — Señor, ¿soy yo?—. Es una pregunta genuina: ninguno sospecha del otro, cada uno se examina primero a sí mismo antes de mirar a los demás. Y acá hay un dato del griego que vale la pena marcar, aunque el desarrollo completo del contraste queda para otro capítulo del libro: cuando Judas hace la misma pregunta unos

versículos después, usa una palabra distinta — *Rabbi* en vez de *Kyrie*. En el evangelio de Mateo, "Rabí" es, de forma consistente, el título que usa la gente que está fuera del círculo real de los discípulos. La misma pregunta, casi las mismas palabras, en la misma mesa — pero una nace de duda genuina y la otra ya sabe la respuesta de antemano. Acá interesa solo la primera: "Señor, ¿soy yo?", dicha por once personas que en ese momento no tenían ninguna certeza sobre sí mismas.

Mateo 11:2-6 (par. Lucas 7:18-23) — Juan el Bautista, preso, envía a sus discípulos a preguntarle a Jesús: "¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?". Es, de todos los casos de este bloque, el más cargado de un contexto humano reconocible: el mismo hombre que había señalado a Jesús como el Cordero de Dios, ahora encerrado, sin el desenlace triunfal que él mismo había anunciado ("su aventador está en su mano..."), duda. Jesús no responde con un sí o un no. Responde con evidencia observable: "Id, haced saber a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio". Y cierra con una frase que suena casi dirigida a la propia duda de Juan: "bienaventurado es el que no halla tropiezo en mí". No resuelve la pregunta con una afirmación directa de identidad. La

resuelve mostrando el fruto, y dejando a Juan la libertad de no ofenderse por no haber recibido la respuesta en la forma que esperaba.

Aplicación — vida social cotidiana: cuando un amigo, en medio de una crisis, dice algo cargado de reproche hacia uno mismo —"¿por qué no estuviste ahí cuando te necesitaba?"— hay una diferencia entre defenderse explicando por qué no se pudo, y hacer lo que Jesús hace con Marta y con María: quedarse con la persona primero, sin corregir de entrada el reclamo, y dejar que la relación sostenga ese reproche sin quebrarse. El "Señor, si hubieras estado aquí" no rompe el vínculo. Lo que Jesús hace después —llorar, actuar— es lo que lo sostiene.

Aplicación — pareja y familia: frente a un miedo compartido — una crisis económica, una enfermedad, una noticia que asusta a los dos— es común que uno de los dos reaccione con un reproche parecido al de los discípulos en la tormenta: "¿no te importa lo que está pasando?". El patrón de Marcos 4 sugiere que no siempre hace falta discutir el reproche en el momento. A veces conviene, primero, calmar lo que se pueda calmar, y recién después volver, con calma, sobre el miedo que lo generó.



Síntesis

Quince casos, cinco funciones distintas de la pregunta humana hacia Dios — la acusación directa, el "hasta cuándo" formal, la queja del agotamiento concreto, la pregunta cuyo marco mismo se rechaza, y el reclamo cara a cara con Jesús — y un solo hilo que atraviesa a casi todos: la Escritura no le pide a quien pregunta que primero se disculpe por preguntar. Job no pide perdón antes de decirle a Dios que contienda con él sin razón. El salmista del 88 no suaviza su acusación antes de dejar que el poema termine en oscuridad. Jeremías no retira la palabra "sedujiste". Los discípulos, aterrados, no le piden permiso a Jesús para reprocharle que duerma en medio de la tormenta.

Y la respuesta de Dios, cuando llega, casi nunca es la que se pidió en los términos exactos en que se pidió. A veces tarda (Habacuc). A veces no llega en absoluto, dentro del texto mismo (Salmo 88, Jonás). A veces llega como ayuda concreta en vez de explicación (Números 11). A veces llega como misión en vez de respuesta (Gedeón). A veces llega como rechazo del marco entero de la pregunta (Juan 9, Lucas 13). Y a veces llega como acción antes que como palabra (la tormenta calmada antes de cualquier explicación).

Lo que no varía, en los quince casos, es que a nadie se le exige preguntar con el filtro puesto. Eso, más que cualquier respuesta puntual, es quizás el dato más grande que deja este capítulo: la fe que la Escritura retrata no es la que nunca reclama. Es la que sigue hablándole a Dios incluso cuando lo que tiene para decirle no es bonito.



Fuentes citadas en este capítulo

- Texto bíblico: Job 3:1-13; 10:1-3; Salmo 13; Salmo 22; Salmo 88; Jeremías 20:7,14-18; Números 11:10-16; Jueces 6:13-14; Jonás 4:1-11; Habacuc 1:1-17; 2:1-4; 3:1-19; Juan 9:1-5; 11:21,32; Lucas 13:1-5; Marcos 4:35-41 (par. Mateo 8:23-27, Lucas 8:22-25); Mateo 26:20-25; 27:46 (par. Marcos 15:34) — cotejado contra el texto hebreo (Westminster Leningrad Codex vía Mechon-Mamre y Blue Letter Bible) y griego (Westcott-Hort vía Blue Letter Bible y BibleHub).
- Análisis léxico hebreo *'ad-'anah* (אָד־אַנָּה) en Habacuc 1:2 y Salmo 13: Working Preacher (Luther Seminary), comentario sobre Habacuc 1:1-4; Sunday Psalm Studies (Next Step Bible Study) sobre Salmo 13.

- Análisis de estructura y singularidad del Salmo 88 como el único lamento sin giro hacia la confianza: Human, D.J., "Darkness is my closest friend" (Ps 88:18b): Reflections on the saddest psalm in the Psalter (ResearchGate); Brueggemann, W., taxonomía de salmos de orientación/desorientación/reorientación, citado en Richard Beck, "the darkness is my closest friend".
- Análisis léxico hebreo *patah* (פַּתַּח) en Jeremías 20:7, con paralelo en Éxodo 22:16, y el desacuerdo académico sobre su carga sexual en este pasaje específico: Word Biblical Commentary sobre Jeremías 20:7 (vía Third Millennium Ministries); Heschel, A.J., *The Prophets* (1962), a favor de la lectura sexual; O'Connor, K., citada en el mismo análisis de Third Millennium Ministries, en contra; Chaim Bentorah, Hebrew Word Study — O Lord You Deceived Me.
- Análisis léxico griego *Kyrie* vs. *Rabbi* en Mateo 26:22 y 26:25, y el uso consistente de "Rabí" para quienes están fuera del círculo de discípulos en el evangelio de Mateo: krakus.substack.com, "Woe to that man"; Enduring Word, comentario sobre Mateo 26.

- Lectura de Marcos 4:38 ("Maestro" en vez de "Señor") como indicio del estado de fe de los discípulos en ese momento: R.C. Sproul, "Calming the Sea" (Ligonier Ministries).
- Estructura de queja-a-alabanza del Salmo 22 y su función como salmo citado por Jesús en la cruz: Mays, J.L., citado en Richard Beck, "Psalm 22"; Word Biblical Commentary, comentario sobre Salmo 22:24.

¿QUÉ PREGUNTABA EL CORAZÓN QUE YA HABÍA DECIDIDO?

Antes de arrancar, una aclaración de continuidad y una de método.

La de continuidad: el capítulo anterior mostró que la Escritura no solo tolera la pregunta humana furiosa hacia Dios — la conserva, la canoniza, la pone en boca de sus profetas y de Jesús mismo en la cruz. Ese capítulo tenía un hilo de fondo: la hipersinceridad. Gente que le pregunta a Dios sin filtro, pero *de verdad* buscando algo — una respuesta, un alivio, una razón. Este capítulo es el espejo roto de aquel. Acá la pregunta también existe, también tiene forma gramatical de pregunta, a veces hasta suena respetuosa — pero no busca nada. Ya sabe lo que quiere conseguir, y usa la forma de la pregunta como vehículo para conseguirlo sin que se note.

La de método: dos de los pasajes centrales de este capítulo —la mujer sorprendida en adulterio y "¿con qué autoridad haces esto?"— ya aparecieron en el capítulo 3, pero mirados desde el ángulo de *cómo responde Jesús*. Acá se los retoma desde el ángulo inverso: no qué hace Jesús con la pregunta, sino qué hace la pregunta misma, antes de que Jesús diga una palabra — su mecánica interna, lo que la delata, lo que en verdad busca. El objetivo es no repetir el análisis ya hecho, sino completar el cuadro por el otro lado.



1. El verbo que delata la trampa antes de que llegue la pregunta

Hay un dato que conviene poner primero porque cambia cómo se lee todo lo demás: en dos de los pasajes más citados de este tipo, el texto griego no espera a que la pregunta se formule para avisar que es una trampa. Lo dice antes, con un verbo.

Mateo 22:15 — antes de una sola palabra de la pregunta sobre el tributo a César, el texto dice que los fariseos "tomaron consejo de cómo *sorprenderle* en alguna palabra". El verbo griego es *pagideusōsin* (παγιδεύσωσιν), de *pagis*, "trampa" — literalmente, la trampa que un cazador de aves arma para atrapar un pájaro sin que lo vea venir. No

es una metáfora suave sobre "confundir" o "poner en aprietos". Es el vocabulario técnico de la caza con red.

Marcos 12:13, el paralelo del mismo episodio, usa un verbo todavía más crudo: *agreusōsin* (ἀγρεύσωσιν), de *agreuō*. Este verbo aparece exactamente una sola vez en todo el Nuevo Testamento —lo que en crítica textual se llama un *hapax legomenon*— y eso mismo dificulta fijar su matiz con total precisión por falta de comparación dentro del corpus, aunque comentaristas del pasaje coinciden en que su campo semántico es el de la cacería violenta: no jugar al gato y al ratón, sino cazar para matar, como quien cava un pozo con estacas afiladas en el fondo para que el animal caiga y no salga. Mateo usa la trampa de pájaros; Marcos, la trampa de fiera grande. Los dos evangelistas, de forma independiente, describen la pregunta que está por venir con vocabulario de depredador, no de estudiante buscando entender.

Esto es un dato objetivo de idioma, no una lectura forzada: el propio texto, antes de dejar hablar a los que preguntan, ya calificó la intención. Y esto importa exactamente por lo que mostró el capítulo 1 de este libro sobre el efecto de generación: una pregunta genuina abre una brecha para que el otro la cierre buscando. Una pregunta-trampa no abre nada — ya cerró el círculo antes de abrir la boca. El

que pregunta no quiere que Jesús encuentre una respuesta. Quiere que caiga en una de las dos que ya le prepararon.

El adorno que precede a la trampa. Vale la pena mirar también lo que dicen antes de preguntar: "Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres" (Mateo 22:16). Comentaristas serios del pasaje —Carson, entre otros— señalan que ese elogio es, en sus propias palabras técnicas menos citables, un intento calculado de manipular la respuesta apelando a la vanidad que ellos mismos no tienen intención de reconocerle. El elogio no es casual ni es sincero: es parte del mecanismo, no un adorno retórico aparte de él. Halagar antes de tender la trampa es, en sí, parte de la trampa — porque busca que quien responde se sienta obligado a estar a la altura del elogio, en vez de responder con libertad.

Aplicación — estudio y vida intelectual: hay una señal concreta y aprendible para distinguir una objeción real de una pregunta-trampa disfrazada de debate académico: notar si, antes de que la pregunta llegue a destino, ya vino acompañada de un elogio a la honestidad o la valentía intelectual del que va a responder ("con lo objetivo que sos vos, seguro podés admitir que..."). El patrón de Mateo 22:16 enseña a leer ese elogio no como cortesía sino como parte del mecanismo — el

equivalente moderno del verbo de caza: avisa, antes de la pregunta, que lo que sigue no busca información sino una respuesta empujada por la vanidad de estar a la altura del cumplido.



2. La pregunta bifurcada: cuando cualquiera de las dos respuestas te condena

El mecanismo más puro de la pregunta-trampa no es que tenga mala intención en abstracto. Es que está construida geométricamente: ofrece solo dos salidas, y las dos llevan al mismo lugar.

Mateo 22:17 — "¿Es lícito dar tributo a César, o no?". La pregunta parece binaria y honesta —una de dos, sí o no— pero el diseño es la trampa: si Jesús dice que sí, queda expuesto ante el pueblo judío como colaborador de la ocupación romana, que ya odiaba el impuesto; si dice que no, los Herodianos que están ahí mismo, presentes en la escena junto a los fariseos, pueden acusarlo ante Roma de incitar a la rebelión fiscal. No hay una tercera opción visible en la pregunta tal como está armada — y esa ausencia deliberada de una tercera vía es, precisamente, lo que la distingue de una pregunta real.

Marcos 11:27-33 (ya presentado en el capítulo 3 desde el ángulo de la respuesta de Jesús) — "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿O

quién te dio esta autoridad?" tiene la misma arquitectura de dos brazos: si Jesús dice que su autoridad viene de Dios, queda abierto a la acusación de blasfemia frente al Sanedrín; si dice que viene de sí mismo, pierde toda credibilidad frente a la multitud que ya lo tenía por profeta. El biblista Joseph Hellerman, en un estudio académico específico sobre este pasaje (*Journal of the Evangelical Theological Society*, 2000), lo analiza dentro del marco cultural del honor y la vergüenza del Mediterráneo antiguo: no es una pregunta neutral sobre credenciales, sino lo que la antropología cultural llama un "desafío" público — un intento deliberado de rebajar el honor social de Jesús frente a la multitud que lo escuchaba, en un mundo donde el honor era el bien más disputado de todos. Este capítulo no repite el análisis de cómo Jesús responde a esa pregunta —eso ya se hizo en el capítulo 3—, pero vale marcar acá lo que no se marcó entonces: algunos comentaristas del pasaje notan, además, algo más incómodo todavía —que aunque Jesús hubiera respondido con total honestidad y claridad sobre el origen de su autoridad, no hay ninguna razón para pensar que ese grupo la habría aceptado como válida. La pregunta de los sacerdotes, escribas y ancianos no busca en ningún momento una respuesta real sobre la fuente de la autoridad de Jesús. Busca, con precisión casi matemática, un resultado: que cualquier respuesta lo comprometa.

Mateo 22:23-33 — el caso de los saduceos y la mujer de los siete maridos es distinto en un matiz que conviene precisar: el texto griego no usa acá ningún verbo de caza como *pagideuō* o *agreuō*. La narración simplemente dice que "vinieron a él... y le preguntaron" (22:23). Es un caso más débil en cuanto a la delación textual explícita —no hay una palabra que marque la trampa de antemano, como sí la hay en el tributo a César—, pero el propio Mateo aclara la postura de quienes preguntan antes de dar la pregunta: "los saduceos, que dicen que no hay resurrección". No es un dato neutral. Es la premisa que hace toda la pregunta hueca desde el principio: no le preguntan a Jesús sobre la resurrección porque quieran entenderla. Construyen un escenario hipotético —siete hermanos, una viuda, matrimonio de levirato— diseñado para hacer que *cualquier* respuesta sobre la resurrección suene absurda, viniendo de alguien que ya decidió, antes de abrir la boca, que la resurrección no existe. La pregunta no busca información: busca material para una reducción al absurdo que confirme lo que ya creían.

Aplicación — trabajo y liderazgo: en una reunión, hay una diferencia real entre alguien que pregunta "¿por qué elegiste ese proveedor y no el otro?" porque genuinamente no lo sabe, y alguien que pregunta lo mismo ya sabiendo la respuesta, con la intención de

que cualquier justificación suene mal delante del resto del equipo. La segunda pregunta se reconoce por un detalle concreto: no hay ninguna respuesta que la persona que pregunta esté dispuesta a aceptar como buena. Antes de responder, vale la pena notar en silencio si existe, de verdad, alguna respuesta que dejaría satisfecho a quien preguntó — si no la hay, no es una pregunta, es una encerrona con forma de pregunta.

Aplicación — vida social cotidiana: en un grupo de amigos o de iglesia donde alguien tiene un rol de referencia informal —el que siempre organiza, el que más sabe de un tema— hay una diferencia entre que alguien le pregunte genuinamente "¿por qué se hace así y no de otra forma?" y que se lo pregunten delante de todos, con el tono exacto de "¿quién te dio permiso para decidir esto?" — la misma lógica de fondo que Hellerman describe en Marcos 11: no es una duda sobre el procedimiento, es un intento de bajarle el estatus a esa persona delante del grupo que está mirando. El patrón de la pregunta de la autoridad ayuda a reconocer la diferencia entre pedir una explicación y disputar públicamente un lugar — y a responder, si hace falta, sin caer en la necesidad de justificar cada decisión ante quien en realidad no está buscando una razón sino una caída.

Aplicación — pareja y familia: "¿te vas a quedar mirando el celular toda la noche?" tiene la forma gramatical de una pregunta, pero casi nunca busca información sobre los planes de la otra persona con el celular. El patrón del tributo a César ayuda a nombrar lo que pasa ahí: es una pregunta de dos salidas donde las dos llevan al reproche — contestar "no" suena a promesa forzada, contestar cualquier otra cosa confirma la acusación implícita. Nombrar el reclamo directamente ("me gustaría que habláramos, siento que hoy no estuviste presente") hace lo mismo que el reclamo, pero sin la trampa disfrazada de pregunta — y deja, a diferencia de la pregunta bifurcada, una salida real para la conversación.



3. La pregunta que rechaza silenciosamente el marco: cuando Jesús no muerde el anzuelo

Este bloque no repite el análisis del capítulo 3 sobre las contrapreguntas de Jesús — ahí ya se vio en detalle cómo Jesús devuelve la pregunta de la autoridad con la pregunta sobre el bautismo de Juan, y cómo eso desarma la trampa sin ceder terreno. Lo que interesa acá es algo distinto: qué hace, específicamente, Jesús con el tributo a César, porque ese caso tiene un mecanismo propio que no es la contrapregunta.

Mateo 22:18-21 — Jesús no cae en ninguno de los dos brazos de la bifurcación. Pide ver la moneda del tributo, pregunta de quién es la imagen y la inscripción, y responde: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios". Esto no es una tercera opción escondida dentro de las dos que le ofrecieron — es la prueba de que el marco bifurcado ("o es lícito o no lo es, sin matices") no agotaba en absoluto la realidad, y la trampa dependía precisamente de que nadie lo notara. Jesús no elige entre los dos brazos de la horqueta: hace visible que había un tercer terreno —la distinción entre lo que le corresponde al César y lo que le corresponde a Dios— que la pregunta, diseñada para ser binaria, había ocultado de entrada.

Mateo 22:29 — con los saduceos, Jesús tampoco entra al terreno del acertijo hipotético de la viuda y los siete maridos. Contesta: "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios". No responde primero de quién sería esposa la mujer en la resurrección —eso lo aclara después, y con autoridad ("en la resurrección ni se casan ni se dan en casamiento")— pero el primer movimiento no es aceptar la pregunta en los términos en que se la plantearon. Es señalar que la pregunta entera está armada sobre una ignorancia doble: no conocen la Escritura ni conocen el poder de Dios. El acertijo solo funciona si la resurrección se imagina como una prolongación literal del

matrimonio terrenal — y esa es, precisamente, la premisa que Jesús rechaza antes de tocar el resto.

En los dos casos el patrón es el mismo, aunque distinto del patrón de Juan 9 y Lucas 13 que ya se vio en el capítulo 4 (donde Jesús rechazaba el marco de una pregunta genuina pero mal planteada). Acá el marco no está mal planteado por error o por una teología popular equivocada de buena fe — está mal planteado a propósito, como parte del diseño de la trampa. Y Jesús, en los dos casos, no discute dentro del marco: lo hace visible como marco, y eso ya lo desarma.

Aplicación — estudio y vida intelectual: frente a un debate — académico, político, de sobremesa— armado como "o estás con A o estás con B", vale la pena, antes de elegir un bando, preguntarse si el menú de opciones que se ofrece es real o si hay una tercera posición que la pregunta, tal como está hecha, no deja ver. El patrón del tributo a César no es indecisión ni tibieza: es notar que muchas preguntas que parecen exhaustivas ("es esto o aquello") en realidad ocultan una tercera cosa que no le convenía a quien preguntó.

Aplicación — estudio y meditación bíblica: frente a un pasaje polémico —por ejemplo, uno de los textos que distintas denominaciones usan para discutir entre sí— es común llegar a él ya

con la pregunta armada como las de este capítulo: "¿este versículo prueba A o prueba B?", buscando de antemano munición para una postura que ya se tiene. El patrón de Mateo 22:15 enseña a notar esa misma arquitectura en la propia lectura: antes de preguntarle al texto "¿qué lado tiene razón?", vale la pena preguntarse primero si esas son de verdad las únicas dos lecturas posibles, o si —como con el tributo a César— hay una tercera que la pregunta binaria con la que se llegó al texto no dejaba ver. Leer así, dispuesto a que el texto reordene la pregunta y no solo la responda, es la diferencia entre estudiar la Escritura y, sin darse cuenta, ir a buscarle la razón a algo que ya se decidió antes de abrir el libro.



4. La pregunta que ya sabe la respuesta y solo quiere cubrirse

Hay un último tipo, más íntimo que los anteriores porque no busca atrapar a Jesús públicamente, sino que alguien se cubra a sí mismo delante de los demás — y este capítulo ya tiene el contraste perfecto, verificado, para mostrarlo: la misma escena, la misma mesa, casi las mismas palabras, con una diferencia de una sola letra que lo cambia todo.

Mateo 26:22 y 26:25 — en la última cena, cuando Jesús anuncia que uno de los doce lo va a traicionar, "cada uno de ellos" —dice el texto, marcando explícitamente que todos, sin excepción, se examinan primero a sí mismos— le pregunta: "Señor [*Kyrie*], ¿soy yo?". Esa pregunta, la de los once, ya se desarrolló en el capítulo 4 como el caso central de pregunta genuina: nadie sospecha del otro, cada uno pregunta desde la duda real sobre sí mismo.

Unos versículos después, Judas hace, en apariencia, exactamente la misma pregunta. Pero el griego marca algo que la traducción castellana no distingue: "Mēti egō eimi, *rhabbi*?" — "¿Seré yo, *Rabí*?" (26:25). No dice *Kyrie*, como los once. Dice *Rabbi*. Y esto no es una variación estilística sin peso: en el evangelio de Mateo, "Rabí" es, de forma consistente a lo largo de todo el libro, el título que usan quienes están fuera del círculo real de los discípulos comprometidos — el mismo título, dicho sea de paso, que usarán los que vengán a arrestarlo esa misma noche (26:49). Judas ya sabe la respuesta. Ya cerró el trato con los sacerdotes unos versículos antes, en el mismo capítulo (26:14-16). La pregunta no nace de una duda genuina sobre sí mismo, como la de los once — nace de la necesidad de no llamar la atención, de decir en voz alta lo que se espera que diga alguien que todavía no sabe, mientras por dentro ya lo sabe con total certeza.

Es, en un solo verso, el capítulo entero resumido: la forma exterior de la pregunta —las mismas seis palabras, casi— puede ser idéntica a la de una pregunta genuina, y aun así estar vacía por completo. Lo que la delata no es la gramática. Es una sola palabra que revela desde qué lugar se pregunta.

Aplicación — vida social cotidiana: en un grupo donde algo salió mal, es común escuchar a alguien preguntar "¿quién hizo esto?" cuando en realidad ya lo sabe y solo está esperando ver quién confiesa antes que los demás, o midiendo si puede seguir sin ser descubierto. El contraste de Mateo 26 ayuda a nombrar la diferencia: la pregunta genuina de "¿fui yo?" nace de una inquietud real sobre la propia conducta; la pregunta de cobertura nace de calcular qué conviene decir en voz alta sabiendo ya la respuesta completa por dentro.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: hay una versión de esto que puede pasar en la propia oración, sin que la persona necesariamente lo note: preguntarle a Dios "¿qué querés que haga?" cuando en el fondo ya se decidió qué hacer, y la pregunta solo busca una sensación de haber consultado antes de hacer de todos modos lo que ya se eligió. El contraste entre *Kyrie* y *Rabbi* invita a una honestidad más incómoda que cualquier respuesta: notar desde qué lugar se está preguntando, no solo qué se está preguntando — porque

la forma puede ser idéntica a una pregunta real y, por dentro, no estar buscando nada.



Síntesis

Cuatro mecanismos, un mismo fondo: la pregunta que finge buscar cuando ya decidió. Un verbo de caza que delata la intención antes de que la pregunta se formule (Mateo 22:15, Marcos 12:13). Una arquitectura de dos brazos donde cualquier respuesta condena, sin dejar una tercera salida visible (el tributo a César, la autoridad de Jesús, la mujer de los siete maridos). Un marco entero construido para que ninguna respuesta dentro de sus propios términos pueda ganar — y que Jesús no acepta discutir puertas adentro, sino que hace visible como marco. Y, en su forma más íntima, una pregunta con la gramática exacta de otra genuina, distinguible solo por una palabra que delata desde qué lugar del corazón sale.

Y hay un dato final, textual y verificable, que cierra el arco entero de este tipo de pregunta mejor que cualquier síntesis: después de la trampa del tributo, después del acertijo de los saduceos, y después de que un escriba —distinto de los anteriores, con una pregunta que sí parece genuina sobre el mandamiento más importante— recibe de

Jesús la respuesta "no estás lejos del reino de Dios", el texto de Mateo cierra la secuencia entera con una frase que resume por sí sola todo lo que este capítulo intentó mostrar: "y ninguno le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más" (Mateo 22:46). Marcos y Lucas registran la misma frase casi con las mismas palabras (Marcos 12:34, Lucas 20:40). No es que Jesús ganó una discusión. Es que la pregunta-trampa, ejercida una y otra vez sobre la misma persona, termina por gastarse a sí misma — porque nunca estuvo hecha para sostener una conversación real, y una vez que quedó expuesto que no la sostenía, no quedó nada más que preguntar.

Vale la pena decir, para cerrar, algo sobre cómo leer este capítulo y no solo sobre lo que enseña: leer estos pasajes buscando nada más que "la respuesta genial de Jesús" —memorizarla como frase de efecto— es perderse la mitad de lo que el texto está haciendo. La otra mitad es reconocer primero el diseño de la trampa —el verbo de caza, la bifurcación sin salida, el elogio que la precede— antes de admirar la salida. Sin ver la trampa, la respuesta de Jesús se lee como ingenio suelto; viéndola, se lee como lo que fue: la única salida real frente a una pregunta que no tenía ninguna.



Fuentes citadas en este capítulo

- Texto bíblico: Mateo 22:15-22, 22:23-33, 22:34-46, 26:14-16, 26:20-25, 26:49; Marcos 11:27-33, 12:13-17, 12:28-34; Lucas 20:20-26, 20:27-40, 20:39-40 — cotejado contra el texto griego (Westcott-Hort / Textus Receptus vía Blue Letter Bible y BibleHub).
- Análisis léxico griego: *pagideuō* (παγιδεύω) en Mateo 22:15; *agreuō* (ἀγρεύω), hapax legomenon del Nuevo Testamento, en Marcos 12:13 — Strong's Concordance vía Blue Letter Bible / BibleHub; comentario homilético (Preacher's Homiletical Commentary, Lange) sobre el campo semántico de "entrampar como ave" en Mateo 22; R.C. Sproul y comentario Cambridge Bible for Schools and Colleges sobre el matiz de caza violenta de *agreuō* en Marcos 12.
- Análisis léxico griego *Rabbi* (ῥαββί) vs. *Kyrie* (κύριε) en Mateo 26:22 y 26:25, y el uso consistente de "Rabí" para quienes están fuera del círculo de discípulos comprometidos en el evangelio de Mateo — interlineal Blue Letter Bible / BibleHub; ya documentado con la misma fuente en el capítulo anterior de este libro.

- Lectura del elogio inicial de Mateo 22:16 ("sabemos que eres veraz...") como manipulación retórica deliberada y no cortesía genuina: D.A. Carson, citado en *Enduring Word* (David Guzik), comentario sobre Mateo 22; Bible Exposition Commentary (versebyversecommentary.com), comentario sobre Mateo 22:15.
- Hellerman, J. H. (2000). *Challenging the Authority of Jesus: Mark 11:27–33 and Mediterranean Notions of Honor and Shame*. *Journal of the Evangelical Theological Society*, 43(2), 213–228. (Marco académico de "desafío-riposta" del honor mediterráneo antiguo aplicado a Marcos 11:27-33.)
- Loftus, E. F., & Palmer, J. C. (1974). *Reconstruction of automobile destruction: An example of the interaction between language and memory*. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 13(5), 585–589. (Base científica para el mecanismo de la pregunta cargada como herramienta que no busca información sino que la fabrica; dato usado como ancla conceptual del capítulo, no como comentario del texto bíblico.)

¿QUÉ LE PREGUNTA EL QUE ESTUDIA AL TEXTO?

Antes de arrancar, dos aclaraciones de método, más estrictas que en capítulos anteriores.

La primera: este capítulo no repite la evidencia del capítulo 1 sobre por qué preguntar en general mejora la memoria y el aprendizaje (efecto de generación, efecto de testeo, curiosidad). La da por sentada. Lo que este capítulo pregunta es más angosto: ¿qué pasa específicamente cuando ese mecanismo se aplica a leer un texto — y en particular, la Escritura? Y no se detiene solo en formular la pregunta: sigue el proceso completo hasta la respuesta, porque preguntar sin buscar honestamente qué responde el texto no es el tema de este libro. Este capítulo trata ambas cosas juntas, como un solo movimiento. Y a diferencia de los capítulos anteriores, que repartían sus ejemplos prácticos entre varias áreas de la vida, este

capítulo mantiene el foco cerrado en un solo terreno: el momento de estudiar la Escritura, y su práctica hermana, el momento de orar. No porque el mecanismo no aplique a otras áreas —ya se vio en el capítulo 1 que sí aplica—, sino porque acá interesa mostrarlo funcionando, con total profundidad, en el terreno que le da sentido a todo el libro.

La segunda, y es la que cambia cómo está armado todo lo que sigue: ninguna práctica se cita acá porque una tradición la haya practicado. Que algo se haya hecho durante siglos es un dato histórico, no evidencia de que funcione — es exactamente el error que este mismo libro viene señalando en otros dos sentidos (la autoridad no reemplaza al texto, la costumbre no reemplaza a la evidencia). Por eso cada práctica que aparece acá pasa por el mismo filtro: primero, ¿existió, verificable? Segundo, y por separado, ¿hay algún mecanismo con evidencia real detrás de por qué funcionaría? Si la respuesta a la segunda pregunta es no, la práctica no entra — ni siquiera como nota de color.



1. Por qué preguntar deja huella: el porqué antes que el cómo

Antes de mirar técnicas puntuales, vale la pena entender el mecanismo de fondo que las explica a todas — no porque sea otra técnica más, sino porque es la razón por la que las de abajo funcionan.

En 1972, Fergus Craik y Robert Lockhart publicaron el marco de los **niveles de procesamiento**: la memoria no depende de cuánto tiempo se mira algo, sino de qué tan profundo se lo procesa. Procesar una palabra por su forma (¿tiene mayúsculas?) deja un rastro débil. Procesarla por su sonido deja uno intermedio. Procesarla por su significado —relacionarla con lo que ya se sabe— deja el rastro más duradero de los tres. El modelo original tuvo correcciones importantes en los años siguientes (los propios Lockhart y Craik revisaron en 1990 que "más profundo" no es superior en todas las tareas), pero el núcleo —que el significado deja más huella que la forma— se sostiene con una base experimental amplia.

En 1994, Robert Bjork le puso nombre a algo relacionado pero distinto: las **dificultades deseables**. Ciertas condiciones de aprendizaje que se sienten más difíciles y más lentas en el momento —comparado con la fluidez cómoda de releer— son precisamente las que después dejan más memoria y comprensión disponible. La

facilidad presente y el aprendizaje duradero, muestra esta línea de trabajo, casi nunca van juntos.

Estas dos ideas no son técnicas de estudio bíblico ni de nada en particular. Son el terreno común debajo de todo lo que sigue en este capítulo: preguntar es, estructuralmente, procesamiento profundo y dificultad deseable al mismo tiempo. Por eso cuesta más que leer. Y por eso, según lo que muestra esta línea de investigación, deja más.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: hay una forma de leer la Biblia en un momento devocional que se siente productiva porque es rápida y cómoda: un capítulo corto, una frase que "habla", seguir con el día. Según lo que muestran Craik y Lockhart, esa fluidez es precisamente la señal de que el procesamiento fue superficial —por la forma del texto, no por su significado profundo—, y según Bjork, la comodidad de esa lectura es mala señal, no buena: lo que se siente más liviano en el momento suele ser lo que menos queda. Detenerse en una sola frase y preguntarse, incómodamente, "¿por qué esto tiene que decir exactamente esto?" antes de pasar a la siguiente, cuesta más y deja más.

Aplicación — estudio y meditación bíblica: abrir la Biblia con la intención de "leer un capítulo hoy" —una meta de cantidad—

empuja casi automáticamente hacia el procesamiento superficial que Craik y Lockhart describen: se avanza por la forma del texto (llegar al final del capítulo) más que por su significado. Reemplazar esa meta por una de calidad —"hoy me voy a quedar con una sola pregunta hasta poder responderla" — cambia el tipo de procesamiento, aunque eso signifique leer menos versículos en la misma cantidad de tiempo.



2. Formular la pregunta: no cualquiera rinde igual

Acá empieza lo específico: qué pasa cuando alguien, en vez de leer un texto y recibir sus conclusiones ya armadas, se genera sus propias preguntas sobre lo que está leyendo.

La evidencia más fuerte y más directamente aplicable a este capítulo viene de un lugar preciso: Barak Rosenshine, Carla Meister y Saul Chapman publicaron en 1996, en *Review of Educational Research*, una revisión de estudios de intervención sobre enseñar a generar preguntas propias como estrategia de comprensión lectora. El resultado: entrenar a alguien a generarse sus propias preguntas sobre lo que lee produce mejoras medibles en comprensión, con un tamaño de efecto mediano-alto según el tipo de prueba usada, consistente entre el enfoque tradicional de instrucción de la habilidad y el de

enseñanza recíproca. El National Reading Panel, en su revisión de 2000, confirmó el mismo patrón con veintisiete estudios adicionales: generar preguntas mientras se lee es, entre todas las estrategias de comprensión evaluadas, una de las que tiene evidencia más sólida detrás.

Una pieza más específica todavía, la de la interrogación elaborativa: preguntarse "¿por qué tiene sentido esto?" mientras se lee produce mejor integración de la información nueva con lo que ya se sabe, comparado con simplemente leer. Dunlosky, Rawson, Marsh, Nathan y Willingham (2013) revisaron esta técnica en su monografía sobre estrategias de estudio y la calificaron de utilidad moderada; el tamaño de efecto puntual — $d \approx 0.56$ — lo aporta un meta-análisis posterior y más específico, Donoghue y Hattie (2021, *Frontiers in Education*), que retestea cuantitativamente las diez técnicas de Dunlosky sobre 242 estudios y más de 1.600 tamaños de efecto. El matiz honesto: funciona mejor cuando hay algo de conocimiento previo sobre el tema al que conectar la pregunta — con un texto completamente desconocido, el efecto se reduce.

Pero no toda pregunta rinde lo mismo, y acá hay un dato que cambia cómo se lee todo lo anterior. Arthur Graesser y Natalie Person, en un estudio de 1994 sobre tutoría uno a uno, propusieron una distinción

que se volvió estándar en el campo: **preguntas superficiales** (las que piden un dato puntual, verificable con un sí/no o un nombre — "¿usa la CPU la memoria RAM al correr una aplicación?") frente a **preguntas profundas** (las que piden explicar un mecanismo, una causa, un propósito — "¿cómo usa la CPU la memoria RAM al correr una aplicación?"). La diferencia no es de tono, es de exigencia cognitiva: la pregunta superficial se puede adivinar, la profunda obliga a construir una explicación.

Y el dato más incómodo del mismo estudio: en el aula típica, el 96% de las preguntas las hace el que enseña, no el que aprende — y la mayoría de esas preguntas son superficiales. Es decir, la estructura habitual de aprender algo (leer un comentario, escuchar una prédica, seguir una guía de estudio ya armada) entrena sistemáticamente a la persona a recibir preguntas de otro, y encima preguntas de bajo rendimiento cognitivo. Aplicado a la Biblia: leer directamente el comentario que responde "¿qué significa este pasaje?" es aceptar una pregunta ajena, y frecuentemente una pregunta superficial, en lugar de generar la propia.

Aplicación — estudio y meditación bíblica (preguntas superficiales vs. profundas): frente a la parábola del hijo pródigo, una pregunta superficial sería "¿cuántos hijos tenía el padre?" — se

responde con un dato, sin exigir nada del lector. Una pregunta profunda sería "¿por qué el padre corre hacia el hijo en vez de esperarlo parado en la puerta?" — exige construir una explicación sobre el carácter del padre, no solo ubicar un dato en el texto. Antes de abrir cualquier comentario sobre una parábola, escribir primero la pregunta más profunda que el pasaje genera, y recién ahí buscar si el comentario la responde o si responde otra cosa distinta y más fácil.

Aplicación — estudio y meditación bíblica (generar antes de recibir): hay una diferencia real entre abrir un pasaje difícil del Antiguo Testamento y buscar directamente qué dice el comentario, y abrir el mismo pasaje y escribir primero, con las propias palabras, la pregunta más honesta que genera —no "¿qué significa esto?", que es superficial y admite cualquier respuesta que suene bien, sino "¿por qué tiene que estar dicho así, y no de otra forma?", que es profunda y obliga a mirar el texto con atención real antes de aceptar la explicación de otro.



3. Responder: por qué intentarlo antes de buscar la respuesta cambia todo

Acá el capítulo se mueve al segundo movimiento, el que completa el proceso: no alcanza con formular la pregunta. Importa, y hay evidencia concreta sobre esto, *cuándo* se busca la respuesta.

El hallazgo se llama **efecto de pretesting**, y el dato es contraintuitivo: intentar responder una pregunta antes de haber estudiado el material —incluso cuando la mayoría de los intentos son adivinanzas equivocadas, porque todavía no hay información suficiente para acertar— produce mejor retención posterior que simplemente leer el material sin ese intento previo. Una revisión reciente en *Journal of Cognition* lo resume así: el pretesting prepara al lector activando lo que ya sabe y generando errores que, paradójicamente, aumentan la atención con la que después se procesa la corrección. El mecanismo es distinto del efecto de testeo del capítulo 1 (que mide recuperar información *ya* aprendida): acá el beneficio está en el intento fallido mismo, antes de tener con qué acertar.

Un estudio de 2024 en *Humanities and Social Sciences Communications* (Nature) precisó algo más sobre el orden: con estudiantes universitarios, intentar responder sin recibir ninguna corrección después ya superaba a simplemente releer el material un

mes después. Pero recibir información correctiva —fuera inmediata o demorada— superaba a no recibirla nunca. Es decir: el orden que más rinde no es "intentar responder y quedarse con lo que salió", ni tampoco "leer directamente la respuesta correcta sin intentarlo antes". Es intentar primero, y buscar la corrección después.

Esto le da al proceso completo una arquitectura de dos pasos, y ambos tienen evidencia propia: primero el intento de responder, sostenido incluso en el fracaso, y después la búsqueda deliberada de la respuesta correcta como corrección de ese intento — no como sustituto de haberlo intentado.

Hay una pieza más, distinta mecánicamente pero que cae en este mismo bloque: la **auto-explicación**. Michelene Chi y sus colegas, en un estudio de 1994 publicado en *Cognitive Science*, pidieron a estudiantes de octavo grado que se explicaran a sí mismos, oración por oración, un texto sobre el sistema circulatorio, mientras un grupo control simplemente releía el mismo texto dos veces. El grupo que se auto-explicaba aprendió más — y dentro de ese grupo, quienes generaron más explicaciones (los "altos explicadores") entendieron con más profundidad que los que generaron pocas. Un metaanálisis posterior (Bisra et al., 2018, 42 efectos independientes, 30 estudios) confirmó un efecto moderado sobre transferencia cercana ($g=.39$).

Vale la aclaración exacta: auto-explicarse no es, en sentido estricto, formular una pregunta — es el paso que sigue naturalmente después de haberla formulado, cuando la persona intenta construir su propia respuesta con lo que el texto mismo ofrece, antes de salir a buscarla afuera.

Aplicación — estudio y meditación bíblica (pretesting): antes de leer el comentario sobre una carta de Pablo, escribir en dos o tres líneas la propia hipótesis de por qué escribió ese párrafo específico a esa iglesia específica, aunque sea una hipótesis insegura, aunque falte contexto histórico para acertar del todo. Leer después el comentario no como el origen de la comprensión, sino como corrección de ese intento — que, según el efecto de pretesting, deja más huella que si se hubiera leído directamente sin el paso anterior.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: frente a una pregunta que no tiene respuesta clara todavía —un "por qué" personal sin resolver— hay una diferencia entre pedirle a Dios la respuesta ya armada de una, y sostener primero el propio intento de entender, aunque sea torpe, aunque se sepa de entrada que puede estar mal encaminado. Ese intento no es un desvío antes de la verdadera oración. Es, según el mismo mecanismo, la forma en que la mente queda mejor preparada para recibir lo que después venga —

sea una respuesta sentida, un versículo que ilumina distinto, o el consejo de otra persona.

Aplicación — estudio y meditación bíblica (auto-explicación):

ante un versículo difícil, escribir primero la propia interpretación tentativa, oración por oración si hace falta —con toda la humildad de saber que puede estar incompleta o equivocada— antes de abrir el comentario que ya la tiene resuelta. Leer después el comentario no como la única fuente de verdad, sino como la corrección de un intento propio ya hecho, cambia lo que ese comentario deja en la memoria: dejó de ser información recibida, pasó a ser corrección de algo que la propia mente ya había arriesgado.



4. El método inductivo: la misma arquitectura, con otro nombre

Con los dos bloques anteriores ya establecidos —formular la pregunta, intentar responderla antes de buscar la respuesta armada—, vale la pena mirar si algo de esto ya estaba, sin ese vocabulario, en una práctica hermenéutica extendida.

El **método inductivo de estudio bíblico** —descrito en detalle por Richard Fuhr y Andreas Köstenberger en *Inductive Bible Study*

(2016)— se estructura en tres pasos: observación (qué dice el texto), interpretación (qué significa) y aplicación (qué cambia). Los propios autores son explícitos sobre el papel de la pregunta dentro de ese esquema: las observaciones del primer paso están pensadas como "trampolín" hacia las preguntas interpretativas del segundo, no como un fin en sí mismas.

Esto merece la aclaración de método más importante de todo el capítulo: no existe un estudio empírico que mida si el método inductivo, como práctica formal, produce mejor comprensión bíblica que otros métodos. Lo que sí se puede decir, con precisión, es más modesto y más honesto: la secuencia que describe —observar generando preguntas, recién después buscar la interpretación, y solo al final aplicar— coincide estructuralmente con la arquitectura de los bloques 2 y 3 de este capítulo. Observar-generando-preguntas es, en la práctica, lo mismo que generación de preguntas propias (Rosenshine). Intentar una interpretación propia antes de ir al comentario es, en la práctica, lo mismo que el efecto de pretesting. Esto no prueba que el método inductivo "funcione" en el sentido en que un estudio controlado lo probaría — prueba que su arquitectura no es arbitraria: reproduce, sin usar ese vocabulario, un orden que en otros contextos sí tiene evidencia real detrás.

El **método deductivo** —partir de una doctrina o conclusión ya asentada y buscar en el texto lo que la sostenga— invierte ese orden. La pregunta ya viene con la respuesta puesta antes de mirar el texto. El problema no es de piedad ni de intención: es que ese orden invertido es estructuralmente más vulnerable al sesgo de confirmación, porque no hay ningún momento en el proceso donde la mente tenga que arriesgar una respuesta propia antes de encontrarse con lo que ya esperaba encontrar.

Aplicación — estudio y meditación bíblica (observación antes de interpretación): frente a un pasaje conocido —por ejemplo, la sanidad del ciego de nacimiento en Juan 9— la tentación es ir directo a la interpretación ya aprendida de memoria ("esto es sobre el pecado y el sufrimiento"), sin observar antes lo que el texto realmente dice, palabra por palabra. Observar primero, sin apurar el significado: contar cuántas veces aparece la palabra "ver" en el capítulo, notar quién hace cada pregunta y en qué orden, marcar qué personajes cambian de postura y cuáles no. Recién después de ese inventario, preguntarse qué significa — y notar cuánto de la interpretación "ya sabida" sigue sosteniéndose frente a lo que realmente se observó, y cuánto no.

Aplicación — estudio y meditación bíblica (riesgo del método deductivo): al estudiar un pasaje que parece contradecir una convicción ya asentada, el riesgo real no es la convicción en sí, sino el orden en que se procesa el texto: si la mente ya sabe qué necesita encontrar antes de leer, va a encontrarlo, haya o no haya realmente ahí. Escribir la propia interpretación previa aparte, antes de leer el pasaje de nuevo, y comparar después con lo que el texto dice sin ese filtro puesto, es una forma concreta de notar cuándo el propio deductivismo está empujando la lectura en vez de dejarse leer por ella.



5. La pregunta que no se recibe, se genera: el mandato judío de preguntarse

Hay una práctica documentada, con fuente textual precisa, que institucionaliza exactamente la arquitectura de los bloques 2 y 3 — y acá también se aplica la misma vara: el dato de que existió es verificable; que "funcione" solo se sostiene en la medida en que su diseño coincide con un mecanismo ya probado.

La Mishná (*Pesajim* 10:4) establece que, en la noche de Pésaj, un hijo capaz debe preguntarle a su padre por qué esa noche es distinta de todas las demás. El pasaje talmúdico que comenta esa mishná va más

lejos: si no hay hijo capaz de preguntar, pregunta la esposa; si no hay esposa, la persona se pregunta a sí misma; y si dos eruditos que conocen las leyes de Pésaj están sentados juntos sin nadie más presente para plantear las preguntas, se las hacen el uno al otro. El dato es objetivo y verificable en el texto mismo: la tradición no deja la pregunta como una opción devocional. La convierte en un paso obligatorio de la transmisión, incluso cuando eso obliga a preguntarse a uno mismo en soledad.

Lo que conecta esto con evidencia real, y no solo con la fuerza de la tradición, es el diseño mismo: la estructura obliga a que la pregunta se *genere* —incluso en el caso límite de la soledad— antes de que llegue la respuesta (el relato del Éxodo, que sigue a la pregunta en el Séder). Eso es, exactamente, lo que Rosenshine mostró que funciona: la pregunta propia antes que la explicación ajena.

Sobre el estudio en pareja o grupo (*chavruta*) — la práctica rabínica de estudiar el Talmud en pares que se preguntan, debaten y se corrigen mutuamente — hay algo más fuerte que la analogía estructural: existe evidencia empírica propia, aunque de estudios modernos de aula y no de chavruta específicamente. Vale la distinción exacta para no cometer el salto que este capítulo se propuso evitar: ningún estudio midió la eficacia de la chavruta talmúdica como tal.

Lo que sí hay es evidencia sobre el mecanismo que la chavruta usa — **peer instruction**, discutir una pregunta con un compañero antes de recibir la respuesta correcta. Un estudio publicado en *Cognitive Research: Principles and Implications* (2020) mostró mejoras en precisión antes y después de la discusión en pares, a través de seis clases universitarias, explicadas por auto-explicación y práctica de recuperación —los mismos dos mecanismos ya vistos en el bloque 3, no uno nuevo—. Un estudio de 2024 sobre matemática universitaria encontró que las ganancias se sostenían no solo de inmediato, sino también una semana después y al final del semestre. Es decir: lo que hay de sólido acá no es "la chavruta funciona porque los rabinos la usaban" — es "el mecanismo específico que la chavruta pone en práctica (preguntar y responder en diálogo con otro, antes de recibir la respuesta ya resuelta) tiene evidencia moderna de que funciona, y ese mismo mecanismo es el que la chavruta usa".

Aplicación — estudio y meditación bíblica (autopregunta en soledad): el mandato talmúdico de preguntarse a uno mismo cuando no hay nadie más presente tiene una aplicación directa para quien estudia la Biblia solo, sin grupo ni pastor cerca en ese momento: en vez de leer el pasaje y pasar a la siguiente actividad, detenerse y decir en voz alta, aunque sea solo para uno mismo, la pregunta que ese

pasaje genera. El acto de verbalizarla —aunque no haya nadie que la escuche— es lo que fuerza la generación, según Rosenshine, y no depende de tener compañía para funcionar.

Aplicación — estudio y meditación bíblica (chavruta): un grupo de estudio bíblico que empieza con una charla ya preparada, donde alguien expone y el resto escucha, entrena mayormente preguntas superficiales recibidas de otro (el patrón que Graesser y Person documentaron en el aula típica). Un grupo que empieza pidiendo que cada persona traiga una pregunta genuina sobre el pasaje de esa semana, y que discute esas preguntas entre todos antes de que alguien dé la respuesta "correcta", está más cerca de lo que muestra la evidencia sobre peer instruction — y, aunque de forma menos formal, de lo que la Mishná describe.



6. Síntesis operativa: el ciclo completo

Nada de lo que sigue es nuevo respecto de lo ya mostrado en los bloques anteriores. Es, simplemente, el orden en que se sostiene mejor con lo que la evidencia de este capítulo permite afirmar.

Primer paso — observar generando preguntas propias, antes de leer cualquier interpretación ajena. No preguntas sobre qué significa el texto todavía: preguntas sobre qué dice, exactamente, y qué llama la atención en cómo lo dice. (Sostenido por Rosenshine, Meister & Chapman 1996; National Reading Panel 2000.)

Segundo paso — convertir esas observaciones en preguntas profundas, no superficiales: no "¿quién dice esto?" sino "¿por qué tiene que decirse así, y no de otro modo?". (Sostenido por Graesser & Person 1994; interrogación elaborativa, Dunlosky et al. 2013.)

Tercer paso — intentar responder esas preguntas con lo que el texto mismo ofrece, antes de abrir el comentario. Aceptar que la respuesta propia puede estar incompleta o equivocada — eso no invalida el paso, es parte de cómo funciona. (Sostenido por el efecto de pretesting; auto-explicación, Chi et al. 1994.)

Cuarto paso — buscar la corrección, ahora sí, en un comentario, un estudio, o en diálogo con otra persona — leyéndola como corrección de un intento ya hecho, no como la fuente original de la comprensión. (Sostenido por el estudio de timing de feedback, 2024; peer instruction, 2020.)

Quinto paso, reservado para el final — la pregunta de aplicación: no qué dice ni qué significa, sino qué cambia. Este paso no se desarrolla en profundidad en este capítulo porque ya fue tratado en el capítulo 1 (insight vs. rumiación, Grant, Franklin & Langford 2002) — pero cierra el ciclo del mismo modo que lo cierra en el método inductivo.

Ejemplo aplicado — Marcos 4:38, "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?".

Observación: los discípulos lo llaman "Maestro", no "Señor" — dato ya señalado en el capítulo 3 de este libro. *Pregunta profunda propia, antes de mirar el comentario:* ¿por qué el texto conserva ese detalle exacto, en vez de simplificarlo a "los discípulos lo despertaron"? *Intento de respuesta propio:* tal vez el título que usan revela, sin que ellos lo noten, el límite exacto de lo que todavía creen sobre quién es él. *Corrección buscada después:* el comentario de R.C. Sproul sobre este pasaje, ya citado en el capítulo 3, confirma esa lectura como plausible entre otros comentaristas — pero el intento propio llegó primero, y por eso, según el efecto de pretesting, la confirmación deja más huella que si se hubiera leído directamente sin el paso anterior.



Síntesis

Preguntar, aplicado a un texto, no es un gesto piadoso adicional a la lectura: es una secuencia con partes verificables por separado. Formular la pregunta propia, antes de recibir la de otro, tiene evidencia sólida y específica (Rosenshine, National Reading Panel). No toda pregunta rinde igual: las superficiales, que dominan la enseñanza típica, valen mucho menos que las profundas (Graesser & Person). Intentar responder antes de buscar la respuesta correcta, incluso equivocándose, deja más huella que leer la respuesta directamente (efecto de pretesting, timing de feedback). Y el mismo ciclo —preguntar, intentar responder, buscar corrección— aparece, sin ese vocabulario, tanto en el método inductivo de estudio bíblico como en el mandato judío de preguntarse incluso en soledad. No porque la ciencia haya validado esas tradiciones específicas — eso este capítulo no lo puede afirmar honestamente —, sino porque ambas, por caminos independientes y sin saberlo, dieron con la misma arquitectura que hoy se puede medir en un laboratorio.



Fuentes citadas en este capítulo

- Craik, F. I. M., & Lockhart, R. S. (1972). *Levels of processing: A framework for memory research*. Journal of Verbal Learning & Verbal Behavior, 11(6), 671–684. (Revisión: Lockhart, R. S., & Craik, F. I. M., 1990.)
- Bjork, R. A. (1994). *Memory and metamemory considerations in the training of human beings*. En Metcalfe & Shimamura (Eds.), *Metacognition: Knowing about knowing*. MIT Press.
- Rosenshine, B., Meister, C., & Chapman, S. (1996). *Teaching students to generate questions: A review of the intervention studies*. Review of Educational Research, 66(2), 181–221.
- National Reading Panel (2000). *Report of the National Reading Panel: Teaching children to read* — sección de comprensión, generación de preguntas.
- Dunlosky, J., Rawson, K. A., Marsh, E. J., Nathan, M. J., & Willingham, D. T. (2013). *Improving students' learning with effective learning techniques*. Psychological Science in the Public Interest, 14(1), 4–58.

- Donoghue, G. M., & Hattie, J. A. C. (2021). *A Meta-Analysis of Ten Learning Techniques*. *Frontiers in Education*, 6:581216. (Meta-análisis cuantitativo, 242 estudios / 1.619 tamaños de efecto, que retestea las diez técnicas revisadas narrativamente en Dunlosky et al. 2013; fuente del tamaño de efecto $d \approx 0.56$ para interrogación elaborativa.)
- Graesser, A. C., & Person, N. K. (1994). *Question asking during tutoring*. *American Educational Research Journal*, 31(1), 104–137.
- Journal of Cognition (2025). *The Pretesting Effect: Exploring the Impact of Feedback and Final Test Timing*.
- *Timing of feedback and retrieval practice: a laboratory study with EFL students*. *Humanities and Social Sciences Communications (Nature)*, 2024.
- Chi, M. T. H., De Leeuw, N., Chiu, M.-H., & LaVancher, C. (1994). *Eliciting self-explanations improves understanding*. *Cognitive Science*, 18(3), 439–477.
- Bisra, K., et al. (2018). *Inducing self-explanation: A meta-analysis*. *Educational Psychology Review*.

- Fuhr, R. A., & Köstenberger, A. J. (2016). *Inductive Bible Study: Observation, Interpretation, and Application through the Lenses of History, Literature, and Theology*. B&H Academic.
- Mishná, *Pesajim* 10:4; comentario talmúdico asociado (estructura de la obligación de preguntar, incluida la autopregunta en soledad).
- *Why does peer instruction benefit student learning?* Cognitive Research: Principles and Implications, 2020.
- *Active Learning at Scale: Investigating the Benefits of Peer Instruction in Undergraduate Mathematics* (2024).
- Marcos 4:38 y comentario de R.C. Sproul, ya citado en el capítulo 3 de este libro.

EL ARTE PERDIDO DE PREGUNTAR

Este capítulo cambia de género respecto de los seis anteriores. Los capítulos 1 a 6 mostraron evidencia de que preguntar funciona — bíblica, cognitiva y neurocientíficamente. Este capítulo busca algo distinto y más resbaladizo: evidencia de que se dejó de hacer. "Se perdió el arte de preguntar" es la clase de frase que cualquiera puede sostener con una anécdota generacional y una queja sobre los chicos de hoy. Ese no es el estándar de este libro. Lo que sigue son seis líneas de evidencia real, verificadas una por una, con sus matices y sus fallas de réplica marcadas donde existen — porque decir la verdad sobre lo débil es tan parte del método como decir la verdad sobre lo sólido.

Un aviso de estructura, y es el argumento central del capítulo: estas seis líneas no son seis causas paralelas de una misma pérdida. Son una cadena. Cada eslabón deja a la persona con menos capacidad de sostener la incomodidad de no saber, lo cual hace más probable que caiga en el eslabón siguiente. No hay una sola causa de por qué se

perdió el arte de preguntar. Hay una espiral, y vale la pena mirarla completa antes de mirar cada pieza por separado.



1. Se apaga temprano, y no por falta de capacidad

El primer eslabón es también el más medido, y el dato es más preciso de lo que suele citarse. Susan Engel, psicóloga del desarrollo en Williams College, pasó meses observando aulas de primaria buscando algo específico: episodios de curiosidad, definidos como cualquier pregunta, mirada sostenida o exploración activa de un objeto. Lo que encontró, publicado en *Harvard Educational Review* (2011), fue una caída medida con precisión: **2.36 episodios de curiosidad por cada dos horas en salas de jardín de infantes, contra apenas 0.48 en quinto grado** — una caída de casi el 80%. En una de las aulas de quinto grado que observó, pasaron dos horas completas sin que un solo chico hiciera una pregunta.

Esto podría leerse como desarrollo natural — los chicos crecen, se vuelven más serios, dejan de preguntar todo. La evidencia dice algo más preciso y, en el fondo, más elocuente. Hickling & Wellman (2001) documentaron que la frecuencia de preguntas causales de los chicos —el "por qué" genuino— en realidad *aumenta* durante toda la

etapa preescolar, de los dos años y medio a los cinco. La curiosidad no arranca débil y se apaga gradualmente: arranca fuerte y en ascenso, y solo después, con la escolarización, empieza la caída que documentó Engel. Eso hace la caída más marcada, no menos.

Y el porqué de esa caída tampoco es lo que parece a primera vista. Ransom, Ruggeri & Ronfard (2024, *Journal of Experimental Child Psychology*) encontraron, en tres estudios distintos, que la caída en preguntas dirigidas a los padres refleja un cambio real: los chicos desarrollan, entre los cuatro y los ocho años, una comprensión cada vez más sofisticada de cuándo es *socialmente apropiado* preguntar — y ese aprendizaje no es neutral. El mismo estudio encontró que las madres con rasgos más autoritarios respondían con menos frecuencia a las preguntas de sus hijos cuando estaban ocupadas, comparadas con madres menos autoritarias. Es decir: los chicos no dejan de preguntar porque ya no les haga falta. Aprenden, con precisión creciente, en qué momentos preguntar tiene costo — y ese aprendizaje social es, casi letra por letra, lo que enseña a una mente a guardarse la pregunta.

Un experimento publicado en 2026 en la revista *Child Development* fue más allá y estableció causalidad, no solo correlación, con tres estudios y 440 participantes: chicos que simplemente *escuchaban* a un

adulto hacer un comentario evaluativo sobre la pregunta de otro chico —sin ser ellos mismos los destinatarios del comentario— cambiaban su propia disposición a preguntar después, incluso en una tarea completamente distinta. Y el efecto corre en las dos direcciones, con una asimetría que vale la pena remarcar: un comentario positivo escuchado al pasar duplicó la cantidad de preguntas que esos chicos hicieron después; uno negativo la redujo a la mitad. No hace falta que a un chico lo corrijan directamente para que aprenda que preguntar es arriesgado —o que vale la pena. Alcanza con que lo vea pasarle a otro.

Hay un dato de esperanza dentro del mismo cuerpo de investigación, y vale la pena marcarlo porque este capítulo no quiere ser solo diagnóstico: Engel encontró, en un experimento posterior, que cuando un maestro *modela* curiosidad en voz alta —explicita su propio "me pregunto qué va a pasar" antes de una actividad, en vez de solo dar instrucciones— los chicos siguen explorando más tiempo después de que el maestro se retira del salón. La caída no es irreversible ni puramente estructural. Responde, al menos en parte, a lo que el adulto modela.

Aplicación — crianza y educación: frente a la pregunta repetida y a veces agotadora de un hijo chico, hay una diferencia real entre

responder rápido para volver a lo que se estaba haciendo y devolver la pregunta ("¿y vos qué pensás que pasa?") antes de responder. El patrón de Engel sugiere que esa segunda opción, aunque tome más tiempo, es exactamente lo que sostiene la curiosidad en vez de apagarla — y que el adulto que expresa su propia curiosidad en voz alta, no solo sus respuestas, tiene un efecto medible.

Aplicación — trabajo y liderazgo: un equipo donde nadie pregunta en las reuniones no llegó ahí por falta de gente inteligente. Llegó ahí, muy probablemente, porque en algún momento alguien preguntó y la respuesta que recibió —apuro, corrección brusca, "eso no viene al caso"— le enseñó que preguntar cuesta caro. El patrón de Engel aplicado a un equipo de adultos sugiere lo mismo que aplicado a un aula: modelar la propia curiosidad del líder ("la verdad no sé, ¿alguien tiene una idea de por qué pasa esto?") pesa más que pedir que el equipo pregunte más.



2. La respuesta tercerizada

El segundo eslabón conecta directo con el capítulo 1 de este libro. Si el efecto de generación (Slamecka & Graf, 1978) muestra que la mente retiene mejor lo que busca por sí misma que lo que recibe ya

armado, entonces cualquier herramienta que le permita a la mente *no necesitar* buscar cambia algo estructural en cómo se pregunta.

Betsy Sparrow, Jenny Liu y Daniel Wegner publicaron en 2011, en *Science*, un estudio en cuatro partes sobre lo que llamaron el "efecto Google". Los experimentos 2, 3 y 4 —los que sostienen el hallazgo central relevante acá— mostraron algo preciso: cuando una persona espera tener acceso futuro a una información, la retiene peor a sí misma, pero retiene mejor *dónde* encontrarla. No es que Internet nos vuelva olvidadizos en general. Es que cambia qué decidimos guardar. Dejamos de guardar la respuesta porque ya no hace falta — está afuera, disponible, un clic después.

Una salvedad honesta, porque el método de este libro la exige: un experimento distinto del mismo paper —el primero, que probaba si las preguntas difíciles activan más rápido palabras relacionadas con computadoras en la mente, mediante una variante de la prueba Stroop— no logró replicarse en un proyecto de réplica grande y serio publicado después (Camerer et al., 2018, *Nature*), y una réplica posterior tampoco lo confirmó de forma concluyente. El hallazgo usado en este capítulo no es ese. Es el de qué se retiene y qué no, sostenido en experimentos distintos del mismo paper, que no

aparecen reportados como fallidos en ningún lado — pero la precisión importa, y por eso queda dicho así de específico.

El costo, entonces, no es que preguntemos menos. Es que la pregunta que le hacemos al buscador no deja el mismo rastro que la pregunta que sostenemos nosotros mismos hasta encontrar la respuesta. El efecto de generación nunca se activa, porque nunca hubo generación — solo hubo un clic.

Aplicación — estudio y vida intelectual: frente a una duda que surge leyendo o conversando, hay una diferencia real entre buscarla de inmediato en el teléfono y sostenerla un rato, intentando una respuesta propia primero —aunque sea equivocada— antes de buscar la corrección. No se trata de prohibirse buscar. Se trata de notar que buscar de entrada, sin el paso previo de intentar, es aceptar la respuesta ajena en el lugar exacto donde el efecto de generación podría haber dejado algo más duradero.

Aplicación — vida social cotidiana: en una charla de sobremesa, cuando surge una pregunta que nadie sabe responder con certeza, hay una tentación inmediata de que alguien saque el teléfono y la resuelva en segundos. Sostener la pregunta sin resolverla un rato más —dejar que el grupo especule, discuta, se equivoque en voz alta— es, según

lo que muestra este mecanismo, la diferencia entre una charla que deja algo y una charla que solo deja un dato correcto y nada más.



3. El consumo se acelera, y la profundidad es la primera baja

Hay una cultura extendida de la productividad lectora — cuántos libros por año, qué tan rápido se puede leer, listas de "los 50 libros que hay que leer antes de morir" tratadas como una carrera contra el tiempo. Vale la pena preguntar si esa cultura tiene algún costo cognitivo real, y no solo estético.

Keith Rayner y un equipo de cinco investigadores de universidades serias —UC San Diego, Universidad de Victoria, MIT, Washington University en St. Louis— publicaron en 2016, en *Psychological Science in the Public Interest* (la revista insignia de la Association for Psychological Science para revisiones de alto impacto público), la revisión más completa que existe sobre lectura veloz. El hallazgo es claro y no deja mucho margen de duda: hay un trade-off real y medible entre velocidad y comprensión, particularmente por encima de 300 a 500 palabras por minuto. La promesa central de las apps y cursos de lectura veloz —leer mucho más rápido sin perder comprensión— no tiene sustento científico. Se puede ganar algo de

velocidad con práctica genuina y más vocabulario, pero no la multiplicación por tres o cuatro que se vende.

Esto conecta con el eslabón anterior de un modo directo: si ya se tercerizó la retención al buscador (eslabón 2), la velocidad de consumo deja de sentirse riesgosa. "Total, si me lo pierdo, después lo busco" — y con esa lógica, no hay ningún freno interno que le diga a la mente que vale la pena ir más despacio. La pregunta que un libro podría generar, si se lo leyera despacio, nunca llega a formularse, porque el objetivo dejó de ser entender y pasó a ser terminar.

Aplicación — estudio y vida intelectual: frente a un texto denso —un libro, un capítulo largo, un artículo académico— hay una diferencia real entre la meta de "terminarlo esta semana" y la meta de "quedarme con una pregunta genuina de cada sección antes de seguir". El patrón de Rayner sugiere que la primera meta, aunque se sienta más productiva, es precisamente la que produce menos comprensión real — y que la sensación de haber "cubierto" el material no se corresponde con lo que efectivamente queda.

Aplicación — vida social cotidiana: en un grupo de lectura o club de libros, hay una tentación de medir el éxito por cuántos libros se leyeron en el año. Medirlo, en cambio, por cuántas preguntas

genuinas generó cada libro —las que se discutieron de verdad, no las que se resolvieron con un resumen rápido— es una métrica distinta que, según este mismo mecanismo, se acerca más a lo que un libro puede efectivamente dejar en quien lo lee.

Aplicación — estudio y meditación bíblica: la misma cultura de productividad lectora tiene su versión religiosa — el plan de lectura que promete la Biblia entera en un año, medido en capítulos por día, con la meta puesta en no atrasarse. El patrón de Rayner sugiere que ese formato, tal como suele practicarse, empuja exactamente hacia el tipo de lectura veloz que menos comprensión deja: se avanza por la cantidad de texto cubierto, no por lo que ese texto generó. Esto es, en el fondo, la misma tensión que ya desarrolló el capítulo 6 de este libro entre una meta de cantidad ("leer un capítulo hoy") y una meta de calidad ("quedarme con una sola pregunta hasta poder responderla") — con el respaldo adicional, acá, de que la ciencia de la lectura confirma que no hay forma de leer mucho más rápido sin perder comprensión real, por más que la app o el plan de lectura lo prometan.



4. Entrenamiento inverso de la atención

Este eslabón tiene el respaldo más grande en volumen de datos de todo el capítulo. Lan Nguyen y un equipo de la Universidad Griffith publicaron en septiembre de 2025, en *Psychological Bulletin* —la misma revista de máximo prestigio que ya usó este libro para el meta-análisis de Rowland sobre el efecto de testeo—, una síntesis de 71 estudios y 98.299 participantes sobre el uso de video corto (TikTok, Instagram Reels, YouTube Shorts). El hallazgo: el uso de video corto se asocia con peor cognición general ($r=-.34$), con la asociación más fuerte en dos áreas específicas — atención ($r=-.38$) y control inhibitorio, es decir, la capacidad de resistir impulsos y distracciones ($r=-.41$). El patrón se sostuvo igual en muestras jóvenes y adultas, y en distintas plataformas.

Esto no es "el contenido corto distrae". Es más preciso y más relevante para este capítulo: la capacidad misma de sostener la atención en una sola cosa sin resolverla todavía —que es, literalmente, lo que hace falta para sostener una pregunta genuina en vez de cerrarla con la primera respuesta que aparece— se entrena hacia abajo con el uso intensivo de contenido fragmentado.

Hay una pieza más antigua y más específica que apunta en la misma dirección, con una salvedad de réplica que hay que decir con precisión. Ophir, Nass y Wagner (2009, PNAS, Stanford) encontraron algo particular sobre el multitasking mediático: los que hacen multitasking pesado no tienen ninguna ventaja real manejando múltiples flujos de información —los investigadores buscaron esa ventaja explícitamente y no la encontraron—, pero sí tienen peor capacidad de *filtrar lo irrelevante*. No pueden dejar de atender a estímulos que no vienen al caso. El propio investigador principal lo resumió así: "no podían evitar pensar en la tarea que no estaban haciendo". La salvedad: este hallazgo específico no replicó de forma limpia (Minear et al., 2013, no lo reprodujo), y un meta-análisis más amplio y posterior (Parry & le Roux, 2021, 118 evaluaciones) encuentra el patrón de forma más débil y menos consistente que el estudio original. La dirección del efecto tiene apoyo. El tamaño y la solidez, no tanto.

Aplicación — trabajo: frente a una tarea que exige sostener el foco en un problema sin resolución inmediata —un análisis largo, una decisión sin datos completos todavía— alternar constantemente con el teléfono o con otras pestañas no es un hábito neutral. Según el patrón de Nguyen, cada interrupción entrena exactamente lo

contrario de lo que la tarea exige: la capacidad de quedarse con la pregunta sin resolverla ya.

Aplicación — vida cotidiana: notar cuántas veces por día se abre una app de contenido corto "solo un minuto" y termina siendo mucho más, no es solo una cuestión de tiempo perdido. Es, según esta evidencia, un entrenamiento activo de la mente hacia la impaciencia — y esa misma impaciencia es la que después hace más difícil sostener una conversación difícil, una oración sin respuesta clara, o un libro que no da todo de una.



5. Cuando hay que tolerar la duda, el mecanismo empuja a cerrarla ya

Este es el eslabón que conecta a todos los demás, y el más sólido en términos de evidencia acumulada de todo el capítulo. Arie Kruglanski y Donna Webster (1994, 1996, *Journal of Personality and Social Psychology*) desarrollaron y validaron el constructo de **necesidad de cierre cognitivo**: la preferencia por *cualquier* respuesta antes que seguir en la ambigüedad, con dos tendencias específicas — la de urgencia (llegar al cierre lo más rápido posible) y la de permanencia (mantener ese cierre y no volver a abrirlo después). No es un hallazgo

aislado. Décadas de investigación posterior confirman su robustez con meta-análisis, escalas validadas y adaptadas a múltiples idiomas, y estudios recientes que siguen usando el constructo con total confianza.

La necesidad de cierre no es un rasgo fijo de personalidad únicamente — también se activa por condiciones situacionales, y una de las más estudiadas es exactamente la que atraviesa este capítulo entero: la ansiedad. Un estudio de 2022 sobre estudiantes universitarios durante la pandemia mostró el mecanismo en vivo: más ansiedad produce más necesidad de cierre cognitivo, y esa necesidad de cierre produce decisiones más apuradas e incluso irracionales, con tal de eliminar la incomodidad de no saber.

Acá es donde la cadena se cierra sobre sí misma. Cada uno de los cuatro eslabones anteriores —menos curiosidad entrenada desde chico, la respuesta siempre tercerizada, el consumo cada vez más rápido, la atención entrenada hacia la fragmentación— deja a la persona con menos práctica en tolerar la ambigüedad. Y cuanto menos entrenada está esa tolerancia, más fuerte pesa la urgencia de cerrar cualquier pregunta —cualquiera, no solo las triviales— con la primera respuesta que aparezca, sea o no la mejor.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: frente a una pregunta sin respuesta clara todavía —un "por qué" que no se resuelve rápido— hay una tentación fuerte de aceptar la primera explicación que aparezca, sea de un predicador, un libro o un comentario ajeno, solo para que la incomodidad de no saber termine. El patrón de Kruglanski sugiere que esa urgencia no es un problema de fe débil: es un mecanismo psicológico real, activado por la ansiedad, que empuja a cualquiera hacia el cierre rápido. Reconocerlo como mecanismo, y no como falla personal, es el primer paso para poder resistirlo.

Aplicación — pareja y familia: en medio de un conflicto, la necesidad de cerrar la discusión ya —de tener una conclusión, aunque sea insatisfactoria, en vez de sostener la incertidumbre de no saber todavía cómo se resuelve— puede llevar a acuerdos apresurados que no resuelven nada de fondo. Notar cuándo la urgencia de cerrar viene del problema real y cuándo viene simplemente de la incomodidad de la ambigüedad —dos cosas distintas— cambia qué tipo de conversación se tiene.



6. El lugar que debía sostener la pregunta, a veces no lo hizo

El último eslabón es el que más duele, porque tiene menos excusa cultural difusa que los anteriores — no es una tendencia tecnológica amplia, es una elección de comunidades específicas, hecha una y otra vez.

David Kinnaman, del Barna Group, dirigió un proyecto de cinco años con ocho estudios nacionales y 5.000 entrevistas nuevas, publicado en *You Lost Me* (2011). Un dato específico: **36% de los jóvenes que se desconectaron de la iglesia dijo que sentía que no podía hacer sus preguntas más urgentes de la vida ahí dentro.** La intolerancia a la duda aparece como uno de seis factores de desconexión identificados con datos, no solo con impresión.

El Fuller Youth Institute, en su proyecto "Sticky Faith" —un estudio longitudinal de seis años (2004-2010), con seguimiento real de estudiantes desde el último año de secundaria hasta la universidad—, llegó a una conclusión que resume el argumento entero de este bloque mejor que cualquier otra frase que se pueda escribir acá: **no es la duda ni las preguntas difíciles lo que resulta tóxico para la fe. Es el silencio.**

Y Christian Smith, sociólogo de Notre Dame, en el *National Study of Youth and Religion* (publicado como *Soul Searching*, Oxford University Press, 2005, financiado por Lilly Endowment, con más de 3.000 encuestas telefónicas y 267 entrevistas en profundidad), encontró algo todavía más específico y verificable: los adolescentes entrevistados eran, en palabras textuales de los investigadores, "increíblemente inarticulados" sobre su fe. Pero el dato importante no es la inarticulación en sí — es la explicación que los propios investigadores descartaron y la que sostuvieron. No es que esos mismos chicos fueran incapaces de pensar o hablar bien en general: eran perfectamente elocuentes hablando de temas igual de complejos, como las drogas o las relaciones. La diferencia es que sobre esos otros temas habían tenido educación explícita y práctica real discutiéndolos. Sobre la fe, no. Nunca practicaron sostener una pregunta difícil en voz alta sobre ese tema específico — y por eso, cuando llegó el momento de intentarlo, no sabían cómo.

Esto conecta con el libro entero de un modo directo: es exactamente el mecanismo que el capítulo 6 ya identificó como lo que falta cuando alguien solo recibe respuestas ya armadas en vez de generar sus propias preguntas. La diferencia entre un adolescente que puede sostener una conversación difícil sobre su fe y uno que no, no fue nunca de

inteligencia. Fue de práctica — y esa práctica solo se da si alguien, antes, le hizo lugar a la pregunta sin apurar la respuesta.

Aplicación — vida espiritual personal: si alguna vez una pregunta genuina sobre la fe se sintió como algo para esconder o resolver rápido antes de que alguien lo note, vale la pena nombrar eso con precisión: no es una falla espiritual. Es, según la evidencia de este bloque, exactamente lo que produce un ambiente donde la pregunta nunca tuvo lugar para practicarse en voz alta.

Aplicación — liderazgo de grupos e iglesia: un grupo de estudio bíblico o un espacio de jóvenes que empieza con una charla ya armada, donde alguien expone y el resto escucha, entrena sistemáticamente la inarticulación que Smith documentó. Un espacio que abre con una pregunta genuina y deja que se sostenga sin resolverla de una —aunque incomode, aunque no haya una respuesta clara para cerrar el encuentro— es, según esta misma evidencia, lo que construye la capacidad de sostener la fe bajo presión más adelante.



Síntesis

Seis eslabones, una sola cadena. Se apaga temprano, y no por falta de capacidad (Engel). La respuesta se tercializa al buscador, y el efecto de generación nunca llega a activarse (Sparrow, con su salvedad). El consumo se acelera, y la profundidad es la primera baja (Rayner). La atención se entrena hacia la fragmentación, cada vez con menos capacidad de sostener una pregunta sin resolverla (Nguyen, Ophir con su salvedad). Y cuando llega el momento de tolerar la incomodidad de no saber, un mecanismo psicológico real y bien documentado empuja hacia el cierre inmediato (Kruglanski) — reforzado, cuando el lugar que debía sostener la pregunta en cambio la silenció (Kinnaman, Fuller Youth Institute, Smith).

Ninguno de estos seis eslabones, por separado, alcanzaría para hablar de un "arte perdido". Juntos, y entrelazados de la forma en que efectivamente se refuerzan uno a otro, sí lo hacen. No es que la humanidad haya decidido en algún momento dejar de preguntar. Es que, eslabón por eslabón, se fue construyendo un entorno — educativo, tecnológico, atencional, psicológico, y a veces hasta religioso— cada vez menos hospitalario para la incomodidad que toda pregunta genuina exige sostener.

Y acá es donde este capítulo se conecta con todo lo que el resto del libro ya mostró. Si esto es lo que costó —la escuela, el buscador, la velocidad, la atención fragmentada, la ansiedad, y a veces hasta la propia comunidad de fe—, entonces mirar de nuevo cómo preguntaba Jesús no es un ejercicio devocional más. Es, literalmente, mirar hacia el único modelo completo que queda de alguien que nunca cerró una pregunta antes de tiempo, que nunca le tuvo miedo al silencio que sigue a una pregunta sin responder todavía, y que confiaba en que la persona que tenía enfrente podía sostener esa incomodidad más de lo que ella misma creía. El arte no se perdió porque dejara de ser posible. Se perdió porque, eslabón por eslabón, dejamos de practicarlo. Y lo que se perdió por práctica, según todo lo que este libro ya mostró, se puede volver a practicar.



Fuentes citadas en este capítulo

- Engel, S. (2011). *Children's Need to Know: Curiosity in Schools*. Harvard Educational Review, 81(4), 625-645.
- Hickling, A. K., & Wellman, H. M. (2001). *The Emergence of Children's Causal Explanations and Theories: Evidence from Everyday Conversation*. Developmental Psychology, 37(5), 668-

683. (Documenta el aumento de preguntas causales durante la etapa preescolar, no una caída; la caída que interesa a este capítulo llega después, con la escolarización.)

- Ransom, A., Ruggeri, A., & Ronfard, S. (2024). *When Is It Appropriate to Ask a Question? The Role of Age, Social Context, and Personality*. *Journal of Experimental Child Psychology*, 245, 105976.

- "Overhearing adults' side comments influences young children's question-asking" (2026). *Child Development*, aacag061. Tres estudios, N=440. Comentarios positivos escuchados al pasar duplicaron la tasa de preguntas posteriores; comentarios negativos la redujeron a la mitad.

- Sparrow, B., Liu, J., & Wegner, D. M. (2011). *Google Effects on Memory: Cognitive Consequences of Having Information at Our Fingertips*. *Science*, 333(6043), 776-778.

- Camerer, C. F. et al. (2018). Evaluating replicability of social science experiments in *Nature* and *Science*. *Nature Human Behaviour*. (Proyecto de réplica que no logró reproducir el Experimento 1 —efecto Stroop de primado— del paper de

Sparrow et al.; los experimentos 2-4, usados en este capítulo, no están reportados como fallidos.)

- Rayner, K., Schotter, E. R., Masson, M. E. J., Potter, M. C., & Treiman, R. (2016). *So Much to Read, So Little Time: How Do We Read, and Can Speed Reading Help?*. Psychological Science in the Public Interest, 17(1), 4-34.

- Nguyen, L., Walters, J., Paul, S., Monreal Ijurco, S., Rainey, G. E., Parekh, N., Blair, G., & Darrah, M. (2025). *Feeds, Feelings, and Focus: A Systematic Review and Meta-Analysis Examining the Cognitive and Mental Health Correlates of Short-Form Video Use*. Psychological Bulletin, 151(9), 1125-1146.

- Ophir, E., Nass, C., & Wagner, A. D. (2009). *Cognitive Control in Media Multitaskers*. Proceedings of the National Academy of Sciences, 106(37), 15583-15587. (Salvedad: Minear et al., 2013, no replicó el hallazgo original; Parry & le Roux, 2021 —meta-análisis de 118 evaluaciones— encuentra el patrón más débil que el estudio original.)

- Webster, D. M., & Kruglanski, A. W. (1994). *Individual Differences in Need for Cognitive Closure*. Journal of Personality and Social Psychology, 67(6), 1049-1062.

- Estudio sobre ansiedad, estrés y necesidad de cierre cognitivo en estudiantes universitarios durante COVID-19 (2022).
- Kinnaman, D., & Hawkins, A. (2011). *You Lost Me: Why Young Christians Are Leaving Church... and Rethinking Faith*. Baker Books. (Barna Group, proyecto de cinco años, ocho estudios nacionales, 5.000 entrevistas nuevas.)
- Powell, K., Griffin, B. M., & Crawford, C. A. (2011). *Sticky Faith: Practical Ideas to Nurture Long-Term Faith in Teenagers*. Fuller Youth Institute, College Transition Project (estudio longitudinal 2004-2010).
- Smith, C., & Lundquist Denton, M. (2005). *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers*. Oxford University Press. (National Study of Youth and Religion, financiado por Lilly Endowment.)

¿QUÉ PREGUNTA EL QUE SE MIRA A SÍ MISMO?

Los capítulos anteriores de este libro miraron la pregunta que se le hace a otro —a Dios, al texto, al que tiene enfrente—. Este mira la pregunta que se hace hacia adentro. Y acá hay que ir con más cuidado que en cualquier otro capítulo del libro, porque esta es, de todas las preguntas posibles, la más fácil de convertir en su propio veneno. La misma Escritura que manda examinarse a sí mismo es la que, en otro pasaje, advierte contra juzgarse con dureza que no viene de Dios. Y la misma ciencia que muestra que la autorreflexión mejora el bienestar muestra, con la misma solidez, que darle vueltas a lo mismo sin salida lo empeora. Este capítulo no resuelve esa tensión escondiéndola. La sostiene, porque sostenerla es, literalmente, el tema.



1. Un verbo hebreo repetido y una copa que exige mirar hacia adentro antes de tomarla

Antes de mirar la evidencia clínica, vale la pena mirar qué hace el texto bíblico mismo con la idea de examinarse — porque no es un gesto piadoso vago, es un mandato con vocabulario preciso, repetido en momentos muy distintos del canon.

Lamentaciones 3:40. En medio del libro más oscuro del Antiguo Testamento —una serie de poemas de duelo sobre la caída de Jerusalén—, aparece un verso que cambia el tono por un instante: *"Escudriñemos nuestros caminos, y examinémoslos, y volvamos a Jehová"*. El hebreo usa dos verbos distintos, en la misma forma cohortativa ("hagamos"): *ḥāpḥas'* (escudriñar, buscar a fondo) y *ḥāqar* (examinar, investigar) — la misma raíz que va a aparecer después en el Salmo 139. No es redundancia poética sin propósito: la acumulación de dos verbos de búsqueda intensifica la exigencia, como diciendo que un solo vistazo no alcanza. Y el verso no termina en el examen. Termina en un tercer verbo: *wenashuvah*, "y volvamos". El autoexamen bíblico, en este pasaje, no es un fin en sí mismo — es el paso previo a una acción concreta. Mirar hacia adentro para, después, moverse hacia otro lado.

Salmo 139:23-24. Acá el movimiento es distinto y vale la pena notar la diferencia: el salmista —la superscripción lo atribuye a David, aunque la autoría davídica de este salmo específico no es unánime entre comentaristas, dado que el texto mezcla formas hebreas y arameas que algunos toman como indicio de una fecha de composición posterior; el dato no cambia la lectura que sigue, así que este capítulo usa "el salmista" salvo cuando la tradición del pasaje importa— no se examina a sí mismo primero. Le pide a Dios que lo haga: *"Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno"*. El verbo hebreo es de nuevo *hāqar*. La diferencia con Lamentaciones 3:40 no es cosmética: ahí el pueblo se examina a sí mismo; acá el salmista reconoce que su propio autoexamen puede tener puntos ciegos, y le pide a Dios que mire donde él mismo no llega a ver. Los dos textos, leídos juntos, sostienen algo que la evidencia clínica de este capítulo va a confirmar por otro camino completamente distinto: mirarse hacia adentro en soledad, sin ningún punto de referencia externo, tiene un límite estructural.

Hageo 1:5 y 1:7. El profeta le habla a un pueblo que había vuelto del exilio con la tarea de reconstruir el templo, y que en cambio se había dedicado a construir sus propias casas. La orden se repite dos

veces, palabra por palabra: *"Meditad bien sobre vuestros caminos"*. El hebreo, más literal, dice *šmû l'babkem 'al-darkêkem* — "poned vuestro corazón sobre vuestros caminos". No es una sugerencia de introspección general. Es un llamado a mirar, con precisión, adónde está yendo realmente la propia energía —no adónde se dice que va—, porque el pueblo entero se había convencido de que estaba priorizando bien sin haberlo examinado nunca en serio. La repetición exacta del mandato, dos veces en tres versículos, es el texto insistiendo en que la primera vez no alcanzó.

1 Corintios 11:28. Pablo, hablando de la Cena del Señor, ordena: *"Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así de aquel pan y beba de aquella copa"*. El verbo griego es *dokimazō* (δοκιμάζω), y el matiz importa: no es un verbo genérico de "revisar". Es el verbo técnico que se usaba para el trabajo de un metalúrgico o un lapidario probando la pureza de un metal o una piedra antes de darla por buena — el mismo verbo que Pablo usa en Gálatas 6:4 ("que cada uno examine su propia obra"). El examen que pide Pablo no es sentir remordimiento genérico. Es un proceso de verificación, con un criterio externo de pureza, no solo un estado de ánimo interno.

2 Corintios 13:5. El mandato más directo de todos: *"Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos"*. Usa el

mismo verbo, *dokimazō*, y agrega algo que ninguno de los pasajes anteriores tiene tan explícito: el propósito último no es la introspección en sí, sino una pregunta de fondo muy concreta —¿está Cristo en mí?— que el propio texto responde que se descubre examinando, no asumiendo.

Cinco pasajes, cinco libros distintos, siglos de diferencia entre ellos, y el mismo patrón de fondo: el autoexamen bíblico nunca aparece como un ejercicio de introspección que se agote en sí mismo. Siempre está atado a un movimiento posterior —volver, reconstruir, purificar, verificar la fe— y en al menos uno de los cinco casos (Salmo 139), el propio texto reconoce que la mirada hacia adentro, sin ayuda externa, tiene un límite.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: hay una diferencia real entre terminar el día repasando en la cabeza, sin ningún orden, todo lo que salió mal —lo cual tiende a quedarse dando vueltas sin salida— y hacer, en cambio, la pregunta de Hageo con esa precisión: "¿adónde estuvo yendo realmente mi tiempo y mi atención hoy, más allá de lo que yo diría que era mi prioridad?". La primera forma no tiene verbo de llegada. La segunda, como el propio texto bíblico, empuja hacia algo después — no se cierra en la mirada, se cierra en el paso siguiente.



2. Lo que mide la ciencia cuando alguien se mira a sí mismo: dos caminos que se parecen y no son lo mismo

Acá hay que hacer una aclaración de método antes de seguir, porque el capítulo 1 de este libro ya usó una escala relacionada —la de Grant, Franklin y Langford (2002), que distingue reflexión de insight—. Este capítulo no repite esa evidencia. Usa una línea de investigación distinta, con una historia y un instrumento propios, que llega a una distinción parecida por un camino completamente independiente —lo cual, en ciencia, no es redundancia: es convergencia.

En 1999, Paul Trapnell y Jennifer Campbell publicaron en el *Journal of Personality and Social Psychology* un hallazgo que resolvía una contradicción que venía persiguiendo a la psicología de la autoconciencia desde los años setenta: la llamada **"paradoja de la auto-absorción"**. Las personas que puntuaban alto en autoconciencia privada —la tendencia a prestarle atención a los propios pensamientos y sentimientos— mostraban, en distintos estudios, un conocimiento de sí mismas más preciso y extenso, pero *al mismo tiempo* niveles más altos de malestar psicológico. Dos hallazgos que parecían contradecirse, sostenidos ambos por evidencia real.

Trapnell y Campbell propusieron que la contradicción no era tal: la escala que se venía usando confundía dos disposiciones distintas, con motivaciones distintas de fondo. Desarrollaron el *Rumination-Reflection Questionnaire*, un instrumento de 24 ítems validado en dos estudios independientes, que separa:

- **Rumiación:** la tendencia a volver una y otra vez sobre los propios errores, momentos incómodos o situaciones pasadas, motivada —según el marco teórico de los autores— por una amenaza percibida al propio valor o seguridad. Ejemplos de ítems: "A veces es difícil para mí apagar los pensamientos sobre mí mismo"; "Frecuentemente repaso en mi mente cómo actué en una situación pasada".

- **Reflexión:** el interés genuino y relativamente sereno en explorar la propia identidad, motivado por curiosidad epistémica —querer entenderse, no defenderse de algo—. Ejemplos de ítems: "Me encanta explorar mi 'yo' interior"; "Me encanta analizar por qué hago las cosas".

Los dos factores resultaron estadísticamente independientes entre sí, con un coeficiente de fiabilidad alto (alfa en el rango de .90) para cada subescala por separado. Y la correlación con bienestar fue,

literalmente, de signo opuesto: la rumiación se asoció de forma consistente con neuroticismo, afecto negativo y síntomas depresivos; la reflexión, con apertura a la experiencia y con lo que los autores llaman "necesidad de autoconocimiento" — un rasgo distinto, más cercano a la curiosidad intelectual que a la ansiedad.

Un matiz que el propio campo desarrolló después, y que el método de este libro exige no omitir: la distinción reflexión/rumiación no es una dicotomía tan limpia como el resumen anterior podría sugerir. Wendy Treynor, Richard Gonzalez y Susan Nolen-Hoeksema — la investigadora que más tiempo dedicó a estudiar la rumiación depresiva — publicaron en 2003 un reanálisis psicométrico de otro instrumento (la *Ruminative Response Scale*) que encontró, dentro de la rumiación misma, dos componentes distintos: **cavilación** (*brooding*, comparar la propia situación actual, con resentimiento pasivo, contra un estándar inalcanzable) y **ponderación reflexiva** (*reflective pondering*, un intento más orientado a resolver el problema). Solo la cavilación —no la ponderación— predijo mayor severidad de depresión en el tiempo. Y hay un dato más incómodo todavía, señalado por Whitmer y Gotlib (2011) en un reanálisis posterior: en muestras de personas actualmente deprimidas, la distinción limpia entre reflexión "buena"

y rumiación "mala" se disolvía — apareció, en cambio, un tercer factor que los autores llamaron "rumiación intencional", que no se comportaba como ninguna de las dos categorías previas de forma consistente. La ciencia disponible sostiene con solidez que *no toda* mirada hacia adentro es igual de sana ni igual de tóxica — pero no ofrece una frontera tan nítida como para decir, de antemano y en abstracto, exactamente dónde termina una y empieza la otra en cada persona particular.

Hay una tercera línea de evidencia, más aplicada, que confirma el patrón desde otro ángulo — y con una precisión que vale la pena marcar porque corrige un mito bastante extendido. James Pennebaker y Sandra Beall publicaron en 1986 el primer estudio sobre lo que se conoce como **escritura expresiva**: pedirle a alguien que escriba, durante pocos días seguidos y sin editar, sobre una experiencia difícil o traumática. El hallazgo original mostró menos visitas médicas después de escribir. Ese resultado generó un entusiasmo grande, y un meta-análisis temprano de Joshua Smyth (1998, trece estudios) reportó un tamaño de efecto medio ($d=0.47$) sobre desenlaces de salud. Pero acá hace falta la salvedad honesta que este libro exige siempre, con la precisión técnica que corresponde: meta-análisis posteriores, con más estudios y más rigurosos, achicaron

mucho ese número. Frattaroli (2006), sobre 146 estudios aleatorizados, encontró un efecto general mucho más modesto — pero en una escala distinta, la de correlación ($r=.075$, no una d de Cohen; confundir ambas escalas es un error común en resúmenes de divulgación) —, estadísticamente significativo pero lejos de la imagen popular de "escribir cura". Y ese mismo año, Mogk, Otte, Reinhold-Hurley y Kröner-Herwig (2006, *GMS Psycho-Social Medicine*), restringiendo el análisis a los 30 ensayos controlados aleatorizados que cumplieran criterios metodológicos más estrictos, no encontraron ningún efecto significativo sobre salud física ni psicológica ($g=0.04$, intervalo de confianza que cruza el cero). La escritura expresiva no es el remedio universal que la cultura popular a veces sugiere — funciona, en el mejor de los casos, de forma mucho más modesta y menos consistente de lo que el estudio original de 1986 hizo pensar.

Lo que sí tiene apoyo más específico y más sólido, y es lo que interesa de verdad a este capítulo, es un hallazgo puntual: Gortner, Rude y Pennebaker (2006, *Behavior Therapy*) hicieron escribir a estudiantes vulnerables a la depresión durante tres días. El beneficio en síntomas depresivos, medido seis meses después, resultó mediado específicamente por cambios en la subescala de **cavilación** (*brooding*) de la escala de Nolen-Hoeksema — no por cambios en la subescala de

reflexión. Es decir: escribir no ayudó porque la persona dejara de pensar en el problema. Ayudó, específicamente, en la medida en que dejó de cavilar sobre él de la forma tóxica y pasiva que ese factor mide. La misma actividad —sentarse a mirar hacia adentro con una pregunta— puede mover a alguien hacia la cavilación que empeora o hacia la reflexión que ayuda, y lo que separa un resultado del otro no es cuánto tiempo se le dedica, sino la forma exacta de la pregunta que se hace.

Aplicación — estudio y vida intelectual: después de un examen que salió mal o un proyecto de investigación que no llegó a buen puerto, hay una diferencia real entre la pregunta "¿por qué me pasa esto, si siempre me esforcé?" —que tiende, según el patrón de Treynor, Gonzalez y Nolen-Hoeksema, a activar cavilación sin salida — y la pregunta "¿en qué momento específico del proceso se desvió esto, y qué haría distinto ahí?" —más cercana a la ponderación reflexiva que sí predice mejor manejo del fracaso—. No es solo una cuestión de mejor humor: es que la segunda pregunta, al estar anclada en un punto concreto y accionable, deja abierta la posibilidad de un paso siguiente, mientras que la primera se cierra sobre sí misma sin ningún lugar adonde ir.

Aplicación — vida social cotidiana e introspección personal:

frente a una interacción incómoda —una discusión, un comentario que quedó resonando— hay una diferencia medible, según esta evidencia, entre la pregunta "¿por qué siempre me pasa esto a mí?" (que tiende a activar el patrón de cavilación pasiva) y la pregunta "¿qué parte de esto puedo entender mejor la próxima vez?" (más cercana al patrón de ponderación reflexiva orientada a resolver). No es una cuestión de optimismo forzado. Es que, según muestra esta línea de investigación, la forma gramatical exacta de la pregunta que uno se hace a sí mismo no es un detalle de estilo — es, en gran medida, lo que determina si esa introspección termina sumando o restando.

Aplicación — trabajo: después de una reunión que salió mal o una decisión que no funcionó, hay una tentación de repasar la escena una y otra vez sin ningún objetivo claro, lo cual el patrón de Treynor, Gonzalez y Nolen-Hoeksema predice que tiende a empeorar el malestar sin producir ningún aprendizaje real. Escribir, aunque sea diez minutos, con una pregunta puntual y orientada hacia adelante —"¿qué haría distinto la próxima vez, específicamente?"— convierte el mismo tiempo de introspección en el tipo de proceso que, según Gortner et al., sí se asoció con mejora real.



3. Cuando la pregunta hacia adentro se transforma en juicio: la salvedad que el propio Nuevo Testamento pone

Este capítulo no puede cerrar sin decir algo que su propio corpus bíblico exige, porque de lo contrario el mandato de examinarse se puede leer torcido, y torcerlo tiene consecuencias reales sobre la vida de una persona.

Romanos 8:1. Después de siete capítulos donde Pablo describe con crudeza la lucha interna entre lo que quiere hacer y lo que termina haciendo ("Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" — 7:19), la conclusión que Pablo saca de ese autoexamen no es un veredicto de condena. Es exactamente lo contrario: *"Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús"*. El autoexamen más brutalmente honesto del Nuevo Testamento —Pablo mirándose a sí mismo sin ninguna piedad— desemboca, en el propio texto, en la afirmación de que ese mirar no tiene por qué terminar en autocondena.

Esto no es un detalle devocional aislado. Es la corrección exacta que la evidencia científica de la sección anterior también sostiene, por su propio camino: la cavilación —mirar hacia adentro con el veredicto ya puesto, sin salida— es lo que se asocia a peor salud mental. La reflexión —mirar hacia adentro buscando entender, con la

posibilidad genuina de una salida— es lo que se asocia a mejor bienestar. El texto bíblico y la evidencia clínica, viniendo de mundos completamente distintos y sin ninguna relación entre sí, señalan la misma frontera: la diferencia entre examinarse y condenarse no es cosmética. Es la diferencia entre dos procesos con resultados opuestos.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: hay una forma de examen de conciencia que, noche tras noche, termina siempre en el mismo lugar — una lista de fallas repetidas, sin ningún movimiento hacia adelante, sin ninguna gracia que entre en la ecuación. Según todo lo que este capítulo mostró, esa forma específica de autoexamen no es "más espiritual" por ser más dura. Es, estructuralmente, el patrón de cavilación que tanto la ciencia clínica como el propio Pablo en Romanos 8 identifican como el que no lleva a ningún lado. Un examen que termina preguntando, además de "¿qué hice mal?", "¿y ahora, qué hago con esto?" — que deje lugar a la gracia sin usarla como excusa para no cambiar nada— es un examen que se parece mucho más al de Lamentaciones 3:40, el que termina en *volvamos*, que al que se queda dando vueltas sobre sí mismo sin salida.

Aplicación — pareja y familia: cuando alguien, después de un conflicto, se queda repasando obsesivamente todo lo que dijo mal, sin

llegar nunca a una conversación real de reparación con el otro, esa introspección —por más tiempo y esfuerzo que le dedique— no está funcionando como reflexión sana. Está funcionando, según el patrón de Treynor, Gonzalez y Nolen-Hoeksema, como cavilación — y el paso que realmente ayuda no es pensarlo más, sino convertir esa mirada interna en una pregunta dirigida hacia afuera, hacia la otra persona: no "¿qué tan mal estuve?" sino "¿qué necesitas de mí ahora?" — la misma distinción, aplicada a la introspección, que el capítulo 1 de este libro ya mostró que funciona en la conversación de pareja.



Síntesis

El autoexamen bíblico, en los cinco pasajes revisados, nunca aparece como un fin en sí mismo: siempre está atado a un verbo de movimiento posterior, y al menos una vez (Salmo 139) el propio texto admite que la mirada hacia adentro, en soledad, tiene un límite que solo una mirada externa puede completar. La ciencia, por un camino totalmente independiente, confirma algo con la misma forma: no toda introspección es igual. La reflexión —motivada por curiosidad genuina, orientada a entender— se asocia a mejor bienestar (Trapnell & Campbell, 1999). La cavilación —motivada por amenaza, sin salida

— se asocia a peor salud mental (Treynor, Gonzalez & Nolen-Hoeksema, 2003), y es específicamente ese componente el que la escritura expresiva logra reducir cuando funciona (Gortner et al., 2006) — no la introspección en general, cuyo efecto medido en conjunto resulta más modesto de lo que el mito popular sugiere (Frattaroli, 2006). Y el propio Nuevo Testamento, en Romanos 8:1, pone la misma frontera que la ciencia describe con otro vocabulario: el autoexamen que termina en condena sin salida no es el modelo que el texto ofrece, incluso cuando el autoexamen fue tan implacable como el de Pablo en el capítulo anterior. Preguntarse a uno mismo, según todo lo que este capítulo permite sostener, es sano exactamente en la medida en que la pregunta deja una puerta abierta hacia algún lado — y tóxico exactamente en la medida en que la cierra.



Fuentes citadas en este capítulo

- Texto bíblico: Lamentaciones 3:40; Salmo 139:23-24; Hageo 1:5,7; 1 Corintios 11:28; Gálatas 6:4; 2 Corintios 13:5; Romanos 7:19, 8:1 — cotejado contra el texto hebreo (Westminster Leningrad Codex vía Mechon-Mamre y Blue Letter Bible) y griego (Westcott-Hort vía Blue Letter Bible y BibleHub).

- Análisis léxico hebreo *ḥāphas' / ḥāqar* en Lamentaciones 3:40 y su recurrencia en Salmo 139:23; *šîmû l'babkem 'al-darkêkem* en Hageo 1:5,7 — Blue Letter Bible / BibleHub, concordancia Strong's.

- Debate sobre autoría davídica del Salmo 139 (formas arameas y su peso como indicio de datación posterior, frente a la defensa tradicional de la superscripción): Broyles, C. C., *New International Biblical Commentary: Psalms*, pp. 26-31; Anderson, A. A., *New Century Bible Commentary: Psalms (1-72)*, pp. 43-45, ambos citados en Sermon Writer, comentario sobre Salmo 139.

- Análisis léxico griego *dokimazō* (δοκιμάζω) en 1 Corintios 11:28, 2 Corintios 13:5 y Gálatas 6:4, con su trasfondo metalúrgico: comentarios de Calvino, Vincent, y comentario crítico-explicativo vía BibliaPlus; Strong's Concordance.

- Trapnell, P. D., & Campbell, J. D. (1999). *Private self-consciousness and the five-factor model of personality: Distinguishing rumination from reflection*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76(2), 284-304.

- Treynor, W., Gonzalez, R., & Nolen-Hoeksema, S. (2003). *Rumination reconsidered: A psychometric analysis*. Cognitive Therapy and Research, 27(3), 247-259.
- Whitmer, A., & Gotlib, I. H. (2011). *Brooding and reflection reconsidered: A factor analytic examination of rumination in currently depressed, formerly depressed, and never depressed individuals*. Cognitive Therapy and Research, 35(2), 99-107. (Salvedad: la distinción reflexión/cavilación no se sostuvo como factor limpio en muestras de personas actualmente deprimidas.)
- Pennebaker, J. W., & Beall, S. K. (1986). *Confronting a traumatic event: Toward an understanding of inhibition and disease*. Journal of Abnormal Psychology, 95(3), 274-281.
- Smyth, J. M. (1998). *Written emotional expression: Effect sizes, outcome types, and moderating variables*. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 66(1), 174-184.
- Frattaroli, J. (2006). *Experimental disclosure and its moderators: A meta-analysis*. Psychological Bulletin, 132(6), 823-865. (146 estudios aleatorizados; r-efecto de .075. Fuente del tamaño de efecto general más modesto que corrige la cifra popularizada de Smyth 1998; nota de precisión: es un coeficiente de correlación r,

no una d de Cohen, escalas que suelen confundirse en resúmenes de divulgación.)

- Mogk, C., Otte, S., Reinhold-Hurley, B., & Kröner-Herwig, B. (2006). *Health effects of expressive writing on stressful or traumatic experiences — a meta-analysis*. GMS Psycho-Social Medicine, 3, Doc06. (30 ensayos controlados aleatorizados exclusivamente; efecto general no significativo, $g=0.04$. Publicado el mismo año que Frattaroli 2006, no con posterioridad.)

- Gortner, E. M., Rude, S. S., & Pennebaker, J. W. (2006). *Benefits of expressive writing in lowering rumination and depressive symptoms*. Behavior Therapy, 37(3), 292-303.

EL SILENCIO DE DIOS

Antes de arrancar, una aclaración de continuidad que es, en realidad, el argumento entero de por qué este capítulo hace falta.

Los capítulos 2, 3 y 4 de este libro mostraron algo consistente: cuando Dios "no responde directamente", casi siempre está haciendo otra cosa. Le devuelve una pregunta a Job. Le da a Moisés una vara que ya tenía en la mano. Reparte la carga de Números 11 entre setenta ancianos. Calma la tormenta antes de explicar nada. Incluso cuando Habacuc se queja dos veces, recibe dos respuestas — no las que pedía, pero respuestas al fin. El patrón que este libro viene documentando es el de un Dios que prefiere la pregunta a la respuesta servida — pero que, tarde o temprano, *hace algo*.

Este capítulo mira la excepción real a ese patrón: los casos donde no hay ni pregunta de vuelta, ni acción, ni misión. Donde alguien pregunta y lo que recibe, dentro del texto, es nada narrado.

Hay que decirlo con honestidad: si el argumento implícito de los capítulos anteriores fuera "preguntá, porque eventualmente algo vas

a recibir", este capítulo lo desmentiría con el propio canon en la mano. El Salmo 88 —que ya apareció de pasada en el capítulo 4— es la prueba textual de que la Escritura no promete eso.



1. El único salmo sin ningún giro

El Salmo 88 ya apareció en el capítulo 4 de este libro, dentro de un bloque sobre la acusación directa a Dios. Acá el foco es distinto: no lo que el salmista *dice*, sino lo que el salmo, como estructura completa, *no recibe*.

Casi todo lamento del salterio sigue una arquitectura reconocible: queja, súplica, y un giro hacia la confianza. El Salmo 13, ya visto en el capítulo 4, lo hace en seis versículos. El Salmo 22, que Jesús cita en la cruz, lo hace después de veintiún versículos. Habacuc, que se queja dos veces, termina en un salmo de confianza propio.

El Salmo 88 no. Empieza mal —"mi vida está cercana al Seol"— y cada estrofa siguiente empeora. No hay punto de inflexión. La última línea del poema no es una petición ni una expresión de fe residual: es *majshaj*, oscuridad — literalmente la palabra final del texto hebreo. El salmo no dice "y aun así confío". Dice "oscuridad", y termina ahí.

El salmo tiene superscripción — se le atribuye a "los hijos de Coré" y a Hemán ezraíta, y el propio encabezado lo marca para uso musical del culto ("para el músico principal... para cantar"). Es un dato verificable en el texto mismo: un salmo sin ninguna resolución narrada llevaba, según su propia superscripción, marca de uso litúrgico.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: hay una expectativa extendida de que toda oración honesta eventualmente "se resuelve" — que si uno persiste lo suficiente, algo cambia, aunque sea el propio ánimo. El Salmo 88 es la prueba textual de que esa expectativa no es una promesa bíblica. Hay oraciones que se cierran en oscuridad, dentro del propio canon, sin que eso signifique que la oración estuvo mal hecha. Sostener una oración que no llega a ningún giro no es apartarse del modelo bíblico de oración. Es, según este salmo, parte de él.

Aplicación — estudio y meditación bíblica: leer el salterio buscando solo los salmos que "terminan bien" es leer una versión recortada de lo que el libro de los Salmos realmente contiene. Incluir el Salmo 88 en la propia rutina de lectura, sin apurarse a resolverlo con un versículo de otro lugar que sí tenga giro, es una forma de

meditación bíblica más fiel al texto completo que el canon decidió conservar.



2. Cuando el propio texto describe a Dios cerrando la puerta

Lamentaciones 3:8 — en el mismo poema que en su verso 40 dice "escudriñemos nuestros caminos... y volvamos a Jehová" (ya citado en el capítulo 8 de este libro), unos versículos antes el mismo autor escribe: "aun cuando clamo y doy voces, él cierra los oídos a mi oración". El texto retoma la misma idea en el verso 44: "te cubriste de nube, para que no pasase la oración". Es la queja del poeta, en el lenguaje del lamento —no una afirmación doctrinal del libro sobre la naturaleza de Dios— pero el texto la conserva sin editarla: un Dios que, según esa queja, cierra activamente el paso de la oración.

Lamentaciones 3 es el mismo poema que después dice "grande es tu fidelidad" (3:23) y llega hasta "volvamos a Jehová" (3:40). El giro hacia la esperanza sí llega en este capítulo —a diferencia del Salmo 88— pero llega después de haber dicho, sin corregirlo, que la oración fue vivida como bloqueada. El texto no borra el verso 8 para sostener el verso 23. Los deja a los dos, en el mismo poema, sin explicar uno en función del otro.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: cuando una oración sostenida durante mucho tiempo no recibe ninguna señal de respuesta, hay una tentación de concluir que algo está mal en la propia fe. Lamentaciones 3:8 da permiso textual para nombrar esa experiencia con toda su crudeza — "siento que esto no está pasando por ningún lado" — sin que eso signifique haber perdido la fe que, en el mismo capítulo, tres versos antes de terminar, todavía dice "por tanto en él esperaré" (3:24).

Aplicación — vida social cotidiana: cuando alguien cercano dice "siento que le hablo a Dios y no pasa nada", hay una tentación fuerte de corregir esa frase de inmediato ("seguro te está hablando y no lo notás"). El propio texto de Lamentaciones deja esa queja tal cual está dicha, sin apurarse a corregirla. Acompañar sin apurar la corrección es más fiel al texto que la respuesta rápida y bienintencionada.



3. Lo que mide la psicología de la religión cuando la lucha es directamente con Dios

Los dos bloques anteriores mostraron que el silencio de Dios es un fenómeno bíblico real, no un accidente de traducción ni una exageración poética aislada. Este bloque pregunta algo distinto: ¿hay

algo medido, con instrumento validado, sobre lo que le pasa a una persona cuando atraviesa específicamente eso — no ansiedad en general, sino la sensación concreta de que Dios no responde?

Julie Exline, Kenneth Pargament, Joshua Grubbs y Ann Marie Yali publicaron en 2014, en *Psychology of Religion and Spirituality* (revista de la Asociación Americana de Psicología), la **Religious and Spiritual Struggles Scale** (RSS), un instrumento de 26 ítems que mide seis dominios distintos de lucha religiosa o espiritual: divina, demoníaca, interpersonal, moral, de sentido último, y de duda. La subescala que interesa acá es la **divina**: mide específicamente la tensión, el conflicto o la sensación de distancia en la relación directa de la persona con Dios — incluyendo, entre sus ítems validados, sentirse abandonado o castigado por Dios. Esta subescala mostró, en el estudio original, una consistencia interna muy alta ($\alpha=.93$), y ese resultado se replicó después en validaciones independientes en varios países (Polonia, Portugal, entre otras), lo que respalda que no es un hallazgo aislado de una sola muestra.

Hay un dato específico de este instrumento que conecta directo con lo que este capítulo viene mostrando: entre los seis dominios de lucha que mide la escala, la subescala **Divina** es, junto con la de sentido último, la que mejor predice malestar emocional. Es decir: de todas

las formas de lucha religiosa que la escala distingue —incluida la duda intelectual, o el conflicto con otras personas de la propia comunidad de fe—, la sensación de distancia o silencio en la relación directa con Dios es una de las que más pesa, medida empíricamente, sobre cómo se siente la persona.

Un instrumento anterior y también validado, el **Brief RCOPE** de Kenneth Pargament (1998, con revisiones psicométricas posteriores), había medido algo parecido desde otro ángulo: su subescala de afrontamiento religioso negativo incluye, como uno de sus componentes centrales, la reevaluación negativa del poder de Dios —sentirse específicamente abandonado o castigado. Que dos instrumentos distintos, desarrollados por equipos distintos y en momentos distintos, hayan llegado de forma independiente a la necesidad de medir esa misma experiencia —la sensación concreta de abandono divino, no la ansiedad genérica— es un dato que respalda que se trata de un fenómeno psicológico real y distinguible, no una categoría inventada para necesidades de este capítulo.

Esto no es una analogía traída de otro campo, como podría haber sido el caso con instrumentos de ansiedad clínica general. Es un instrumento diseñado específicamente para medir la lucha religiosa con Dios, validado en población real, con la sensación de abandono

o silencio divino como uno de sus componentes centrales y mejor documentados.

Aplicación — oración y vida espiritual personal: sentir, durante una temporada larga, que la relación con Dios está en tensión o en silencio no es una categoría marginal ni un fracaso espiritual sin nombre — es, según la propia investigación validada sobre el tema, uno de los tipos de lucha religiosa más comunes y más estudiados, con instrumentos diseñados específicamente para reconocerlo y nombrarlo. Ponerle una palabra concreta a esa experiencia — "esto es una lucha divina, no una falta de fe" — no minimiza el peso real que tiene, pero sí la saca del lugar de la vergüenza silenciosa hacia el de una experiencia estudiada y reconocible.

Aplicación — trabajo y liderazgo: algo formalmente parecido ocurre cuando alguien en una posición de autoridad guarda silencio prolongado ante una pregunta o un pedido directo — un jefe que no responde, un mentor que se distancia sin explicación. La tentación es interpretar ese silencio con la primera historia disponible, favorable o desfavorable, en vez de tolerar la incomodidad real de no saber. El patrón que documenta esta línea de investigación sobre la lucha divina —que el silencio de una figura de autoridad significativa genera más malestar medible que otras formas de conflicto— ayuda a

nombrar por qué ese silencio específico pesa tanto, sin que haga falta resolverlo con una interpretación apresurada.

Aplicación — estudio y vida intelectual: para quien estudia teología, filosofía de la religión, o simplemente lee la Biblia con seriedad, encontrarse con la propia experiencia de silencio divino puede sentirse como una anomalía vergonzosa que hay que resolver rápido con el argumento correcto. Saber que existe un campo entero de investigación académica —la psicología de la religión, con instrumentos publicados en revistas revisadas por pares— dedicado a estudiar exactamente ese fenómeno como parte normal y frecuente de la vida religiosa, cambia el estudio: no se trata de encontrar el argumento que haga desaparecer la experiencia, sino de entender una experiencia real y bien documentada, sin apuro por cerrarla.



Síntesis

Este capítulo no resuelve la tensión que nombra, porque no resolverla es lo que enseña. El Salmo 88 termina en oscuridad, sin ningún giro narrado, y el propio canon lo conservó con superscripción litúrgica, sin corregirlo. Lamentaciones 3 sostiene, en el mismo poema, tanto la queja de que la oración fue vivida como bloqueada como la

afirmación de que la fidelidad de Dios es nueva cada mañana — y no elige entre las dos. Y la psicología de la religión, por un instrumento diseñado específicamente para medir esto y no por analogía con otro campo, confirma que la lucha directa con la sensación de silencio o distancia de Dios es una de las experiencias religiosas más estudiadas y más asociadas a malestar real — lo cual, lejos de ser un dato desalentador, es una forma de decir que no es una experiencia marginal ni vergonzosa: es reconocible, común, y tiene nombre propio en la literatura académica.

Los capítulos anteriores de este libro mostraron a un Dios que prefiere preguntar antes que decretar, y que casi siempre, tarde o temprano, hace algo con la pregunta que recibe. Este capítulo existe para decir, sin suavizarlo, que a veces no. Que el propio canon incluye una voz que preguntó, no recibió nada narrado, y aun así se quedó — no porque la respuesta finalmente haya llegado dentro del texto, sino porque quedarse, según el testimonio que la Escritura misma decidió conservar, resultó ser posible incluso sin ella.



Fuentes citadas en este capítulo

- Texto bíblico: Salmo 88 (superscripción, vv. 1-18); Lamentaciones 3:8, 3:23-24, 3:40, 3:44 — cotejado contra el texto hebreo (Westminster Leningrad Codex vía Mechon-Mamre y Blue Letter Bible).
- Análisis léxico hebreo *majshaj/chosbek* (מִשְׁחַי/חֹשֶׁבֶק) como última palabra del Salmo 88: Strong's Concordance / BDB (Brown-Driver-Briggs) vía Blue Letter Bible.
- Análisis de estructura y singularidad del Salmo 88 como el único lamento sin giro hacia la confianza — ya usado con la misma fuente en el capítulo 4 de este libro: Human, D.J., "Darkness is my closest friend" (Ps 88:18b): Reflections on the saddest psalm in the Psalter; Brueggemann, W., taxonomía de salmos de orientación/desorientación/reorientación.
- Análisis léxico hebreo de Lamentaciones 3:8 y su paralelo en 3:44: comparación de versiones (ESV, NASB, NIV, LSB) y Reyburn, W. D., *A Handbook on Lamentations* (UBS Helps for Translators, 1992).
- Exline, J. J., Pargament, K. I., Grubbs, J. B., & Yali, A. M. (2014). *The Religious and Spiritual Struggles Scale: Development*

and Initial Validation. Psychology of Religion and Spirituality, 6(3), 208-222. (Subescala Divina, $\alpha=.93$; entre las dos subescalas que mejor predicen malestar emocional del total de seis dominios medidos.)

- Pargament, K. I., et al. Brief RCOPE — subescala de afrontamiento religioso negativo, con reevaluación negativa del poder de Dios (incluyendo sentirse abandonado o castigado) como componente central: revisión psicométrica en Current Psychometric Status of a Short Measure of Religious Coping.
- Replicaciones independientes de la estructura de seis factores de la RSS en muestras no estadounidenses (validación polaca, validación portuguesa), citadas como respaldo de la estabilidad del hallazgo, no como fuente de datos adicionales usados en el cuerpo del capítulo.

LA CAJA DE HERRAMIENTAS

Este capítulo no explica nada. Todo el porqué —por qué preguntar deja más huella que leer una respuesta, por qué la incomodidad de no saber es parte del mecanismo y no un defecto de él, por qué el silencio a veces es el punto y no el fracaso— ya se desarrolló en los capítulos anteriores de este libro, en particular el 1, el 6 y el 9. Repetirlo acá sería releer, no preguntar.

Lo que sigue es otra cosa: una caja de herramientas. Recetas para dos actividades — orar y estudiar la Escritura. Todas están pensadas para usarse en el momento mismo en que ya estás orando o ya estás leyendo, no como preparación previa ni como rutina posterior. La Parte A prioriza pocas herramientas de uso genuinamente diario, no un catálogo amplio de recursos para el momento excepcional.



PARTE A — Preguntas en oración

1. La pregunta que reemplaza el primer pedido.

Descripción general: la mayoría de las oraciones arrancan con un contenido ya decidido de antemano — un pedido, un agradecimiento, una fórmula que se repite casi sin pensar. Esta herramienta interrumpe ese arranque automático y lo reemplaza por una pregunta genuina dirigida a vos mismo, para que la oración empiece por lo que realmente está presente en ese momento, y no por lo que "correspondía" decir.

Aplicación paso a paso:

1. En el instante en que notes cuál iba a ser tu primera frase de oración, frenala antes de terminarla — no hace falta completarla para poder frenarla.
2. Reemplazala por la pregunta: "¿qué es lo primero que se me viene a la cabeza ahora mismo?".
3. Esperá sin apurarte a que aparezca algo. No fuerces una respuesta que suene "espiritual" — lo primero que aparezca cuenta, aunque sea chico, mundano, o no tenga nada que ver con lo que ibas a decir.

4. En cuanto aparezca, nombralo tal cual salió, sin filtrarlo ni emprolijarlo.

5. Seguí orando sobre eso, dejando que reemplace por completo el contenido original que tenías planeado.

Ejemplo: te sentás a orar antes de dormir con la intención de agradecer por el día. Frenás esa frase a mitad de camino, te preguntás qué tenés en la cabeza, y lo que aparece es el mensaje que no contestaste de tu hermano. La oración de esa noche termina siendo sobre eso, no sobre gratitud.



2. Preguntarle a Dios qué preguntarle.

Descripción general: hay días en que la oración se traba antes de arrancar, no por falta de ganas sino porque no aparece un tema claro. La reacción habitual es forzar algo —repetir una fórmula, recitar una lista de pedidos genéricos— para no quedarse en el silencio incómodo de no saber. Esta herramienta hace lo contrario: nombra la falta de tema como punto de partida legítimo, y usa el silencio que sigue como el verdadero comienzo de la oración.

Aplicación paso a paso:

1. Cuando notes que no sabés por dónde empezar o cómo seguir, no llenes ese vacío automáticamente con una frase hecha.
2. Decí, tal cual, en voz alta o en silencio: "no sé qué preguntarte ahora".
3. Quedate en silencio real después de decirlo — treinta segundos, un minuto — resistiendo el impulso de llenar el espacio para no sentir la incomodidad del vacío.
4. Prestá atención a lo primero que aparezca en ese silencio, aunque parezca desconectado de lo que venías pensando hablar.
5. Tomá eso como el nuevo punto de la oración, sin cuestionar si "corresponde" o no.

Ejemplo: estás orando y te quedás sin saber cómo seguir. Decís "no sé qué preguntarte ahora" y te quedás en silencio, mirando el techo. A los pocos segundos aparece, sin haberlo buscado, la cara de un amigo al que le debés una disculpa desde hace meses — y la oración cambia de rumbo.



3. La pregunta de seguimiento sobre lo que acabás de decir.

Descripción general: la mayoría de las oraciones avanzan por acumulación: se dice una cosa y se pasa a la siguiente, sin detenerse en lo que la primera frase realmente significaba. Esta herramienta corta esa acumulación y busca, debajo de cada frase, la razón real que la sostiene — casi siempre distinta de la razón que aparece primero.

Aplicación paso a paso:

1. Cada vez que termines de decir una frase de oración, no pases automáticamente a la siguiente.
2. Quedate un segundo más con lo que acabás de decir, sin avanzar todavía.
3. Preguntate de esa misma frase: "¿y eso, por qué me importa tanto?" — buscando la razón debajo de la razón obvia, la que no dijiste todavía.
4. Esperá la respuesta sin apurarla, aunque tome unos segundos de silencio.

5. Seguí orando, pero ahora sobre la respuesta a esa pregunta, dejando que reemplace por completo el tema con el que ibas a continuar.

Ejemplo: en medio de la oración decís "estoy cansado", y en vez de seguir con el próximo tema, te preguntás por qué te importa tanto estarlo. Aparece que no es el cansancio físico lo que pesa, sino que sentís que nadie en tu casa lo nota — y la oración sigue por ahí.



4. Reemplazar la justificación por una pregunta.

Descripción general: es común, sin notarlo, empezar a defenderse ante Dios de la misma forma en que uno se defendería ante otra persona — repitiendo argumentos, buscando quedar bien parado. Esta herramienta identifica esa señal concreta y la interrumpe con una pregunta que va al motivo de fondo de la necesidad de defenderse, en vez de dejar que la justificación se complete.

Aplicación paso a paso:

1. Mientras orás, prestá atención a una señal concreta de que estás empezando a justificarte: te escuchás repitiendo los mismos argumentos que usarías para defenderte frente a otra persona, o el tono de la oración se acelera y se pone más armado.

2. En cuanto notes esa señal, cortá la frase a la mitad, aunque quede inconclusa.

3. Reemplazala por la pregunta: "¿por qué necesito que esto quede bien parado ante vos?".

4. Quedate orando desde esa pregunta, sin retomar la justificación que habías cortado.

Ejemplo: estás orando sobre una discusión con tu pareja y te escuchás repitiendo, casi palabra por palabra, los mismos argumentos que usaste durante la pelea. Cortás y preguntás por qué necesitás tanto tener razón delante de Dios — y notás que en realidad tenés miedo de haber estado mal.



5. Pedir hacia afuera y preguntar hacia adentro, en la misma frase.

Descripción general: cuando algo molesta de otra persona o de una situación, el pedido natural es que eso cambie afuera. Esta herramienta no descarta ese pedido, pero le agrega, en el mismo movimiento, la pregunta sobre la propia parte en esa misma situación — sin que una reemplace a la otra.

Aplicación paso a paso:

1. Notá el momento en que le estás pidiendo a Dios que cambie algo afuera tuyo — otra persona, una situación concreta.
2. Hacé el pedido tal cual te sale, sin editarlo.
3. Sin cambiar de tema, agregá a continuación la pregunta dirigida a vos mismo: "¿y qué de esto tengo que cambiar yo?".
4. Dejá las dos —el pedido y la pregunta— una al lado de la otra en la misma oración, sin elegir cuál es "la correcta".

Ejemplo: le pedís a Dios "que mi jefe deje de ser tan injusto en las reuniones", y sin cambiar de tema seguís con "¿y qué de esto tengo que cambiar yo con él?" — y te das cuenta, orando, de que hace semanas dejaste de hablarle directamente y solo te quejás con otros.



6. Nombrar el silencio de la oración mientras lo estás sintiendo.

Descripción general: hay oraciones que se sienten vacías, sin que pase nada identificable — y el impulso más común es tapar esa sensación con una frase de fe que en el momento no se siente del todo genuina.

Esta herramienta pide lo contrario: nombrar el vacío tal cual se siente, sin corregirlo con un cierre apurado.

Aplicación paso a paso:

1. Si en medio de la oración notás que se siente vacía o que "no está llegando a ningún lado", identificá esa sensación con precisión, no de forma vaga.
2. Decila en voz alta o para vos mismo, tal cual la sentís, sin corregirte a mitad de frase.
3. Resistí el impulso de agregar automáticamente "pero igual confío" u otra frase de cierre si todavía no la sentís genuina.
4. Dejá la frase incómoda ahí, sola, sin forzarla hacia una conclusión de fe.
5. Seguí orando desde ese lugar, sin apurar un giro que no sentís.

Ejemplo: llevás semanas orando por lo mismo sin ningún cambio, y hoy, en vez de terminar con "pero sé que Dios tiene un plan", decís tal cual: "siento que hoy no estás del otro lado" — y seguís orando desde ahí, sin forzar un cierre de fe que todavía no sentís.



7. El sincericidio de lo que no entendemos de Dios.

Descripción general: hay preguntas sobre Dios mismo —no sobre una situación puntual, sino sobre su carácter, sus decisiones, o algo de lo que dice la Escritura que no termina de cerrar con lo que se ve en la vida— que rara vez se le dicen de frente, porque suenan irreverentes o porque no tienen una respuesta clara a la vista. Esta herramienta le da lugar explícito a esa clase de pregunta, sin buscarle una salida rápida ni una resolución en la misma oración. Es la aplicación directa, en el terreno de la oración diaria, de lo que el capítulo 9 de este libro mostró con el Salmo 88 y con Lamentaciones 3: que el propio canon conserva preguntas sin resolver dirigidas a Dios, sin corregirlas ni completarlas.

Aplicación paso a paso:

1. Identificá, en el momento en que aparezca, algo de Dios que no entendés del todo — no una emoción difusa, sino una pregunta con forma: por qué permite algo, por qué no actúa de una manera, cómo se concilia una cosa que la Biblia dice con lo que ves en el mundo.
2. Decísela directamente a Dios, con la forma de pregunta real, no como queja disfrazada ni como afirmación ya resuelta: "no entiendo

por qué...", "esto que decís no me cierra con...", "esto me hace ruido de vos y no sé qué hacer con eso".

3. No agregues, en la misma oración, una explicación que la resuelva ni una frase que la suavice — dejala tal como salió.

4. Aceptá que puede quedar sin responder hoy, y que eso no invalida la pregunta ni la oración.

5. Si querés, anotala en algún lugar fijo para volver a ella más adelante — no para resolverla por obligación, sino para no perderla.

Ejemplo: llevás tiempo leyendo sobre el sufrimiento de personas inocentes y no lográs conciliarlo con la idea de un Dios bueno y todopoderoso. En vez de evitar el tema en la oración, se lo decís tal cual: "no entiendo por qué permitís esto, y no me alcanza con las respuestas que ya escuché". No llega ninguna resolución esa noche — y la oración termina igual, con la pregunta todavía abierta.



8. Preguntarle a Dios qué leer, qué estudiar o sobre qué predicar — y esperar antes de elegir.

Descripción general: frente a la necesidad de elegir un libro para leer, un tema para estudiar, o un pasaje sobre el cual predicar, la tendencia

natural es decidir rápido según lo primero que resuena o lo que ya se tiene más a mano. Esta herramienta invierte el orden: primero se le pregunta a Dios qué elegir, y recién después de un tiempo de atención activa —no de espera pasiva— se toma la decisión, dejando que las señales que aparezcan en el camino (una conversación, una situación repetida, una coincidencia que llama la atención) pesen en la elección tanto como la propia preferencia inicial.

Aplicación paso a paso:

1. Antes de elegir el próximo libro, tema de estudio o pasaje para preparar una enseñanza, hacé la pregunta explícita en oración: "¿qué querés que lea, que estudie, sobre qué querés que hable?".
2. No elijas todavía, aunque tengas una opción que te resulte obvia o cómoda.
3. Durante los días siguientes, mantenete atento —no ansioso, atento— a lo que va apareciendo: personas que mencionan un tema sin que se lo hayas preguntado, una situación que se repite, una lectura que te cruza con algo relacionado, una inquietud que vuelve sola más de una vez.

4. Anotá esas coincidencias a medida que aparecen, en vez de confiar en la memoria para juntarlas después.

5. Cuando notes que algo se repite o insiste desde más de un lado, tomalo como una de las variables para decidir — junto con tu propio criterio, no en lugar de él.

6. Si después de un tiempo razonable no apareció ninguna señal clara, elegí igual con el criterio que ya tenías, sin quedar paralizado esperando una confirmación que puede no llegar de esa forma.

Ejemplo: tenés que preparar una enseñanza y no sabés sobre qué tema. Se lo preguntás a Dios en oración y no elegís todavía. En los días siguientes, sin buscarlo, dos personas distintas te comentan que están atravesando dudas sobre el perdón, y vos mismo te encontrás pensando en el tema mientras hacés otra cosa. Tomás esas señales, junto con lo que ya venías pensando, para elegir el tema — en vez de haber elegido el primer día por lo que te resultaba más cómodo de preparar.



9. Orar por otra persona preguntando, no solo pidiendo.

Descripción general: orar por otra persona suele reducirse a un pedido genérico —"bendecila", "ayúdala"— que no exige demasiada atención a quién es esa persona en particular ni qué necesita realmente. Esta herramienta agrega, junto al pedido, una pregunta que obliga a pensar en esa persona con más detalle, y que a veces señala algo que hay que hacer uno mismo, no solo pedir que Dios haga.

Aplicación paso a paso:

1. Al nombrar a alguien en la oración, hacé el pedido que te sale naturalmente por esa persona.
2. A continuación, preguntale a Dios: "¿qué necesita esta persona que yo no estoy viendo?".
3. Dejá un momento de silencio real después de la pregunta, en vez de pasar directo al siguiente nombre de la lista de oración.
4. Si aparece algo —una idea, un recuerdo de algo que esa persona dijo, una acción concreta que podrías hacer vos—, no lo descartes por parecer chico o por no ser "espiritual".

5. Si lo que aparece implica algo que podés hacer vos —un mensaje, una llamada, un gesto puntual—, anotalo para hacerlo, en vez de dejar que se pierda al terminar la oración.

Ejemplo: estás orando por un amigo que atraviesa un momento difícil y, después del pedido habitual de fortaleza, preguntás qué necesita que no estás viendo. Te viene a la mente que hace semanas no lo llamás solo para hablar de otra cosa, sin que sea sobre su problema. Al día siguiente lo llamás para eso — no para preguntarle cómo sigue todo, sino simplemente para hablar de otra cosa.



10. La pregunta ante la decisión chica del día.

Descripción general: casi todos los días aparece alguna decisión menor —contestar o no un mensaje, aceptar o no un plan, decir algo o quedarse callado— que rara vez se lleva a la oración porque parece demasiado pequeña para merecerlo. Esta herramienta lleva justamente esas decisiones chicas a la oración, en el momento en que aparecen, en vez de reservar la oración solo para las decisiones grandes.

Aplicación paso a paso:

1. En el momento en que te enfrentes a una decisión chica del día — no una decisión de vida, sino algo puntual y cotidiano—, notá el impulso de resolverla sin más, por costumbre o por lo que resulte más cómodo.
2. Antes de decidir, hacé la pregunta, aunque sea breve y en medio de otra cosa: "¿qué querés que haga con esto?".
3. Esperá un momento corto de atención real a la pregunta, no una respuesta instantánea forzada.
4. Decidí igual, aunque no aparezca ninguna claridad especial — el objetivo no es siempre recibir una señal, sino haber incluido la pregunta antes de decidir.
5. Si con el tiempo notás que cierto tipo de decisión chica te genera dudas recurrentes, marcá ese patrón para prestarle más atención en el futuro.

Ejemplo: tenés una hora libre a la tarde y dudás entre usarla para descansar o para ir a visitar a alguien que hace tiempo no ves. Antes de decidir por lo más cómodo, preguntás "¿qué querés que haga con esto?" y esperás un momento. No aparece una respuesta clara — pero

decidís ir a la visita, con la pregunta ya hecha, en vez de decidir directamente por el descanso sin haberlo pensado dos veces.



11. La pregunta de examen al cierre del día.

Descripción general: muchas oraciones de cierre de jornada se limitan a contarle a Dios cómo estuvo el día, en modo relato. Esta herramienta cambia el eje: en vez de narrar el día, se le pregunta a Dios qué de ese día él quiere que la persona vea — dejando que sea una pregunta, y no un resumen, la que ordene el repaso.

Aplicación paso a paso:

1. Al llegar al momento de la oración de cierre del día, resistí el impulso de empezar directamente a relatar cómo estuvo la jornada.
2. Empezá en cambio con la pregunta: "¿qué de hoy querés que vea?".
3. Repasá el día en silencio, sin apuro, dejando que aparezcan momentos concretos —una conversación, una reacción propia, algo que pasó desapercibido en el momento.
4. Cuando algo aparezca con más peso que el resto, quedate ahí en vez de seguir repasando todo el día por obligación.

5. Orá sobre eso puntual, en vez de sobre un resumen general de la jornada.

Ejemplo: al terminar el día, en vez de empezar a contarle a Dios todo lo que hiciste, preguntás "¿qué de hoy querés que vea?". Después de un momento en silencio, te viene a la mente el tono que usaste con un compañero de trabajo en una reunión — algo que en el momento no te había parecido importante. La oración de esa noche termina siendo sobre ese instante puntual, no sobre el resto del día.



PARTE B — Preguntas en estudio y meditación bíblica

12. Las seis preguntas base para cualquier pasaje.

Descripción general: antes de interpretar o aplicar cualquier texto, conviene recorrerlo con la batería de preguntas que se le hacen a cualquier documento, no solo a la Biblia — quién, qué, cuándo, dónde, por qué y para qué. No se trata de responder las seis siempre ni con el mismo detalle: el valor real de este método está en notar cuáles de las seis el texto contesta con claridad y cuáles deja completamente abiertas, porque ese contraste entre lo que el texto

dice y lo que calla ya es información interpretativa, no un paso previo a la interpretación.

Aplicación paso a paso:

1. Antes de sacar cualquier conclusión sobre el pasaje, recorré el texto pregunta por pregunta: *quién* (quién habla, quién escucha, quién está presente pero en silencio, quién está ausente de la escena), *qué* (qué pasa exactamente y en qué orden), *cuándo* (en qué momento de la historia general, del año litúrgico, del día), *dónde* (en qué lugar, y qué tiene ese lugar de particular en el resto del canon), *por qué* (qué motivo da el texto, o no da, para lo que pasa) y *para qué* (con qué propósito se hace o se dice algo, más allá de la causa inmediata).
2. Anotá, al lado de cada una de las seis, si el texto la responde con claridad, la responde de forma ambigua, o la deja completamente sin tocar.
3. Prestá especial atención a las que quedan sin responder — no las completes con una suposición propia todavía.
4. Elegí, de las preguntas sin responder, la que más te genere curiosidad o tensión, y usala como punto de partida para seguir trabajando el pasaje con otra herramienta de esta lista.

5. Si más de una pregunta queda abierta, no intentes resolver todas en la misma sesión — quedate con una.

Ejemplo: leyendo el encuentro de Jesús con la samaritana en Juan 4, recorrés las seis preguntas una por una. El *dónde* y el *cuándo* están muy precisos (el pozo de Jacob, la hora sexta); el *quién* también, con detalle inusual (una mujer samaritana, con su historia personal incluida más adelante en el diálogo). Pero el *por qué* —por qué Jesús decide justo ese día tomar ese camino, atravesando Samaria en vez de rodearla, como hacían otros judíos de la época— queda completamente sin tocar. Ese vacío puntual, notado con el método y no por casualidad, se convierte en la pregunta que elegís llevarte de la lectura de hoy.



13. Preguntar qué esperás encontrar antes de leer.

Descripción general: leer con una expectativa previa, hecha explícita, permite después medir con precisión qué apareció realmente en el texto y qué no — algo que se pierde si la lectura empieza sin ningún punto de comparación fijado de antemano.

Aplicación paso a paso:

1. Antes de leer la primera línea del pasaje de hoy, preguntate qué esperarás encontrar: puede ser un tema puntual, una emoción, una respuesta a algo que te está pasando en ese momento de tu vida.
2. Anotá esa expectativa en una palabra o frase corta, por escrito — en el margen del libro, en una nota aparte, no solo mentalmente, porque lo que no queda anotado se olvida o se reacomoda después para parecer más acertado de lo que fue.
3. Lee el pasaje completo con esa nota ya hecha, sin volver a mirarla hasta terminar.
4. Al llegar al final, volvé a leer tu propia nota y compará: ¿apareció lo que esperabas, apareció otra cosa distinta, o no apareció nada parecido a lo anotado?
5. Si apareció algo distinto a lo esperado, quedate con eso como el verdadero contenido de la lectura de hoy, en vez de forzar el texto hacia tu expectativa original.

Ejemplo: al abrir Santiago 1, antes de leer, anotás en el margen "espero algo sobre paciencia" — porque venís de una semana difícil en el trabajo. Lees el capítulo completo sin volver a mirar la nota. Al

terminar, la releés y notás que lo que realmente te tocó fue el pasaje sobre pedir sabiduría sin dudar, un tema que no habías anotado como expectativa — y es justamente esa diferencia la que te confirma que la lectura no fue solo confirmar lo que ya buscabas.



14. Sostener una sola pregunta activa mientras lees, en vez de avanzar por cantidad.

Descripción general: fijar de antemano una meta de cantidad de texto ("hoy leo tres capítulos") empuja casi automáticamente a avanzar por la forma del texto en vez de detenerse en su contenido. Reemplazar esa meta por una meta de pregunta cambia el criterio de cuándo parar: no cuando se cumplió el número de páginas, sino cuando apareció algo que realmente pide ser pensado.

Aplicación paso a paso:

1. Antes de empezar a leer, decidí explícitamente tu meta de hoy en estos términos: "me quedo con una sola pregunta hasta poder responderla, aunque sea de forma provisoria" — no en términos de capítulos o versículos.

2. Empezá a leer con esa meta activa en mente, prestando atención a la diferencia entre una curiosidad de dato pasajera y una pregunta que realmente te detiene.
3. En cuanto identifiques esa pregunta real, marcá el lugar exacto del texto donde apareció.
4. Dejá de leer ahí mismo, aunque el capítulo o el pasaje que tenías planeado no haya terminado — la meta de hoy ya se cumplió.
5. Quedate un tiempo con esa pregunta antes de cerrar la Biblia, intentando una primera aproximación de respuesta con lo que ya leíste, sin buscar ayuda externa todavía.

Ejemplo: te sentás a leer con esa meta activa, sin plan de cuántos versículos cubrir. A los cinco versículos de Marcos 2, la frase "viendo Jesús la fe de ellos" te genera la pregunta real: "¿de quién es la fe que cuenta acá, del paralítico que está en la camilla o de los cuatro que lo bajan por el techo?". Marcás el versículo, cerrás la Biblia ahí mismo, sin seguir con el resto del capítulo, y te quedás un rato más pensando esa pregunta puntual.



15. Detenerse en el detalle raro apenas aparece, sin seguir de largo.

Descripción general: los textos narrativos bíblicos suelen conservar detalles que no son estrictamente necesarios para que la historia funcione — un nombre propio secundario, un número exacto, un objeto mencionado de más. Esos detalles casi nunca están puestos por azar en un texto tan económico como la narrativa bíblica antigua, y notarlos activamente, en vez de leerlos de largo, suele abrir preguntas que una lectura más rápida no genera.

Aplicación paso a paso:

1. Mientras vas leyendo, mantené la atención puesta en buscar activamente un detalle que no parezca imprescindible para que la historia avance — no es pasivo, hay que buscarlo a propósito, porque la lectura fluida tiende a pasarlo por alto.
2. En cuanto identifiques uno, detené la lectura ahí mismo, antes de seguir con la frase siguiente.
3. Preguntate explícitamente por qué el texto se molestó en conservar justo ese detalle, en vez de omitirlo o generalizarlo.

4. Anotá la pregunta tal cual surgió, con el detalle específico incluido, sin intentar responderla en este mismo momento.

5. Seguí leyendo el resto del pasaje con la pregunta ya anotada, y volvé a ella recién al terminar la lectura completa.

Ejemplo: leyendo Juan 4, llegás al dato "era como la hora sexta" — un detalle que, si se omitiera, no cambiaría en nada el sentido general del encuentro entre Jesús y la samaritana. Te detenés ahí, sin seguir leyendo, y anotás la pregunta completa: "¿por qué el texto se toma el trabajo de decir la hora exacta, si la historia funcionaría igual sin ese dato?". Recién después seguís con el resto del pasaje.



16. Intentar responder antes de mirar la nota.

Descripción general: recurrir de inmediato a la nota al pie o al comentario ante cualquier duda entrena, con el tiempo, la costumbre de no intentar procesar el texto por cuenta propia. Intentar una respuesta propia primero —aunque sea incompleta o equivocada— aprovecha el mismo mecanismo que hace que una corrección posterior deje más huella que una explicación leída de entrada.

Aplicación paso a paso:

1. En cuanto te encuentres con algo confuso en el texto —una palabra que no conocés bien, una referencia que no ubicás, una frase que no cierra—, notá el impulso automático de ir directo a la nota o al comentario.
2. Frenalo antes de mover la vista hacia esa parte de la página o de abrir otra pestaña.
3. Repasá mentalmente qué información ya tenés sobre ese tema, solo con lo que el mismo capítulo o el mismo libro te dio hasta este punto de la lectura.
4. Escribí tu propio intento de respuesta, aunque sea corto, tentativo o con dudas explícitas incluidas en el propio texto de tu respuesta.
5. Recién después de haber escrito tu intento, buscá la nota, el comentario o la explicación externa.
6. Compará explícitamente tu intento con la explicación encontrada: qué acertaste, qué te faltó, qué entendiste mal.

Ejemplo: te aparece la frase "reino de los cielos" en Mateo y no tenés clara la diferencia con "reino de Dios", que aparece en otros evangelios. Sentís el impulso de buscarlo enseguida en un comentario,

pero lo frenás. Escribís tu propio intento: "capaz Mateo, escribiendo para lectores judíos, evita decir 'Dios' directamente por respeto al nombre, y usa 'cielos' como forma indirecta". Recién después buscás la explicación en un comentario, y confirmás que tu intuición sobre la audiencia judía de Mateo apuntaba en la dirección correcta.



17. Convertir la observación en pregunta profunda apenas la notás.

Descripción general: notar un detalle del texto —una palabra específica, una repetición, una elección de vocabulario— es solo el primer paso; quedarse en la observación sin convertirla en pregunta la deja como un dato suelto que no lleva a ningún lado. El paso que realmente abre el texto es reformular esa observación como una pregunta que exija explicar un porqué o un mecanismo, no una que se conteste con un simple dato.

Aplicación paso a paso:

1. En cuanto notes algo en el texto —una palabra puntual, una elección de vocabulario que llama la atención, algo que se repite— no sigas leyendo todavía.

2. Anotá primero la observación en su forma más simple, tal cual la viste, sin agregarle todavía ninguna interpretación.
3. Inmediatamente después, reformulé esa misma observación como pregunta: cambiá el formato de "el texto dice X" a "¿por qué el texto dice X en vez de otra cosa, justo acá?".
4. Verificá que la pregunta pida una explicación de mecanismo o de propósito, y no un dato que se responda con un sí, un no, o un nombre — si la pregunta se puede contestar así de simple, todavía es superficial y hay que profundizarla más.
5. Seguí leyendo el resto del pasaje con esa versión-pregunta en mente, no con la observación original.

Ejemplo: notás, leyendo la escena de la tormenta en Marcos 4, la observación simple: "acá lo llaman 'Maestro', no 'Señor'". La convertís en pregunta profunda: "¿por qué todavía lo llaman 'Maestro' justo en el momento en que más necesitan que sea otra cosa — alguien con poder sobre la naturaleza, no solo un rabino que enseña?". Es esa segunda versión, no la observación original, la que te acompaña en lo que sigue leyendo del capítulo.



18. Imaginar el escenario alternativo cuando el texto suena resuelto.

Descripción general: algunos hechos del texto se leen como inevitables, casi obvios, precisamente porque ya se conoce el final de la historia. Imaginar en concreto cómo habría sido el escenario si ese hecho no hubiera pasado —no como ejercicio de duda, sino como ejercicio de comparación— ayuda a recuperar el peso real de lo que sí ocurrió, que la familiaridad con el relato tiende a aplanar.

Aplicación paso a paso:

1. Cuando llegues, leyendo, a una afirmación del texto que suena resuelta, dada por sentada o inevitable tal como está contada, detenete ahí antes de seguir.
2. Formulá la pregunta: "¿y si esto no hubiera pasado así?".
3. No te quedes en la pregunta en abstracto — construí en concreto, con algún detalle, cómo habría sido esa versión alternativa de los hechos.
4. Sostené esa imagen alternativa unos segundos, comparándola activamente con lo que el texto realmente cuenta.

5. Volvé al texto real con esa comparación fresca, y notá qué parte de lo que pasó pesa distinto ahora que la viste al lado de lo que podría haber pasado.

6. Seguí leyendo con esa nueva percepción del peso de los hechos, sin necesidad de anotar nada si no hace falta.

Ejemplo: leyendo Juan 21, llegás a la restauración de Pedro y te preguntás "¿y si Pedro no hubiera negado a Jesús?". Imaginás en concreto esa versión: un Pedro que nunca dijo "no lo conozco" junto al fuego, que nunca evitó la mirada de Jesús después del canto del gallo. Comparando esa imagen con el texto real, el "¿me amas?" repetido tres veces —una por cada negación— deja de ser una fórmula repetida y empieza a pesar como lo que es: una restauración calculada, punto por punto, sobre una caída específica.



19. Achicar la pregunta grande en el momento en que te frena.

Descripción general: las preguntas teológicas más grandes —sobre el sufrimiento, la justicia de Dios, el mal en el mundo— rara vez tienen respuesta completa desde un solo pasaje, y intentar resolverlas de una vez frente al texto que se está leyendo suele frenar la lectura por completo. Bajar la pregunta grande a una versión chica y concreta,

anclada en lo que el pasaje específico sí dice, permite avanzar con una base real antes de volver, si hace falta, a la pregunta mayor.

Aplicación paso a paso:

1. Cuando, en medio de la lectura, una pregunta teológica grande te frene por completo, identificala con precisión, en su forma más amplia y abstracta.
2. Reconocé explícitamente que esa pregunta, tal como está formulada, es demasiado amplia para responder solo con el pasaje que tenés delante — no es un fracaso no poder resolverla ahí mismo.
3. Formulá una versión más chica de la misma inquietud, anclada directamente en el texto: algo que puedas responder con lo que el pasaje efectivamente dice, no con teología general.
4. Respondé primero esa versión chica, con el texto en la mano, buscando la respuesta en las palabras concretas del pasaje.
5. Recién con esa base concreta resuelta, decidí si volver a la pregunta grande con más para apoyarte, o dejarla para otro momento sin que eso invalide lo que sí lograste responder hoy.

Ejemplo: leyendo el libro de Job, la pregunta "¿por qué Dios permite el sufrimiento?" te frena por completo — es demasiado grande para

resolver ahí mismo. La bajás a una versión concreta: "¿qué le pregunta específicamente Dios a Job en el capítulo 38, palabra por palabra?". Respondés eso primero, notando que Dios no da ninguna explicación causal sino que hace una serie de preguntas sobre la creación — y con esa base concreta volvés después a la pregunta grande, ahora con un dato real para pensarla.



20. Escribir la pregunta sin resolverla, cuando te trabás de verdad.

Descripción general: no toda pregunta que surge durante la lectura se puede ni se debe resolver en el momento. Escribirla y dejarla explícitamente pendiente, con un tiempo definido antes de volver a ella, evita dos errores opuestos: forzar una respuesta apurada, o perder la pregunta por completo al pasar de largo.

Aplicación paso a paso:

1. Cuando, en medio de la lectura, te trabes de verdad con una pregunta y ningún otro paso de esta lista logre destruirla, reconocé ese punto como el momento de anotarla, no de forzarla.

2. Escribí la pregunta tal cual te salió, sin pulirla ni prolijarla, en un lugar fijo y consistente —una libreta dedicada a esto, o una nota del celular con una etiqueta propia que uses siempre para este fin.
3. Resistí el impulso de buscarla enseguida en Google o en un comentario apenas la anotaste.
4. Definí un plazo concreto antes de volver a ella —una semana es un punto de partida razonable— y seguí con el resto de la lectura de hoy, o cerrala por hoy si la traba fue completa.
5. Cuando llegue el plazo, releé la pregunta antes de buscar cualquier respuesta externa, y noté primero si vos mismo ya la entendés distinto solo por el tiempo transcurrido.

Ejemplo: en medio de la lectura de Juan 21 te trabás con la pregunta "¿por qué Jesús le pregunta a Pedro tres veces si lo ama, si ya sabe la respuesta?". La escribís tal cual en la libreta dedicada a esto, sin buscarla en ningún lado, y seguí con el resto de la lectura de hoy dejándola pendiente. Una semana después, antes de buscar cualquier comentario, la releés y notás que ya la entendés distinto — las tres negaciones de Pedro te resuenan ahora de otra forma, solo por haberla dejado reposar.



21. Preguntar qué cambia, apenas terminás de entender qué dice el texto.

Descripción general: saltar a la aplicación antes de haber entendido qué dice el pasaje en su propio contexto suele producir aplicaciones genéricas, desconectadas del texto real. Reservar la pregunta de aplicación para el momento en que la interpretación ya está resuelta, y exigirle una respuesta concreta y verificable, evita tanto el salto prematuro como la intención vaga que no cambia nada en la práctica.

Aplicación paso a paso:

1. Verificá primero que terminaste de entender qué dice el pasaje en su propio contexto —quién habla, a quién, por qué, qué significa— antes de pasar a este paso.
2. Recién ahí, preguntate explícitamente: "¿qué cambia con esto?".
3. Dirigí la pregunta hacia una acción o decisión concreta, no hacia un sentimiento general o una intención abstracta.
4. Formulá la respuesta de manera que sea verificable en los próximos días: algo que puedas chequear objetivamente si hiciste o no, con fecha límite si hace falta.

5. Anotá esa respuesta en algún lugar donde la vuelvas a ver, para poder efectivamente chequear después si la cumpliste.

Ejemplo: justo cuando terminás de entender la restauración de Pedro en Juan 21 —el patrón de las tres preguntas correspondiendo a las tres negaciones—, te preguntás qué cambia con esto en tu vida. En vez de responder "voy a confiar más en que Dios perdona", que no se puede verificar, respondés algo concreto y chequeable: "voy a mandar el mensaje que vengo posponiendo hace dos semanas a la persona con la que estoy distanciado, antes del domingo".



22. Guardar la pregunta que más te movió, no la conclusión.

Descripción general: los cuadernos de estudio bíblico suelen llenarse de conclusiones y aplicaciones ya resueltas, que con el tiempo pierden fuerza porque ya están cerradas. Guardar en cambio la pregunta que más movió durante la lectura —sin resumirla ni prolijarla— conserva algo vivo para releer después, en vez de una respuesta ya consumida.

Aplicación paso a paso:

1. Al cerrar el tiempo de lectura de hoy, antes de anotar nada en tu cuaderno o notas, repasá mentalmente todo lo que leíste y pensaste.

2. Identificá cuál fue, de todo eso, la pregunta puntual que más te movió — no la conclusión a la que llegaste sobre ella, sino la pregunta en sí.
3. Escribila completa, tal cual te surgió en el momento, resistiendo el impulso de resumirla o de prolijarla para que quede mejor en el cuaderno.
4. No agregues, al lado, la respuesta o conclusión a la que llegaste — el objetivo es guardar la pregunta abierta, no cerrarla en la misma anotación.
5. La próxima vez que abras el mismo libro o capítulo, buscá esa anotación y releela antes de empezar a leer de nuevo.

Ejemplo: al llegar al final de la lectura de Juan 4, notás que la pregunta que más te movió fue "¿por qué el texto conserva ese detalle exacto de la hora, si no cambia nada en la historia?". La anotás completa en el cuaderno, tal cual, sin agregar al lado ninguna conclusión sobre qué significa ese detalle. Meses después, al releer ese mismo capítulo, volvés primero a esa pregunta anotada antes de empezar la lectura, y notás que ahora te lleva a un lugar distinto del que te llevó la primera vez.



23. Preguntarle a otra persona lo que no terminaste de resolver solo.

Descripción general: compartir una pregunta bíblica sin resolver, tal cual quedó y sin adelantar la propia hipótesis, permite recibir una reacción genuina de otra persona en vez de una confirmación de lo que uno ya venía pensando. El valor está en el orden: la pregunta primero, la propia opinión después.

Aplicación paso a paso:

1. Cuando termines de leer y te quede una pregunta sin resolver del todo por tu cuenta, identificá con quién podrías compartirla — alguien con quien puedas hablar de la Biblia sin que te tire una respuesta armada de memoria, alguien dispuesto a pensarla con vos, no solo a contestarla rápido.
2. En la próxima oportunidad natural que tengan de hablar, compártile la pregunta exactamente como la tenés anotada, sin resumirla de una forma que ya sugiera tu propia respuesta.

3. No adelantes tu propia hipótesis ni la dirección hacia la que te inclinás, ni siquiera como forma de "ayudar" a que entienda la pregunta.

4. Escuchá su primera reacción completa, sin interrumpir, antes de decir lo que vos pensás.

5. Recién después de haber escuchado su versión completa, compartí tu propia idea, y notá en qué coincidieron y en qué no.

Ejemplo: terminás de leer Marcos 4:38 con la pregunta "¿por qué el texto conserva que los discípulos lo llaman 'Maestro' en ese momento?" todavía sin resolver del todo. Días después, en una charla con alguien de tu grupo de estudio, se la compartís tal cual, sin agregar tu propia teoría sobre lo que significa. Su primera reacción menciona algo en lo que vos ni habías pensado —que en otros pasajes ese mismo título aparece en boca de gente que todavía no entendió quién es Jesús — y recién ahí compartís tu propia idea.



Síntesis

Estas no son técnicas distintas entre sí. Son la misma idea —preguntar antes de concluir, y quedarse en la pregunta el tiempo suficiente para

que haga su trabajo— aplicada a distintos momentos de dos prácticas: orar y leer la Escritura. El porqué de fondo ya está escrito en otro lugar de este libro. Lo que faltaba era esto: la lista corta, a mano, para el próximo momento en que te sientes a hacer cualquiera de las dos cosas.